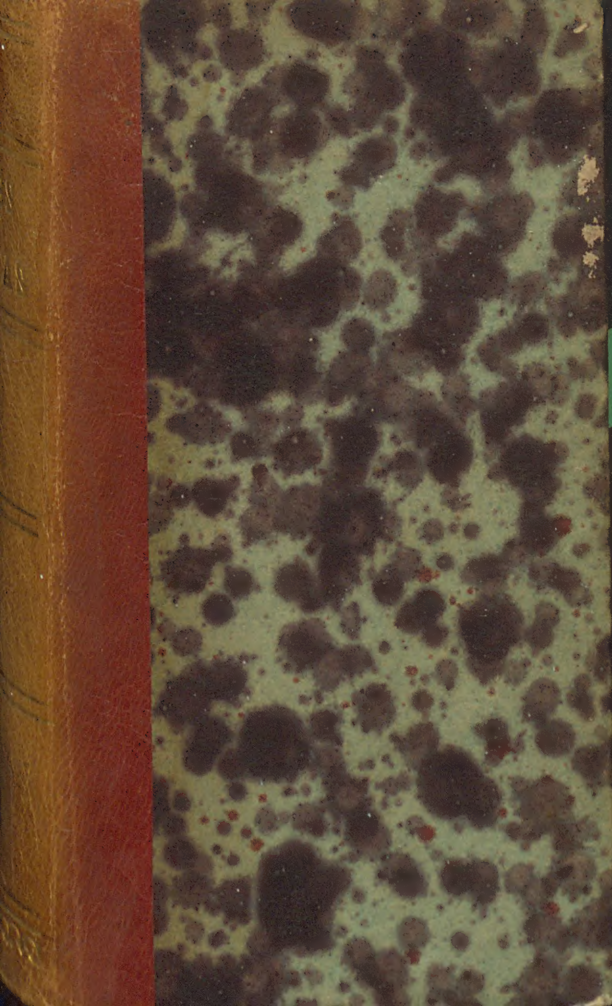


LAS NOCHES ROMANAS

EN EL SEPULCRO

DE LOS ESCIPIONES.

PARTE SEGUNDA.

TOMO CUARTO.

Traducidas del idióma italiano por el Licenciado Don Francisco Rodriguez de Ledesma.



MADRID:
IMPRENTA DE ESPINOSA.
1821.



PARTE SEGUNDA.

PROEMIO.

Sobre las ruinas de la magnificencia antigua.

Despues de las varias noches pasadas sucesivamente, velando en las tenebrosas entrañas de la tierra, y en medio de aquellas, ya admirables, ya gratas, y ya tremendas apariciones, oyendo la antigua magestuosa lengua, las altas disputas, y los respetables razonamientos, sentia casi abatirse mi mente bajo el peso de afanosos pensamientos.

Sin embargo hubiera, pues, deseado contar á otro tan maravilloso caso; pero el temor de aparecer ó crédulo ó embustero me hacia guardar silencio. Despues me atormentaba el violento deseo de razonar con aquellas sombras, las cuales hasta entonces parecian no hacer caso de mi, y aunque alguna vez estuve á punto de prorrumpir en alguna discreta pregunta, la reverencia, y el espanto cortaron mi voz en las fauces. Si al fin, venciendo el temor, principiaba con alguna palabra, Tulio estendiendo repentinamente la mano con autoridad me imponia silencio, y yo le obedecia sumisamente. Deliberé al fin, si volvian á aparecer aquellos espectros, el mostrarme á ellos, no ya como mortal tímido, sino audaz y digno verdaderamente de altos coloquios con los magnánimos Quirites. De aqui

fue que á la hora acostumbrada, amiga de las sombras, volví á los sepulcros, y caminando á tientas por aquellas obscuras sendas, me introduje con dudosos pasos. Despues que llegué á lo profundo, y reconocí el lugar, tocando los sepulcros, apoyando el costado á una tumba, permanecí atento y deseoso de nuevas maravillas. Asi me mantuve no sé que espacio de tiempo, que me pareció de muchas y lentas horas, acaso medidas, por la inquieta ansiedad mia. De aqui es que desesperaba para siempre volver á ver aquellas apariciones, congeturando que aquellas almas se hubiesen ya engolfado en el piélago eterno.

Cuando he aqui que un improviso resplandor hizo visibles aquellas cavernas; pero fueron mis ojos nuevamente cubiertos del velo tenebroso, por lo que permanecí es-

perando incógnitos portentos. Despues parecia que salian lentamente de los sepulcros, y con maravilloso afan las sombras, como cuando entre nosotros concurren las gentes á lugar donde haya sucedido alguna desgracia; y por esto yo no comprehendia esta su nueva conmocion. Vi que estaba ya á mi lado el benévolo Tulio, al que dije: ¿qué temen? y él me respondió: les parece contaminado el lugar por el espectro parricida, y temen desmayar en él. Esto no obstante se iban reuniendo en la acostumbrada via, y despues que las vi amontonadas en turba, incorporándome animosamente, me confundí con ellas. Aunque incorpóreas parecian evitar mi contacto, y dejaban libre el paso por donde quiera que me adelanté, mirándome cada una con varias actitudes de maravilla. Me

parecia correr entre niebla matutina, porque aquellas apariencias, como vapor, no presentaban obstáculo á mis pasos. Entre tanto yo silencioso volvia en torno mi vista, no saciándome de mirar los varios semblantes de matronas, de parvulos, de togados, de guerreros, de hombres populares, cada uno en trage y modo conveniente al órden suyo. Y despues que satisfice un tanto los primeros impulsos de la curiosidad, animado por la costumbre de conversar con aquellas sombras, dije en alta voz: ¡O maravillosos Quirites! ¿cómo es pues, que siendo vosotros tan magnánimos para cualquiera que imploró vuestra clemencia, no la mostrais ahora conmigo, que envuelto todavia en los caducos miembros, vine aqui, y permanezco admirador de vuestros coloquios, bajando con vosotros á vuestros se-

pulcros antes de la muerte? Yo desde que conocí en la historia la grandeza de vuestras obras, fui siempre movido de un tormentoso y vano deseo de haber vivido entre vosotros, y de vivir con vosotros renacidos á nueva vida. Y á la verdad estos dos deseos solo pueden serme concedidos por vosotros mismos; pero entre los vivientes serian tan despreciados, que por esto los oculto de ellos continuamente. Al presente ni el uno ni el otro me concede el destino, como imposibles ambos; pero bien concede, que aqui, donde yace gran parte de vuestros miembros valerosos, consumidos por la inexorable muerte, y vive la fama perpetua de vuestras empresas, retorne la mas noble substancia vuestra. Y yo, aunque entendimiento impuro en esta enferma carne, pronto á desatarse, é impe-

dido de ascender á la sutileza celeste por el peso de la materia, á pesar de mi magnánimo deseo, por los excelsos pensamientos que aqui me conducen, y por la animosidad negada á los mortales, que aqui me impele; yo os ruego queos mostreis á mi, cual fuisteis, benignos y liberales. Estaban escuchando los espectros con digna atencion, y al paso que continuo mi razonamiento, parecian manifestar su aspecto mas alegre é inclinado á mis preguntas. Y despues que callé comenzó uno de ellos: bien mereces, ó generoso viviente, que ninguno de nosotros te perturbe, y antes sí que te sea grato por tan maravilloso deseo, que sin saciar alimentas largamente en el pecho, y satisfaces ahora como quieres. En efecto vive pues, ileso y libre, y razona con nosotros los Quirites, y míranos pron-

tos á entretenernos contigo, en cuanto concede la severa ley de este reyno de muerte. Pero siendo nosotros congregados ahora la primera vez por dichosa concurrencia, jamas concedida antes, deseamos, bien lo debes creer, conversar entre nosotros, mas que ninguna otra cosa. Porque cada uno aqui encuentra, despues de largo destierro en los tenebrosos desiertos, al padre, á la consorte, al hijo, al hermano, al pariente, al amigo y á todo ciudadano; título que escede á todos.

Mientras él asi benignamente razonaba, me miraban las sombras concurrentes como navegante llegado de playas remotas, y una de ellas de grave aspecto me preguntó: ¿Que sucede aqui al presente? y al mismo tiempo señalaba con la diestra, levantando el indice, la tierra superior. Y yo respondi: inu-

merables y estraños trastornos de fortuna que no puedo describir convenientemente con el auxilio de tosca elocuencia. Al oir tales palabras se miraban aquellas sombras, como agitadas de inexplicable deseo de noticias, y agolpándose muchas, me preguntaban. ¿Existe aun piedra de nuestra ciudad? ¿la memoria de ella es ya perdida, ó vive? ¿fluctua sobre el diluvio de los siglos alguna señal de ella? Y yo respondí: vive Roma inmortal, honrada, y expléndida por otro modo, y bajo de otro órden de cosas, pero acreedora todavía de vuestra admiracion. No se conmovieron tanto los Griegos reunidos en los juegos Istmicos al anuncio de que Quinto Flaminio Cónsul, estando ya en poder del pueblo Romano por belica fortuna, le declaraba libre, (de cuya alegría se con-

servan en la historia maravillosos efectos), como aquellas sombras se agitaron con esta grata noticia. Asi que con varios gritos de repentina fiesta llenaron aquellos subterraneos, y despues alternativamente mirándose, callaban como dudosas de mensage no creible. Muchas de nuevo me interrogaban despues; y aunque yo les di la misma noticia, sin embargo, como nunca esperada, querian oir de mi el repetirla. Invocaron tambien sumisos mi fe para que con grata mentira no turbase el plácido reyno de muerte. De aqui es que herido mi ánimo de tan desagradable duda, dije á Tulio, que estaba á mi lado: ¿Qué haces tú al presente de tu elocuencia, que no persuades á estos, aun tus Romanos, á salir á campo abierto, á ver si yo vengo aqui á mentiros, ó á contar nuevas sinceras? Marco

Tulio se manifestó alegre á estas palabras, y ya no aparecia en él escualor de muerte, sino que hecho imágen viva, me miró tan vecino, que casi sentia yo el alito de sus palabras, y dijo: he deliberado volver á ver, pues que lo concede el destino, los admirables efectos del tiempo exterminador. ¡Pero ay de mi! ¿acaso tú me guias á nueva angustia? Si Roma es aun ilustre, como cuentas, triste es la sentencia por la cual fuimos arrancados de ella. Si ella es destruida por el tiempo, y mofada por la fortuna, ¿por qué me conduces á llorar inconsideradamente sobre la Patria? Y yo respondi: espero que no volvereis á ver con tanta tristeza, como temeis, la ciudad Romulea, aunque mezclada de ruinas, y mudada en otro aspecto. Entonces me preguntó: ¿Acaso conserva el nombre?

Y respondi; no solo el nombre, sino gran parte del antiguo esplendor y toda su fama. Seguidme, gritó Tulio á sus Romanos, y á mi me dijo: precede.

NOCHE CUARTA.

COLOQUIO PRIMERO.

El autor sale del sepulcro de los Escipiones y guia los espectros á volver á ver la patria, y primeramente el monte Palatino.

Salí por tanto hecho conductor, y guia de los verdaderos Quirites, al presente extrangeros en su patria, como desterrados de ella por sentencia de muerte. Tulio me seguia de cerca, y los inumerables espectros salian de alli al aura del cielo, desembocando por la caberna caliginosa, como torriente en la mar, y vedme caminar en silencio con tan maravillosa turba, ligera cual humo, volviéndome á la dies-

tra hacia la inmortal ciudad. En la noche serena, resplandecia una sola fase de la luna en el dilatado cielo, donde aparecia el trémulo resplandor de los astros, como no vencidos de la escasa luz del planeta menor. Por esta causa eran templadas las tinieblas de la luz, dudosa como aurora, en la cual se traslucian como cubiertas de vapor las vastas ruinas, los excelsos templos, los expléndidos palacios, y los monumentos magestuosos. Parecia el aire sagrado, y como sabedor de secretos portentos. Un ligero soplo de viento vespertino agitaba las arboledas, y solo en tanto silencio se oia el triste canto de las aves nocturnas dentro de las ruinas. Yo caminaba alegre por la via Apia, adelantándome á la falda del monte Palatino, y con frecuencia volvia la vista á atras, complaciéndo-

me de tan angustos secuaces. A esta vista Tulio se detuvo, y la turba juntamente callaba mirando. Yo bien conocí la alta maravilla en los ojos al ver aquel collado, su primer asiento desde cuya cima se difundieron despues las victoriosas armas, hasta el Tauro, y el Pirineo. Aparecian las magestuosas ruinas del palacio de los Tiranos, el cual, el pueblo Romano, reunido por ocio muelle en el sometido comicio, no ya terror de Monarcas, sino su divertimiento, miraba atonito sobre el collado Palatino. En aquella dorada estancia bramaban como tigres hambrientos los Nerones, los Calígulos y los Domicianos; y como ninguna cosa es suficiente á la tiranía, asi es que todo el collado no bastó al fastoso albergue, venido á ser mas vasto, que lo era toda la ciudad en sus

principios. Sobresalian allí sublimes arcos, y anchos muros certados de altos cipreses. La turba de los espectros, que hasta aquel lugar me habia seguido, sometida como á capitan elegido por ellos, despues que llegó al pie del collado, perturbada de súbita ansiedad, salió, y se difundió, como humo impelido por el viento, entre aquellas grandes ruinas por varios senderos. Yo permaneci allí con Tulio, y con algunos pocos que parecian, como de mayor autoridad, no afanarse como el vulgo, pero que guardaban maravillosa gravedad, como almas imperturbables, y superiores á la fortuna. Yo via desde abajo las turbas dispersas recorrer dentro de las ruinas, á veces salir de ellas, á veces introducirse de nuevo en ellas, á veces aparecer, y á veces no como cándidos vapores por tortuo-

sas veredas. Entretanto yo dirigí la embarazosa carga de los miembros por la escabrosa via anhelando, y llegué á la colina, desde la cual aparecia claramente la maravillosa ciudad. Tulio volvio la vista en derredor, y con él los circunstantes, y despues que permaneció un tanto pensativo, apoyando la diestra á la basba, dijo: ¡oh provecta Reyna! ¿qué hado perserva tus bellezos de las largas injurias del tiempo? ¿Aun eres Roma?

Mientras él asi decia, cercaban las turbas á una sombra poco distante de nosotros, y aparecida entonces. Tenia resplandeciente coraza, y yelmo adornado, sobre el cual agitaba el viento el plumero, empuñaba el escudo, y apoyaba la diestra en una fuerte lanza, que movia con amenaza marcial. Ancha espada le pendia del costado:

y alta, y robusta sombra mostraba semblante viril, pelo erizado por la barba, y los ojos resplandecian con luz profunda. Miraba á todas partes con maravilla, y el resplandor de la luna heria sus armas. Tulio se llegó á su lado, y dijo: tus insignias aseguran que eres ánima fuerte y valerosa de guerrero, mas quien tú seas ignoro: manifiesta tu nombre, y tus deseos. Volvio el semblante á el, y levantando la frente amargamente se sonrie. Despues hacia señal con la izquierda á las sombras circunstantes, de que se mantuviesen lejos de él. Tulio sin ofenderse de esta repugnancia, como acostumbrado mientras vivió á tumultos del foro, con súplicas mezcladas de palabras de autoridad, intentaba persuadir al aústero espíritu á manifestar sus teribles pensamientos. Callaba sin

embargo, inmovil como roca á las holas tempestuosas: cuando he aqui que blandiendo la trémula lanza, gritó con indignacion, lejos de mí, ó pérfidos! esta es mi tierra, y aqui fui muerto sin embargo por traidores. Se oyó entonces un triste suspiro de humildes y variadas voces, que pronunciaban: Romulo! Quirino! Padre! Y él severamente prorumpe: si; yo soy el que decis: temblad, ó traidores conscriptos, á mi vista, convertido en sombra por vosotros, á quienes di gloria, poder, patria, leyes y costumbres, en las que puse desgraciadamente no digna confianza. Hablando asi movia en torno la lanza, y alejaba hacia atras las sombras concurrentes, reusando airado mezclarse con ellas. Mas separadas las sombras vulgares, le rodearon las sombras de Pompeyo, de Caton, de Esci-



pion, de César, de Octaviano, de Antonio, de Bruto y de Tulio, estimuladas de curiosa reverencia; y viendo él la dignidad de sus semblantes, y no conociéndolos como pósteros, parecia manifestarse un cuanto mansueto, como nunca ofendido de ellos. Fuera de esto ellos observaban en sus rostros, en sus modales, en sus armas, y en sus vestidos la Romana índole y costumbre, y asi les preguntó: ¿Quiénes sois? Tulio respondió: romanos, descendientes tuyos, y gracias á estos que ahora miras, ilustres en su vida, y secuaces de tu virtud, llegó á ser grande tu ciudad con las armas, y se difundió tu pueblo en tan estensa dominacion, que parecia no tener otros confines que el sol. En verdad, respondio Romulo, con fiereza marcial que sí mi pueblo conservó aque-

llos reglamentos en la ciudad, y aquella disciplina en el campo, que por mi fue establecida, yo no me maravillo que él dominase el universo. En efecto otros fundadores de ciudades dividieron los cuidados de los hombres en muchos y varios objetos, de modo que disfrutasen tambien los ocios de la paz, las artes tranquilas, y el adornar el ánimo con los estudios, y deleytarse en contemplaciones; pero yo dirigí todas sus facultades á una sola, entre todas la mayor, y la mas duradera, la fuerza de las armas. Asi pues aquella ciudad, donde cada uno es guerrero, y por la cual muere alegre, y vive entre peligros gloriosos intrépidamente: aquella en la cual las madres no lloran á los hijos que mueren en el campo, y refieren como deseable y gloriosa tal muerte á sus hijos

pequeños: aquella que desprecia las delicias como gratas corruptelas, y solo se complace en la áspera virtud: dónde no hay otra gloria que el vencimiento, ninguna otra festividad que la del triunfo; en la que ademas los templos, los sacerdotes, los ritos concurren todos á estimular los ánimos á las armas; es cosa manifiesta que tal ciudad colocada en medio de la muelle Italia, y rodeada de pueblos sumergidos en las delicias, de costumbres delicadas debia levantarse gloriosa y formidable desde sus humildes principios á excelsa dominacion.

Como la multitud, reunida por alguna maravillosa aventura brama con varias y confusa voces, semejantes al mar que sacude las rocas, del mismo modo aquellos espectros comenzaron á preguntarse con ansiedad, y á

responderse. Los antepasados procuraban saber de los sucesores, y estos de sus antepasados noticias de las vicisitudes del tiempo, y de las estrañas mudanzas de la fortuna. Romulo razonaba mucho con Tulio principalmente, y por esta causa entre tanta confusion de coloquios yo solamente oia algunas cortadas sentencias distintamente. Dixo Romulo: ¡oh! dia escelerado aquel, en que hallándome sentado en coloquio militar fui asesinado por los padres conscritos! Tulio añadió discretamente: refiereme tal caso, porque aun és dudosa la fama entre nosotros: ningun miembro de tu cuerpo fue jámas hallado, y siempre en el vulgo corrió la nueva de que subistes al cielo. Romulo doliente esclamó: ¡oh perniciosa mentira, por cuyo medio se ocultó á la credula plebe el tremendo delito! Sabe, pues, que hallándome, como

oistes en asamblea, ocupado en el alto oficio de Rey, se levantó repentinamente tempestuosa borrasca, y convertido el dia en noche, se confundió el vulgo aullando, y hasta los mismos guerreros, como impelidos de celeste impulso, erraban fugitivos, arrastrados de la obscura tempestad por diversos senderos. Deslumbrada la multitud, procuraba con tímidas súplicas calmar el enojo de los Dioses. De ninguna otra cosa cuidaba cada uno fuera de sí mismo, como sucede en las repentinas desgracias. Las nubes de polvo, la melancólica obscuridad tanto perturbaban los ojos, que erraban los hombres como ciegos delirantes, y se confundian, y tropezando unos con otros, se preguntaban que fuese aquella estraña perturbacion del cielo y de la tierra. Mas cuando el vulgo habia asi perdido el imperio de sus

pensamientos, los padres conscriptos, insidiosos cuanto atroces bajo el velo de la obscuridad, yo no sé por cual ya deliberada conjuracion, me rodearon, ocultando bajo de la toga los puñales. Nada hubiera podido ver de tan horrendo espectáculo, porque los negros nublados bramando, habian estinguido la luz; pero tal vez relucian los relámpagos, y aquel resplandor me hizo patente su sanguinoso designio. En efecto me vi rodeado de aceros, relumbrantes á la luz de los rayos, de muchos amenazadores, y torbos malvados con las diestras levantadas y prontas á herir. Yo eché mano súbitamente al acero, resuelto á morir como Rey, pero desapareció la claridad del rayo, y las tinieblas me anublaron las pupilas. Al mismo tiempo la atrocidad de aquellos previno el enojo mio, y penetrado de muchas

heridas, yaci alli vendido Rey y envuelto de la obscuridad de la muerte. Mientras él hablaba así estendió la mano, señalando un lugar no remoto de aquel en donde razonaba, y yo lo conocí, de manera que sé porque pendiente del monte corrió, declinando al Comicio, la sangre de tan grande hombre.

Entonces dijo Ciceron: aplacate magnánimo espíritu, pues que hablas á tal descendiente, que vivió siete siglos despues de ti, pero tu fama aun era viva en aquel tiempo en todos los lábios, y cada uno de nosotros te llamaba padre todavía ó por mejor decir, númen protector. A estas palabras se estremecieron las turbas, y susurrando con la mentos reprimidos, repetian: Padre Quirino, Númen. Y templando su fiereza, añadió con magestuo benignidad, como si empuñase tu

davia el cetro en tierra de su imperio. Sufrí la muerte que convenia á rey de hombres arrojados del comercio civil, sin patria, sin leyes y sin otra virtud que la del desprecio de la muerte. Observa ahora, dijo Tulio, señalando en torno con la diestra; observa que maravillosos efectos ha producido esta vírtud. Mira el asilo donde reunistes aquellos perniciosos malvados, los cuales, dominados despues por tu magnánimo imperio, fundaron, como ves, eterna ciudad. Volvia Rómulo la vista en torno con grave pausa, y dijo: en verdad que yo convertí los hombres peores en los mejores, y esto manifiesta la fuerza de buená disciplina. Despues calló, y no sin maravilla observaba al derredor una ciudad mas populosa y mas ilustre despues de tantos siglos, que la que habia dejado al morir. Apo-

yaba la diestra en la lanza, y la izquierda sobre el puño de la temida espada, y en el severo aspecto mostraba bien alguna alegria, como autor de tan portentosa grandeza. Desde allí miró al vecino Capitolio, y volviéndose despues vió el collado Albano, reino de sus mayores. Entre tanto callaban reverentes los espectros, y despues que fue satisfecha su ansiedad, dirigió á mi de esta manera sus perceptibles palabras. ¿Quien eres tu, generoso viviente, que tienes el valor de mirar nuestros fieros aspectos? Y yo respondí: italiano admirador de las antiguas vicisitudes. ¿Se conserva, dijo él, entre vosotros mi nombre? Y yo añadí: no solo entre nosotros, sino entre todos los pueblos, y existe tan viva tu fama, que parece gozas de vida entre nosotros. Dijo él: despues que esta mi ciudad levanta la

soberbia frente, no envilecida por la perversidad de fortuna, ó por las injurias del tiempo, me parece que no os acordais de los precedentes sucesos. Ninguno, fuera que tu solo, gozando de la vida, puede aqui al presente sombrearme los trastornos de la suerte, desde el dia en que yo dejé de existir, hasta esta noche, de aquel tantos siglos separada. Yo respondí no sin perturbacion: regio espíritu, tuya es esta tierra, y yo aqui sobre el monte Palatino en tu presencia estoy sujeto á tu imperio; y por esta causa, en cuanto me lo permita mi rústica loquela, estoy pronto á satisfacerte. Presentóseme desde aquel punto á mi entendimiento el dilatado campo de las antiguas memorias, y aunque atemorizado de su estension y arduidad, estimulado sin embargo por tan magestuoso aspecto, y por

la tácita atencion de aquellos magnánimos oyentes, reuniendo los pensamientos con algun silencio, yo los disponia al propuesto razonamiento.

COLOQUIO SEGUNDO.

El autor á instancia de Rómulo refiere en compendio los trastornos de la ciudad despues de su muerte.

Yo por tanto comencé : despues de tu muerte tuvisteis seis reyes sucesores, el último de los cuales, llegando á ser odiado por su soberbia tiránica, fue arrojado del trono. Se estremeció Quirino como admirado de tal noticia, y yo dije: ¿acaso podia un pueblo magnánimo, cual tu lo formastes con maravillosa disciplina, sufrir como rebaño de esclavos? Despues referí las orgullosas opresiones, la real lascivia, y la insufrible soberbia de la estirpe Tarquina, y entonces se calmó el irritado espíritu, y despues de un silencio pensativo, profirió esta senten-

cia: ¡un rey desterrado! morir debia ó en el campo, ó bajo el puñal de conjuracion. Despues calló, y yo proseguí: ¡ah! ¿por qué nacen los malos reyes, y son mortales los buenos? Se sonrió Rómulo, y dijo: ¿cómo caben en tu carne delante de mi estas valientes sentencias? Y yo respondí: este ayre, este collado, y tu aspecto escitan el animo á elevar los pensamientos. Sigue, dijo él entonces, descendiente valeroso, puesto que eres digno de razonar conmigo; y yo con mejor ánimo continué: extinguida la monarquía, nació el amor de libertad, y de él una ilustre república, entre todas las que existieron, maravillosa. Así que mientras los reyes tus sucesores en el espacio de dos siglos y medio subyugaron con lentas y obstinadas guerras solamente las naciones confinantes, de manera que la

estrecha dominacion hubiera corrido una paloma solo de un vuelo sin pararse, viniendo á ser libres los Romanos, y peleando por ellos, y no por otros, sojuzgaron en otro tanto tiempo la Italia toda. De alli con feliz ímpetu llevaron las victorias al Eufrates, al Tigris, á las últimas regiones del Asia, al océano occidental no conocido por tí, á los climas helados, y á las ardientes arenas de la bárbara Libia. En lo vasto de tal imperio, comprendió el destino aquella misma region donde se levantaba la ínclita Dárdano y Troya belicosa, que tu piadoso progenitor abandonó, consumida de las llamas, oprimida del hado, y burlada míseramente por el fraude griego. Por esta causa tu estirpe pareció abandonada de la fortuna, á fin de que de la estrema adversidad se elevase á maravillosa esperiencia

de virtud. Pero asi como no hay cosa perfecta que no sea sometida hasta hoy á la corrupcion ; de aqui nació intestina discordia entre la plebe y el senado, que llegó á ser como enfermedad insanable, por la cual la república, digna de vida inmortal, fue prontamente extinguida. Despues de esto precipitándose de las disputas civiles á la atrocidad, se asesinaron entre si tus hijos, como impelidos del hado á inevitable demencia, hasta que embriagados, mucho mas que saciados de sangre, se sometieron al yugo de tiranos.

Mas aquel pueblo que te habia muerto, ó Rómulo y Padre, solo por que fuistes un tanto soberbio en la magestad, y que habia ademas arrojado con ignominia la estirpe real, sometió despues la frente soberbia al cetro de hierro de tales

déspotas, cuales por ningun otro pueblo fueron sufridos. En efecto no uno, sino muchos, y sucesivos sufrieron un tiempo los magnánimos Quirites, entonces hechos ludibrio de fieras coronadas. ¿Qué refiero? alguno de ellos, Tiberio, estinguió todos sus parientes, y despues se lisongeaba de ser feliz, como Priamo, que habia sobrevivido á todos los suyos. El senado que antiguamente era llamado asamblea del Rey, era denominado con escarnio atroz por el mismo manada de esclavos, y ellos con sus obras procuraban mostrase acreedores de tal nombre. Roma sufrió ver arrastradas las vírgenes inocentes al suplicio, y ser desfloradas por el verdugo antes de ser heridas, porque habia una antigua ley que prohibia condenar á muerte á ninguna vírgen. Asi que, para que no

pues él mismo asesinó con sus manos. Tan espantosa fiera derramó por tres lustros la sangre Romana á torrentes. ¡Mira cómo el ciego destino elevaba al trono aquellos que apenas eran acreedores de servir con la espalda encorvada de escalon al buen Monarca! Se vió en este Alcazar tal déspota Domiciano, el cual, mientras los enemigos perturvaban por todas partes el imperio con guerras formidables, estaba en las doradas estancias léjos de los ilustres peligros, divirtiéndose con los dados, y cogiendo moscas; y otro sucesor suyo Cómodo, encerrado tambien en este alvergue con trescientas concubinas, llenaba la ciudad de suplicios dejando el cuidado del imperio, al ejército que ya no combatia mas con los enemigos, sino con los Romanos. Romulo al oir esta sentencia puso la diestra en la frente, y

parecia dolerse, de modo que las lágrimas le caian de las mejillas al pecho, y yo prosegui: Llora, pues, valeroso Quirino, pues que la suerte de esta tu ciudad es acredora de tus ilustres lágrimas: puesto que, he aqui á Caracalla otro atrocísimo tirano, que tambien existió en los tiempos sanguinosos, de que ahora yo te hablo, el cual tentó muchas veces la muerte de su padre para rèynar anticipadamente, y despues en el trono extinguió á su esposa, y por su mano en los brazos de su madre comun á su propio hermano, á quien no sirvió de asilo para librarse del fratricidio aquel seno palpitante. Una enemiga fortuna colocó despues de aquel sobre el trono al jóven, sacerdote del sol, Eliogábalo. El con sanguinario culto hizo morir, como víctima sacrificada á aquel astro, á muchos jóve-

nes, escogidos entre los mas ilustres de toda la Italia. De aqui es que cansada la naturaleza de producir mónstruos para la diadema dió el cetro al jovenzuelo Alejandro, que alimentaba en estos dilatados jardines del Alcazar veinte mil pájaros por entretenimiento pueril. De esta manera este imperio que habia sido respetado, admirable y tremendo, vino á ser blanco del oprobio, ludibrio de las gentes, y diversion de tiranos.

Asi por mas de dos siglos y medio, despues de la destruccion de la república, el letargo de servidumbre oprimió á tus Quirites. Entretanto las estrañas gentes turbaban por todas partes los confines del imperio, y estaban próximos á romper por ellos como torrente inundador. Despreciada la disciplina de las armas, y estinguida la

gloria, permanecia por siglos la vasta dominacion, como espaciosa laguna, que en la calma se corrompe. ¿Y qué? esclamó Rómulo indignado: aquí no hubo en la sucesion de tiranos alguno valeroso? Yo respondí sumisamente: lo hubo, pero los buenos no pudieron compensar los males que habian causado los malvados. Añadió él todavía: mas si el imperio era espacioso y absoluto, debia pues tener poder y armas. Yo respondí: habia aquí ejército, pero sus empresas se limitaban á crear y á matar tiranos. El se mantuvo un tanto pensativo, y despues dijo: es cosa maravillosa que tal imperio durase, y asi estoy seguro de que ahora me cuentes que fue estinguido en breve. Y yo le respondí: una estrema desolacion dividió en piezas el gigante del imperio Romano: en efecto vino á

ser presa de bárbaras gentes, y asimismo de inumerables tiranos, que elevados sobre el torno á la aurora por el favor de inconstante fortuna, eran arrojados de él al ponerse el sol. En el mismo tiempo, no sabiendo Roma cual fuese su señor, vió á los bárbaros Escitas amenazarla cerca de sus sagradas puertas, y hacer escarnio de su vileza. ¿ Qué refiero? aun hubo aqui, ¡oh triste fortuna! en esta edad de la que habló un Monarca de este imperio, llamado Valeriano, hecho prisionero por los remotos Partos, el cual condenado á ignominioso ultrage toda la vida, dobló la espada al vencedor, y le sirvió de escalon para subir al caballo. Una tal nueva excitó un doloroso lamento mezclado de desesperado enojo. Oí suspiros y angustias, y juntamente sonido semejante al de las armas, y vio-

lentas, y amenazantes palabras. Por tanto yo estube dudando si cortaria el solicitado razonamiento, ó si lo prosiguiria. Pero Rómulo me animó, señalándome benignamente con la diestra que siguiese. Por esta causa añadí: no bastó á los bárbaros conculcar asi aquella real espalda, jamás vuelta á la huida en las batallas, sino que despues de su muerte, démasiado tardia y hasta hoy la mas cruel ácia su carácter, lo colgaron en el templo siendo lamentable trofeo, que mostraban con sonrisa á los mensageros Romanos. Escucharon las sombras con triste silencio la mísera desgracia, y asi despues que callé parecian como angustiadas, y el aire obscuro murmuraba sus suspiros. Yo vi no obstante que algunas, como Bruto, Atico, Tulio y otros republicanos magnánimos no daban señal de perturbacion á tal nueva,

sino que la escuchaban con altanería. Por esta causa dándome audacia su presencia, y pronto á libres pensamientos, francamente prorumpi: ¡Qué! ¿os aflige que uno de vuestros Monarcas sirviese de triunfo á otro, cuando tantos fueron por vosotros ultrajados por esta via triunfal? Hablando asi indicaba la via opuesta al collado ácia el soberbio Capitolio. Parecian alegrarse con esta sentencia las sombras guerreras, y callaba la multitud como almas acostumbradas á libres discursos.

Prevaleció al fin el real enojo de Quirino, el cual me mandó un poco austéro, como si fuese molestado de aquella suspension, que prosiguiese la emprendida narracion. Por esto continué asi: el desmesurado imperio fue despedazado por sanguinarios asaltos de pueblos inmensos, salidos del hie-

lo del septentrion, y por otros del Asia, y tan ruinosa, y vasta mole no la podia gobernar uno solo, por lo que fue dividida en dos partes principalmente, occidental, y oriental. Esta ciudad quedó siendo silla del Esperco monarca, y sobre las riberas del Elesponto se levantó otra famosa ciudad, la cual populosa y fiera aun conserva soberbio aspecto, y en ella fue colocado el trono del monarca oriental. De aqui es que, despedazado el seno de la estensa dominacion, como espacioso monte herido del terremoto, por cuya boca brotan los torrentes, asi las naciones todas le acometieron con ímpetu por todas partes, como si tan grande imperio fuese blanco comun de enojo y de ruina. Acaso no procuras al presente, ó Quirino, saber á que conquistadores fueron sujetas las demas regiones y solicito de esta

nuestra Italia, deseas saber la suerte de ella en medio de tanto furor de perversa fortuna. Por tanto sabe, que fue sometida al imperio de bárbara gente, que se derramó de las nevadas rocas del polo. Pero tu ciudad, no por esto naufragando en aquella inundacion, dejó de levantarse entre tantas tempestades, asi como es destino suyo propio, entre todas admirable y grande, de un modo cual tu jámas, ni alguno de vosotros podia esperar con humana conjetura. Asi que tu imperio de vicioso orígen, hecho expléndido con virtud, fue pues obra humana; mas otro imperio, nunca jamas aqui visto en todos los pasados siglos, se levantó en el medio de la vileza de los tiempos, y de la injuria de la fortuna, divino, y sempiterno. ¿Cual otro imperio es, pues, divino sino este nacido sin armas, aumentado

sin usurpaciones, confirmado por espontaneo consentimiento de los subditos, al cual dieron los monarcas ciudad, regiones, y tributos voluntarios, estendido por todo el universo con la inerme persuasion, mucho mayor que el que vosotros estendisteis con la violencia de las armas. El se conserva sin ejércitos; sin la fuerza es poderoso, y sin las armas temido. Por esta razon nació esta potencia donde las humanas se estingen; esto es, en la humildad sin el hierro, y sin el oro, y en breve le fueron obedientes y sumisos los Reyes victoriosos, y los indómitos pueblos que se prestaron á combatir por él, sometidos mucho mas que lo fueron á vuestras armas los tiranos burlados por la fortuna.

COLOQUIO TERCERO.

Numa y Romulo disputan sobre si los imperios se sostienen con las armas, ó con la disciplina.

Despues que yo callé un tanto, se levantó entonces una sombra, la cual estaba sentada pensativa escuchándome sobre una base antigua de columna, y dijo: si este imperio es cual tú refieres, el es por mí fundado, y no por otro. Hablando asi arrojó con la diestra un velo que le cubria la cabeza. Romulo volviendo á él una desdeñosa mirada, interrogó enojado: ¿quien eres, espectro atrevido y mofador, que tan mal te arrogas la gloria mia? Mientras asi decia inclinó la amenazadora lanza, y aquel imperturbable, grave de aspecto, de barba prolongada, y de semblante religioso, respondió placidamente: paz, magnánimo Quirino, que aqui no tiene lugar

la violencia de las armas, y solo disputo contigo con discretos y libres dicursos. Sabe que yo soy tal, que despues de tu desdichada suerte subí á tu trono inmediatamente, y Numa es mi nombre. A estas palabras quedó el aire en un gravisimo silencio, y todas las sombras parecian escucharle como al sapientisimo Romulo sin embargo parecia participar de la comun veneracion. Despues retrayendo la lanza, permanecio en mansueto silencio y escuchó. Entonces Numa prosiguió de esta manera: por las palabras de este mortal yo entendiendo bien que el presente imperio de nuestra ciudad nacio de los institutos piadosos, y creció por la reverencia magestuosa de la religion. Mas yo soy aquel, que llevando á los hombres de tu feroz disciplina á suaves costumbres, les enseñé la utilidad de la

justicia, y los atraje á obras virtuosas con ritos venerables, con el temor de la celeste ira, y con la lisongera esperanza de premios maravillosos posteriores á la honesta vida. Yo por tanto recibí de ti un pueblo fuerte, bárbaro, embriagado de su codicia, violento, raptor, devastador, respirando toda aquella injusticia que le señalastes por blanco valeroso, y por la cual era virtud vencer, y necesidad combatir, confundida la fuerza con la razon, y el premio con la fortuna. Pero yo, no sin admiracion de tus magnánimos institutos, descubrí en ellos un maniantial venenoso de maldad, que en breve tiempo los hubiera á todos contaminado. En efecto sin los vínculos de religiosa disciplina, ningun pueblo fue jámas unido mucho tiempo, ni feliz en sus empresas; y los corazones

humanos, no ablandados por la doctrina de justicia, permanecen fuertes en el campo de batalla, yo lo concedo, y ansiosos de guerra; pero insociables y duros. Yo, pues, limpié á tus Quírites, todabia manchados de la sangre de los vecinos, y sin extinguir en sus pechos el ardor de la guerra, los templé de modo, que antes de estender el imperio, fuese adulta la ciudad, y antes de imponer leyes á otra, las impuse á ella misma. Aquel pueblo, pues, que bajo tu cetro de hierro era odiado de todos: aquel que cada uno trataba de extinguirlo, como reunion de venenosas serpientes enojadas: aquel que el temor universal de los otros debia al fin oprimirlo: aquel por ninguno favorecido por su orgullosa violenlencia, yo lo de'é disciplinado en la justicia para la posteridad, venerado de los vecinos, visitado por

os mas remotos, reverente del cielo, leal en los pactos, amado de todos, y á ninguno sospechoso. De esta forma eran sus promesas creidas, sus enojos respetados, alabadas sus victorias, y compadecidas sus desgracias. Asi, pues, todo hombre para ejecutar empresas ilustres debe ante todo adquirirse buena fama, productora de confianza, puesto que sin ella quedaria vacilante.

Prorrumpió Quirino, y parecia que le temblaba la coraza sobre el pecho: oh tú que osas disputar conmigo de justicia, de leyes, de disciplina, de ritos, y que á mi, que fundé el trono en que te sentastes, tratas de enseñar audazmente como se deba reinar; dime Rey de paz, y coronado sacerdote, ¿cuales fueron tus triunfos? Aquel respondió sin enojo: uno solo, el ser llamado padre. Rey sin espada, dijo Romulo con desprecio, pues te

alabas, ¿con cuantas yugadas ampliastes tu dominacion? Respondió aquel blandamente: con ninguna, y lejos de dolerme de ello, al contrario me glorio de largo y tranquilo reino. ¿Pero que digo? era por ventura menos árduo el conservar un odioso imperio producido por la usurpacion, que el fundarlo? Yo soy aquel que tus malas empresas hice santas, que esta tierra, á todos execrable, la volví grata á todo estraño, que estos muros, manchados de fraterna sangre, los llamé augustos, y que esta manada de foragidos la trasformé en asamblea de héroes. He aqui mis artes, y mi reino: estinguir en el mundo la mala fama, y con venerables costumbres inducir á los hombres á temerse no solo en la guerra, sino á respetarse en paz. Ni presumas, soberbio fundador, que yo por bajeza prefiriese la vida tran-

quila á los peligros gloriosos, porque en hombre cual yo fui, versado en alta disciplina, no podia faltar aquel valor, que era del vulgo. Yo contuve, pero no desterré el ímpetu de las armas, y uní la gloria á la justicia, mediante lo cual estoy seguro de que dejé á los descendientes cetro mas venerado, que aquel que yo recibí de ti. Mas si este mortal te ha hecho ver patentemente que vive este imperio por sagrada disciplina, y no por armas ¿quien negará haber yo preparado mejor que otro alguno desde los remotos siglos tan maravillosa fortuna? Yo estoy seguro, esclamó Quirino con ronca voz, que si este imperio es todavia venerado, esto nace de las armas, pues ¿qué dura la memoria del antiguo valor, aun en la indolencia presente? Si un provecto guerrero blande lentamente la luz

con la mano cansada; sin embargo se admiran con temor sus enojos por la memoria de sus efectos. Toda potestad está en las armas; ellas producen terror, fortuna, fama y maravilla. Tus armas acaso mantienen la ciudad tranquila, pero adormecida y cobarde; artes con las cuales los tímidos tiranos guian el vulgo como rebaño, que tiembla al resplandor del rayo, pero que son el escarnio de los magnánimos, y engaños odiados por los valerosos reyes. Despues que dijo tales palabras, volvia la espalda resuelto á abandonar la molesta disputa. Mas Numa, siguiendo sus huellas placidamente, decia: si te precias de generosos pensamientos ¿por qué huyes una disputa de opinion? Mira que feroz es tu mente, que la cosa mas libre la quiere esclavizar; esto es el pensamiento.

Volvió Quirino; y Numa, to-

candoaquella su ilustre lanza, decia: posible es que no hay mas que esta para sostener los imperios! Entonces la retrajo Quirino como enojado de que otras manos la tocasen, y Numa prosiguió: dime, ó valeroso ¿la fuerza de los imperios está en el Rey solo, ó tambien en los vasallos? Respondió aquel severamente, volviendo el rostro, ¿qué refieres? ¡Rey solo! no seria Rey: el poder está en el egército, bajo de su mando. Tú en verdad razonas como Monarca que jamás fue capitan. Y aquel, sin turbarse por el amargo enojo, añadió benignamente: luego Rey solo no tiene imperio, y este consiste en la obediencia de los vasallos, y cuantos mas son, y prontos á sus deseos, otro tanto mayor es su poder. Luego dijo Romulo, las almas reales con presentarse ellas mismas las primeras como blanco y guia de las

magnánimas obras, infunden firmemente en el pueblo tal admiracion, que se sigue la sumision. Los rebaños caminan bajo la direccion de buenos pastores. Pero Numa replicó: muchas son y varias las necesidades de obediencia en el pueblo, y como frecuentemente repugnantes á las depravadas inclinaciones, y á las humanas corruptelas, de aqui es que se requiere, ó la fuerza que lo obligue, ó la opinion que lo persuada. En verdad, decia Quirino sonriéndose, tu tendras acaso un tesoro de recondita doctrina, por la que podrias formar tan maravillosa dominacion, en la que, mediante argumentos dialecticos, y benignas persuasiones, se refrene la malignidad civil, y las externas ofensas; mas yo ninguna otra conocí fuera de la espada en el campo, y la segur aqui dentro. Numa dijo: con la fuerza rechaza-

rás al enemigo, y estinguirás al malhechor en la ciudad; ¿pero con qué fuerza inducirás tu los ánimos al amor de la patria, á los gloriosos deseos, á la sobriedad, á la escasez militar, á sufrir incomodidades privadas por el bien comun? La verdadera fuerza de la República consiste, pues, en estas virtudes, de modo que sin ellas, todas las demas deben desmayar, como plantas esteriles, privadas de los rayos del sol. Ahora bien, respondió Rómulo: estas virtudes nacen y se propagan con las armas, siendo asi que la victoria produce fama, y premio juntamente. Te engañas, interrumpió Numa, porque es imposible cosa satisfacer al egército en sus empresas con premios correspondientes. En efecto los frutos de la victoria, inciertos frecuentemente, aunque sean copiosos, son siempre escaso galardon, ó premio, dividi-

do entre muchos combatientes. Mas las provincias, conquistadas con su sangre, las goza el Rey solo, y por esto el mayor premio de la milicia jamás fue dado al egército, el cual se destruye tambien necesariamente entre las victorias. Luego para que la ciudad tenga gloriosos guerreros, conviene que induzca á su juventud á morir por ella. Esto supuesto dime: ¿con qué premio interesarás tú á los ciudadanos á tal desprecio de si mismos, y á tanta estimacion por la ciudad? En verdad no por la fuerza, porque tendrias siempre un vil ejército pronto á la fuga. ¿Qué es lo que razonas? esclamó Romulo: yo tuve egército valiente, como que era ansioso de alabanza. Luego, dijo Numa, no el oro, no el vestido, no la mesa, no las fiestas eran los premios de tus guerreros, sino la alabanza, y por esta se arrojaban con noble furor á los com-

bates. Y esta alabanza ¿qué otra cosa es sino la opinion del entendimiento, y sonido de voces? Reconócete por esto inclinado á concederme por ti mismo que el impulso mas eficaz de tus legiones era un placer intelectual, un galardon de pensamientos, un pabulo de opinion. Por esta razon es claro que la sola fuerza es argumento insuficiente para el gobierno de la multitud. El Monarca de vasta dominacion, y de inumerables escuadrones, es un hombre menos gentil que su caballo, menos veloz que sus perros, y menos poderoso en cuanto á el mismo que el toro. Por esta causa consiste su poder en la constante inclinacion de los suyos en seguir sus deseos, y esta obediencia se mantiene con la tutela de institutos religiosos, puesto que no es facil inclinar los animos á tan estraordinaria docilidad, sino por medios ex-

traordinarios. Asi que, considerando yo la grandeza de las antiguas naciones, y de aquellas de mi tiempo, vi observados en sus institutos este orden; que los actos cuotidianos y comunes de la vida civil eran dirigidos por las leyes, y los juicios; pero las empresas extraordinarias y dificiles eran siempre sometidas á las celestes deliberaciones. De aqui es que las civiles instituciones, reducidas á estrechos límites, apenas eran bastantes en la ciudad para guardar los campos, y la vida de cada uno de las recíprocas injurias. Al contrario, la magestad de los templos, los himnos piadosos, la solemnidad de los ritos, la invocacion de los Dioses, su ira, y los admirables galardones en la vida inmortal, inclinaban la mente á tanta elevacion de deseos, y al mismo tiempo la sujetaban á tan útil docilidad, que caminaban los hombres

alegremente por la escabrosa via de la mas austera virtud, olvidados de sí mismos, y solo teniendo presente la patria. Por tanto yo reduxe los animos feroces al temor de los Dioses, á fin de que atemorizados de su venganza, se abstuviesen de las injurias, y asi mismo los inspiré ilustres empresas con venerable disciplina, con oraculos maravillosos de voces divinas, guiando por secretas sendas las mentes, retraidas de su utilidad particular y de la comun.

Romulo seguia escuchando con los ojos medio abiertos, como sumergido en varios pensamientos; y entonces exclamó: luego tu burlastes á tu pueblo con vanos oraculos. He aqui el rey digno de veneracion, que engañó la plebe como vil encantador con ilusiones! Yo hice siempre el primero ostentacion en los combates, y yo superé todo

en la sobriedad y vigilancia. Rey guerrero, pronto á todas honras al fin glorioso: Padre con mí pueblo, y terrible en el campo, he aqui mi disciplina. Con esta fundé ciudad maravillosa, donde habia soledad desierta: alli reuní ejército terrible, á cuya presencia huyeron las belicosas naciones, de las que estaba rodeado. Ahora, pues, ¿que hiscites tu? Yo, respondió Numa, llamé á Jove á que reinase conmigo, y ministro del ciel prometí eterno imperio á los romanos. Vosotras, sombras descendientes nuestras, referid á esta vuestras grandezas, pues que estoy seguro que con tal disciplina creció vuestro imperio, y por ella dura. Hablando asi se cubrió el venerable semblate con el velo sacerdotal. Despues se sentó en lugar separado con digna tranquilidad sobre un tronco marmoreo de columna, residuo del tiempo destructor.

Romulo volvió á él los ojos, y parecia ya maravillarse algun tanto de sus discursos; y asi fue que, movido de curioso deseo, preguntaba á las circunstantes sombras sobre los institutos de aquel, y sucesivamente de sus efectos. Marco Tulio entre todos, acercándose al magnánimo Quirino, referia con su ilustre facundia los sabios consejos de Numa y su utilidad comprobada para guiar las opiniones del vulgo, y dirigir su ímpetu á la justicia, y á la virtud; de manera que aquel, como anima ilustre y verdaderamente real, concluyó suspirando: Ahora veo que yo dejé gran parte de gloria á mi sucesor, pues que leal, y fuerte en mis pensamientos reyné sin utiles fraudes, y por ello fui muerto. Tulio dijo: Aplacate, ó Quirino, porque tanta parte tienes en la grandeza á que llegó este imperio, que ninguno puede jamas obscurecer tu gloria.

Que si el benigno de Numa por senda indirecta confirmó las instituciones civiles, él no fué émulo de tu gloria, sino cooperador de ella. En efecto las vicisitudes de los gobiernos hicieron patente que ninguna concordia puede conservarlos mejor que aquella por lo cual, de un modo conveniente á cada tiempo y pueblo, se reunen cuasi armónicamente el imperio civil, y los venerables ritos. Al oir esta sentencia alzó Numa la frente, y dixo: Oh sabia, y feliz ciudad donde reyne tal acuerdo, pues que tendrá no solo obedientes sus ciudadanos, sino tambien persuadidos, y deseosos de morir por ella. No los cuerpos solos, que al fin ceden á la fuerza, estarán prontos, sino tambien aquellos que no ceden á ella, á saber, los libres pensamientos. Quien domina los entendimientos conduce los hombres á increibles empresas:

Despues que habló desapareció como relampago, y las sombras congregadas susurraban tristes casi gimiendo, el que fuese sumergido el venerable rey en la noche sempiterna. Romulo fijó entonces los ojos en su lanza formidable como él, é hiriéndola fuertemente con el pie la rompió por medio. Despues arrojando en tierra con despechado enojo los dos trozos, murmuró en voz oprimida: vete instrumento vano de imperio afanoso: el laud fue mas poderoso y feliz que tú. ¿Por qué hado resucito yo, y veo mi ciudad ahora triunfante con disciplina contraria á la mia? Y tu que te mantienes animoso á nuestra vista, si de hoy mas refiere á estos habitantes acaso no creida maravilla; esto es, que has razonado conmigo; diles que otra tanta yo probé al oirte hablar del presente imperio, que vi á Roma, y no la

conocí, y desciendo. Desapareció, y el monte mugió con rumor de terremoto. Abriose la tierra bajo el expectro enojado, y suspirando se sumergió en ella, cubriéndose el rostro con la visera. Las sombras recogieron los trozos de la lanza fundadora del glorioso imperio, y las unas se los mostraban á las otras en silencio.

COLOQUIO CUARTO.

Lamentos de las sombras sobre las ruinas: de aquí el castigo de Neron.

Mas despues que se habia sosegado un poco aquel tumulto, he aqui una sombra, que yo no conocí, y que miraba tácita aquel monte, y de allí volvia en torno los ojos, contemplando las regiones circunstantes. Inclinándose alguna vez, recogia fracmentos de mármoles antiguos, y de ruinas de escultura; tal vez arrancaba con enojo las malezas nacidas entre ellas, y despues de esto volviéndose á mi exclamó: Que ultrage es este contra el Palatino, ¿dónde nació nuestro imperio, principio admirable de la mas admirable grandeza? Sagrada era, pues, esta tierra por la cueva

lupercal, donde se recobraron maravillosamente los dos reyes gemelos! ¡Aqui crecía la planta ruminal venerable, y piadosa memoria! Estaba asimismo en aquel lugar el templo magestuoso de Apolo, la casa de Scauro, la de los libres Gracos, y la del famoso Marco Tulio! Ay de mi! quien registra apenas ahora los vestigios de los atrios marmoreos, y de los monumentos augustos entre las crecidas hierbas, y los inmundos escombros! Las sombras repetian el eco de aquellos lamentos, y aquel espectro mirando una urna vacía, añadió: aquí yacian nuestros huesos, y ahora el viento esparce el polvo de ellos, que ha venido á ser ludibrio suyo. Otro decia angustiado: he aqui cabañas de labradores, compuestas de lápidas despedazadas, y de esculturas sepulcrales! La desapiadada azada revuelve este collado sembrado de nuestros hue-

sos, donde nacen entre ellos las delicias de vuestros convites! El labrador idiota rompe las grabadas palabras, con las que el doliente marido refiere á los sucesores el nombre y la castidad de su amadísima consorte! ¡ Ay despojos largo tiempo exentos de las injurias del hado, las cuales todas sufris aqui al presente! Acia otra parte sonaba esta doliente voz: mira aquellas aguas, las cuales corrian por aquellos espaciosos conductos, y despues eran baño de la palestra, y fuentes agradables en las termas, que estraviadas serpentean en humildes arroyuelos! La soberbia copa de los cipreses ondea al viento sobre desiertas ruinas, y sus raices penetran en aquellas donde no llegan por siglos rayos del sol. Las columnas marmoreas del Asia se ven humilladas, y bases dispersas como vil carga del campo, y estas elevadas ruinas del

real alcazar, que resisten á las injurias vuestras, han quedado como señales de bárbara desolacion. Entonces prorumpió una sombra, entre todas la mas vana, mirándome. ¿Por qué no habeis destruido toda huella de él, para que al menos, estinguido todo explendor antiguo, restase aqui un escualido desierto, en el silencio del cual resonase solamente el ahullido de lobos?

Yo callaba, movido de la piedad de tan acerbo lamento, cuyas graves causas estaban presentes á mi vista. Despues cesaron como por cansancio las angustiosas querellas, y entonces Tulio, volviéndose al oriente, dijo: Mirad el collado Albano que declina hacia el mar, y el Tiburtino, delicia de nuestro Flaco, y mi ameno Tusculo. Salve, ó alagüeñas soledades, donde al menos encontramos al-

guna calma de agradables estudios en las tempestades civiles! Despues de esto, vuelto al medio dia, miraba callando por la pendiente del Palatino hacia el valle opuesto, como si viese alguna estraña maravilla. Por esta razon yo le pregunté cual fuese la causa de su silencio, y él respondió: ¿No estaba aquí el Circo Máximo? Aquí estaba le dije, y ahora distingue con trabajo el lugar donde estuvo alguno versado en los fatigosos estudios de los antiguos monumentos. Como sabemos por las tradiciones, y por vuestras monedas, la forma de ellos, los templos, los obeliscos, las metas, el modo y la magnificencia de estos juegos, de aquí es que con tales guias andamos en busca de las escasas reliquias del Circo espacioso. Tulio exclamó, diciendo: ¡Qué triste silencio es este, donde el cielo reso-

naba con las festivas voces de trescientos mil expectadores! Y yo, tomando parte en el tormento de tan grande alma, añadí: Un caprichoso destino persigue los restos de vuestra grandeza, y la muda en estrañas transformaciones. Bien sabemos, aunque descendientes tardios, que en esta pendiente, que declina al valle del Circo, estaba la cabaña pastoril de Rómulo, compuesta de juncos y de paja, conservada largo tiempo en memoria de la sencillez de sus costumbres. Allí se levantaba cerca de un arbusto, que se veneraba por antigua fama de muchas generaciones, como su lanza reberdecida. Estos recuerdos de la modestia y del valor de Rey tan grande, fueron despues borrados con desprecio por viles tiranos, que levantaron aqui palacio igual á su orgullo. A estas palabras se adelantó la sombra de Oc-

taviano, y dijo: Yo soy aquel qu
encontré á Roma compuesta d
greda, y la dejé de mármol. ¿Qu
hablas de fastosa tirania? ¿Faltab
por ventura al pueblo una habita-
cion suficiente, porque adorné est
silla de nuestro imperio con excel-
sos edificios? ¿Debia el dominado
de tan dilatado reino habitar la Ro
mulea cabaña? ¿Mas quién levan-
tó este palacio? Mi pueblo; y as
no te lamentes de que un Monar-
ca vuelva los tributos á su fuente.
Si quieres lamentarte, lamentate,
pues, de los avaros, y alaba los ge-
nerosos; pues que estos vuelven
por clemencia lo que se exige por
necesidad, y aquellos quitan siem-
pre, y jamas restituyen. Yo callaba
por respeto al ilustre Emperador,
pero sin embargo conmigo mismo
consideraba, como en real espiritu
dura el admirable orgullo, aunque
despojado de los miembros, y re-

frené sobre los labios las respuestas convenientes. Marco Tulio, el cual, como sagacísima substancia intelectual, penetraba mis pensamientos, dijo: Bien haces en callar; porque son inmoderados é invencibles de razon los deseos ardientes, y la insacible soberbia, de quien satisfizo los deseos y la soberbia por tanto tiempo. Entonces Marco Bruto prorrumpió, enojado: ¿Luego no bastó á moderarle en esto el exemplo de su tio muerto por mí? Pero con tirano ya extinguido es vileza disputar: calló, volvió la espalda, y se alejó.

Entre tanto se encaminaron los espectros hácia la pendiente oriental del collado, donde el declina al valle del Celio, y penetraban en todas las profundidades, deseosos de reconocer las reliquias de tantas moles. Cuando he aquí que se percibe un gemido, y volviéndo-

me á aquella parte de donde venia, vi una imagen ceñuda, y triste, que con malignas querellas turbaba á los circunstantes, y decia: ¿Luego ninguna reliquia remanece, no solo de mi aúreo palacio, pero ni menos de mi excelso simulacro? Mirad, alli se levantaba magestuoso el coloso de mi imágen, y ahora ni aun percibo alguna piedra de su base. Mientras él asi razonaba yo miré atentamente sus facciones, y sin preguntar á ninguna sombra, conocí por mi solo ser aquellas del matricida Neron. Por esta causa, trayendo yo á la memoria su atrocidad, me incomodó la arrogancia con que se dolia de los merecidos insultos de la fortuna. Por tanto, volviéndome á él, dije: ¿De qué te lamentas, verdugo de los romanos? ¿por qué es disipado en polvo el monumento de tu necedad orgu-

llosa, y no el de la benevolencia de éstos? Es mucha maravilla que él se levantase en esta tierra, otro tiempo asilo de libertad, y que no fuese súbitamente hecho pedazos por la pública ira. O si acaso debia permanecer la imágen de tu odioso aspecto, no por otra razon era justo, sino para que fuese blanco eterno de abominacion. Pero el hado para burlar tu insensato deseo de gloria, hizo servir aquel tu mismo coloso para el simulacro de otros tiranos posteriores. El uno de ellos comenzó cortándole la cabeza, y poniendo en su lugar la imágen suya. Un otro despues colocó en lugar de aquella tambien la suya propia, y de aqui continuaron los sucesores colocando sus cabezas sobre aquel monumento, convertido en blanco de insensata emulacion. A estas palabras volvia á mi el espectro airadas

las pupilas, todavia no privadas de su malvada índole, aunque substancia incorporea. Mas yo al contrario inflamado, al ver aquellos ojos amenazantes, del mas noble impulso de libertad, para que al menos oyese despues del largo silencio de muerte alguna digna reprehension, intrépido añadí: Nada sirve lamentarte al presente de que el tiempo haya destruido tus estatuas de mármol, pues que mucho mayor y duradera que todo alcazar regio, y coloso, permanece la memoria de tus delitos. ¿Asesino de la madre, de la consorte, del hermano, del maestro, como dudas el tener perpetua ignominia? Bramaba á estas reprehensiones el espectro; y entre tanto se le reunian en torno sombras innumerables, murmurando cada una contra él amarguísimas palabras. Alguna le mostra-

ba las heridas con las cuales habia sido estinguida por su crueldad: otras arrojaban sobre él la sangre sacándola de aquellas, y entre tantas quejas parecia, pues, sufrir el miserable (pues que míseros son los malvados) atroz tristeza infernal. Pero vi una sombra mugeril salir de entre la multitud, y arrojarse á él. Tenia escuálido, y airado rostro, el cabello descompuesto, mas sin embargo el aspecto magestuoso. Envuelta en lúgubre manto, como reliquia de su pompa fúnebre, empuñaba con la diestra un manojo de enroscadas serpientes, recogidas en forma de azote, y en la izquierda una antorcha, que hiriendo los objetos con luz de sangre, todos se teñian en sangre. Despues llegando cerca del vil tirano, que temblaba á su presencia, le arrojó con ímpetu las serpientes, las cuales subitamente penetra-

ron en él, como entran en la tierra movida del arado las glotonas lombrices. Gimió el tirano con angustia profunda, y la matrona complaciéndose de ella se sonrrió amargamente. Despues apagó la antorcha en el pecho de él, renovando su venganza Ardía el corazon de Neron, y juntamente silvaban las serpientes dentro de la inflamada herida. El en tanto ahullaba con sollozo espantable, y despues se entregó loco á la fuga; pero la sombra perseguidora le seguia de cerca, hiriéndole la espalda con el viperino azote. Al fin se escondió dentro de las vastas ruinas del próximo anfiteatro Flavio, y en ellas desaparecieron ambas. Entonces dije yo á uno de los que tenia á mi lado, quien es aquella, y ¿por qué tan atroz venganza? Me respondió, ella es la madre asesinada por él. Nigun castigo igua-

la al delito, y asi no te duelas de él. Asi decia viéndome conmovido de tan grande suplicio. En efecto á tal expectáculo yo procuraba olvidar para siempre los delitos del triste monarca, condoliéndome de tan larga venganza. Pero aquel, que penetraba mi pensamiento, concluyó: tu piedad no es digna. Despues calló, y volví la espalda, como disgustado de mi enferma naturaleza.

COLOQUIO QUINTO.

En el Coliseo, en el Foro, y en la cárcel Mamertina.

Murmuraban las sombras como el mar conmovidas de indignacion, y de horror contra el matricida, y siguiendo sus fugitivas pisadas, corrian hacia las espaciosas ruinas del anfiteatro, y en él se congregaron en multitud. La noche habia ya corrida la mitad de su tácito camino. El resplandor de la elevada Luna, iluminando aquel edificio, parecia hacerlo mas espacioso, y se manifestaban mas sus formas. No obstante, las cabidades de los arcos, y de las cuebas ruinosa, permanecian obscurecidas de profundas tinieblas, y al contrario las partes exteriores de la mole, heridas del rayo del plane-

ta, resplandecian al lado de aquellas obscuridades con efecto maravilloso. El aura nocturna sacudia ligeramente los arbustos, y las yedras esparcidas sobre los muros, y por debajo de los arcos aparecia como záfiro resplandeciente el agradable azul del cielo. Como bandada de innumerables palomas silbestres, que declina el vuelo y se posa en las campestres habitaciones; asì los espectros se esparcieron al punto por aquella mole, descendiendo algunos en las profundidades saliendo por los arcos planos, colocados unos sobre otros hasta lo excelso. Yo permanecí en medio de la arena, para contemplar tan maravilloso espectáculo; Tulio se mantuvó conmigo, y no lejos el inalterable Pomponio, el severo Bruto, y el festivo Oracio; y la acostumbrada compañía de las sombras amigas me rodeaban en

actitudes benignas, sin asustarme. Entonces comenzó un gemido compuesto de varias voces, que se lastimaban de que fuese destruida aquella mole en tan gran parte, de modo que no se viese en ella rastro de la magnificiencia antigua, ni señal alguna de los espectáculos maravillosos, largo tiempo celebrados en aquella arena. Despues se reunian en torno de mi las sombras vulgares, unas gimiendo, otras enojadas, que me reprehendian la bárbara desolacion de tan espléndido edificio, convertido en triste ruina, devorada por el tiempo.

Yo sufri por algunos momentos la molestia de aquellas reprehensiones, pero despues, estimulado de algunos modales orgullosos de la plebe, á defender nuestra edad, prorumpi en estas palabras: he aqui una admirable mole érigida por la voluntad de un déspo-

ta, y por los brazos de escualidos esclavos; ¿y para qué? Estas son las prisiones de donde salieron sedientas de sangre, y hambrientas por largo tiempo las atroces fieras, adquiridas á fuerza de mucho oro, de los africanos cazadores. Sobre esta infame arena era obligado el hombre, para diversion de otro hombre, á ofrecerse él mismo entre estragos, gemidos, y muertes execrables, y funestas, á las garras del Leon. Corria ansioso para vuestro placer este suelo el tigre voraz, despedazando entre las fauces rabiosas los miembros humanos palpitantes, tan alegre como vosotros de su terrible pasto. Todos los átomos de esta arena están manchados de miserables atrocidades, jamás correspondientes no menos á pueblo culto, que á salvage despreciador de toda costumbre humana. Aqui caian

espirando los gladiatores, y vosotros, doctos en tan horrorosa disciplina, como seberos, distinguiendo los varios modos de la agonia, y gustando ignominioso placer en aquella que era de actitud graciosa, vituperabáis con infame gritería las otras. Asi que, como si no fuese bastante el peligro de la lucha gladiatoria á satisfacer el cruel ocio del vulgo, fue aquella adornada de estrañas invenciones como fiesta alegre. Por esto con espadas, escudos, y puñales de varias formas se variaba el aspecto del combate, y los casos diversos de él. De aqui es que habia quien se presentaba, teniendo una red, y un puñal, y debia al golpe de la una coger diestramente al otro, y al del otro herirlo; y tal vez os daba mas placer el ver combatir gladiadores bendados los ojos, y entregados á la triste ventura de

muerte no prevista, y de heridas estrañas; y á veces por infame capricho aun os agradó mirar aqui combatiendo hombres de pueril estatura. ¡Atrocidad generosa en realidad el sentarse á ser espectadores en vil ocio de sucesos desgraciados, adornados de vestidos brillantes, saciados en espléndidos convites, y embriagados de Falerno! ¿Quién es de vosotros que deba blasfemar sanamente el que al presente se halle en apacible soledad esta arena, y esta inmensa ruina trocada en objeto inocente de erúditos estudios de cultos viageros, que se dirigen de continuo á este collado? Se presentó delante una sombra, que tenia el aspecto marcial, é indignada sacudia las armas, y resonaba el aire. Despues prorrumpió asi: ¿Y tú censor audaz de nuestras costumbres, quién eres? En realidad seras na-

cido de gente vil que teme la muerte. Y yo respondí: vil cosa es temer la muerte, y mucho mas vil el deleitarse de la de otro. Respondió aquel: no se pueden producir efectos admirables sin medios estraordinarios. Asi que como es enfermedad ingénita en el hombre el temor de la propia destruccion, y el cual perturba las magnánimas empresas, asi para desterrar de su pecho el triste pensamiento de ella, estimaron los nuestros conveniente preparar en tiempos de paz un maravilloso desprecio de la vida, por el cual caían los guerreros en los combates sin gemir. Fue ageno de piedad este espectáculo, y todo respiraba un trágico terror; pero era cotidiana disciplina de muerte, en cuyo desprecio consiste el vivir altamente libres y temidos. Dijo, y desapareció como disgustada de

disputar conmigo. Yo entonces volviéndome á Tulio le pregunte: ¿quién es esta feroz ánima? Y él respondió: un gladiator celebrado en nuestros tiempos, y peritísimo en matar. Por lo que yo le decia: ¿no se ha despojado con los miembros de la atrocidad del entendimiento? Y concluyó Tulio: no hay porque incomodarte, humano espíritu; que entre nosotros no encontrarás otros defensores de artes tan indignas, sino los infames mismos, que viviendo las profesaron. Mira como tácitos nosotros consentimos en tus libres reprehensiones.

Mientras asi razonabamos pasaba con la sombra por debajo del arco de Tito, dando vista á la llanura, que divide el Capitólio del Palatino, y se estiende hacia el Quirinal. Estaba aquel espacio cubierto de bacas, y de becerros que

descansaban rumiando soñolientas cerca de las ilustres ruinas de antiguos monumentos. Sus mugidos alguna vez solamente rompian el silencio nocturno. Aproximándose las sombras á aquel celebrado lugar donde se congregaban en comicio, parecian mas que nunca enojadas é indignadas. Tulio que estaba á mi lado, tambien parecia maravillosamente conmovido, por lo que yo le pregunté: ¿qué objeto es este que tanto te desagrada? Y él, no ya con semblante benigno, sino fuera de su costumbre, triste y airado, miraba con ceño á todas partes, sin hablar palabra. Despues que se mantuvo un poco silencioso en el tumulto de sus pensamientos, me preguntó: ¿ Por qué se ha mudado en majada el comicio y el foro? Que fuese este valle como en lo antiguo asilo pantanoso, y de nuevo converti-

do en bosque, esto seria un acontecimiento ordinario de fortuna; ¿pero por qué bárbaro escarnio de los ilustres mayores, vosotros, descendientes insensatos, aqui donde estaba la mas augusta asamblea de un pueblo magestuoso; donde con libres sufragios decretaba la suerte de la mas dilatada dominacion, y de Reyes poderosos; en este airè en que resonaba la victoriosa elocuencia de nuestros oradores; en este lugar espléndido, admirable por los simulacros de los héroes, por los templos, y por los atrios, y reverenciado en todas partes reunis ahora con grosero desprecio los rebaños? He alli no vencido del tiempo este sacro palatino, ni el Capitólio triunfal: aun permanecen como señales de estrago algunas columnas de mármol; ¡y he aqui ruinas de espaciosos templos! ¿Cómo la magestad

de tales objetos no os ha detenido á profanarlos? Mientras él hablaba de esta manera, mugian las bacas despiertas por los rayos de la luna, y Tulio volviéndose á los suyos decia: ¡ Oh triste mutacion de fortuna! Ni tu voz, preclaro Ortensio, ni la tuya, esclarecido Bruto, ni la mia, que aqui oisteis, ó Romanos, acaso no sin conmoveros, suena al presente, y solo los mugidos son los que hieren estos profanados restos de la antigua magnificencia. Vuestras centurias se han convertido en cabañas. Alla estaban, bien me acuerdo, los rostros, y ahora examino rústica habitacion, cubierta de àridas hierbas, pasto de jumentos. Yo no hallé defensa conveniente á tan respetables palabras. Entonces vi á Oracio, que andaba buscando vanamente el lugar de la sacra via, á él tan agradable para sus

distracciones contemplativas, y se dolia de no encontrar de ella vestigio. Via estrañamente mudado el aspecto de aquella tierra, escombrado el valle, y declinadas las colinas bajo el peso del tiempo. César entre tanto subia al capitólio, y se volvian hacia él las turbas, de donde yo tambien con Tulio me dirigi al collado celebrado por los triunfos. Pero vi detenerse un poco las sombras á la estremidad de la falda de aquel, antes de subirlo, y que se reunian en el arco de Septimio Severo, deseosas de contemplarlo. Mirando en él la escultura y las inscripciones, hablaban entre sí festivas: ¡He aqui el monumento triunfal de un hombre valeroso, que propagó con las victorias nuestro imperio!

César sin embargo continuaba subiendo con grave lentitud el Capitolio como Dictador temido, y

victorioso. Era su porte tan mages-
tuoso, y fiero, como que recordase
á la celebridad de su triunfo. Cuando
despues salimos del arco, y las som-
bras subiendo llenaban el collado
Capitolino, Tulio me preguntó: ¿Ha
quedado aqui algun vestigio de la
vasta cárcel Mamertina? Aun resta
le dijé, mudada en subterraneo tem-
plo, y asi en lugar de gemidos de
muerte, suenan aqui al presente vo-
ces tranquilas, y piadosas. Y añadi
aquel: venturosa es semejánte mu-
danza. En tanto salia fuera de
aquella antigua profundidad una
sombra. Tenia manto purpureo, pe-
ro desceñido, escualida y feroz en
los ojos, y obcura en el color de
rostro, como tostado por el aire ar-
diente. No obstante ella mostraba
entendimiento en las sagaces mira-
das, y en las acciones cierto mag-
nánimo porte. Tulio saliéndola al
encuentro, dijo: ¿quien eres triste

sombra, que ahora sales de la cárcel, estraña en el aspecto y conmovida de mísera ansiedad? Y ella respondió: ¿Quién al presente no me conoce entre vosotros? yo soy aquel que mostré al engañado mundo el falso explendor de vuestra virtud, pues que Rey fraticida, corrompí con el oro los cónsules, y el senado, y hasta la entera republica, y la expuse á ser escarnio de las gentes. Yo estinguí los magnánimos enojos de los Padres conscriptos con dones, yo compré del senado, como emporio de crueldad, la impunidad, y el triunfo de mis atroces usurpaciones. Le interumpió Tulio diciendo: calla, que no es necesario que mas te esfuerces á darte á conocer: ninguno sino el pérfido Iugurta puede hablar asi del pueblo Romano. Mas si te acuerdas de la pena, ¿como pues te atreves á alabarte, Rey simulador, de haber ar-

ruinado, y envilecido la républica con tus piedras preciosas, si al fin subistes, siguiendo el carro triunfal esta via con rostro pálido é inclinado como reo? En esta misma cárcel por ventura no fuistes ultrajado, y mofado de la licencia militar, y no espirastes despues aqui miseramente de hambre? ¿Qué hablas soberbio Romano? decia el feroz Numida; que yo fuese vencido fue un acaso: que siguiese la orgullosa, y cruel pompa fue efecto de vuestra b'rbara costumbre: y que yo en esta carcel muriese de hambre, y ultrajado de necios guerreros, fue ignominiosa connivencia vuestra, y feroz insulto hecho á un Rey. Pero que yo os indujese, senado soverbio, de un pueblo despreciador de todas las gentes, y convertido con mis dones en avara ramera, para conservarme en el mal adquirido reino, por lo que vues-

tros cónsules volvieron uno en pos de otro de las costas africanas cargados de tesoros, y de infamia ; esto fue vicio vuestro , y sagacidad mia. Volvió despues las espaldas, y descendió nuevamente por la misma via por donde vino. Tulio dijo, y parecia dolerse ¡ Oh Roma, cuanta ignominia adquiristes por tal Rey ! Despues me preguntó: ¿Qué fama ha quedado de este entre vosotros? ¿Y qué juicio formais de aquellos trastornos? Y yo respondí: que él fue malvado, pero el senado mas que él. Suspiraba Tulio, como benigno todavia extraordinariamente , segun lo fue en vida, hacia su patria, y en silencio se indignaba de aquellos casos abominables. Por lo tanto yo consideraba conmigo mismo, cuan agenas de toda escusa eran las curuptelas Romanas de la guerra Iugurtina, pues que la divina elocuencia de Orador

tan eminente desmayaba al escucharlas. La aparicion del espectro de Iugurta habia entre tanto convocado las sombras en la carcel Mamertina, y muchas se estremecian de sus audaces palabras, acordándose de la infamia de su indigno reinado, y de las vergonzosas corrupciones de sus tesoros. Mas luego que atormentado, é indignado, descendió á las tinieblas, se dirigieron nuevamente al emprendido camino.

COLOCUIO SEXTO.

En el Capitolio.

Caminaban por tanto tácitas las sombras con lento paso, como sucede cuando es mucho el deseo, grande el espanto, y se halla suspenso el entendimiento con ansiosos pensamientos. Y cuando llegaron á la cima del monte, vi que miraban en torno con admiracion, mostrando en los semblantes alguna alegria. De aqui es que yo permanecia parado, esperando me hiciesen alguna pregunta. Mas ellas enmudecidas vajaban por el aire tranquilo, de unos atrios á otros, y penetraban los ferreos canceles, y las sólidas puertas, como que ningun camino está cerrado para las substancias incorpóreas. César entonces se me adelantó, y con amarga

sonrisa dijo: ¿qué miserable templo de tierra es este, que vosotros, mucho mas miserables, habeis erigido sobre las ruinas de nuestro expléndido marmóreo delubro triunfal? Y yo herido de las irónicas palabras respondí: aqui se adora, no ya Numen de guerra, sino un Dios de paz, y por esta causa no se ve adornado el templo de despojos teñidos en sangre, ni enriquecido con tesoros robados á Tiros oprimidos por la victoria tirana. ¿ Oh tú, esclamó el dictador, que razonas con altanería, espíritu atrevido en miembros frágiles; sobre este collado donde triunfamos, no haces memoria de nuestras magnánimas empresas, que asi hablas con nosotros sin mesura? Entretanto otras sombras mayores se congregaban á escuchar la excelsa contienda entre mí, mortal y estraño descendiente, y la tremenda sombra de Tulio, por lo

que dije á este, que ya se complacia de mi hablar ingenuo: ¿quiénes son aquellas? Y él respondió, son los ilustres triunfadores. Mira á Emilio, el cuál trajo cautivo al pérfido Macedon por esta pendiente, y estinguió en él el soberbio reino. Mira al gran Pompeyo, cuyo nombre solo basta para hacer inmortal su fama. Aquel alto, y de robustas espaldas todavia en sayo corto, y dispuesto á combatir segun la antigua usanza, es el terror de los feroces galos; aquel Camilo, digo, desterrado ilusrre, y magnánimo ciudadano. Nunca avaro de su sangre para el pueblo ingrato, triunfo en este collado cuatro veces: aquel grave y modesto, á quien se le divisa aun sobre el labio taciturno una verruga, es el maximo Fabio, que venció con el tiempo; y aquel es Marcelo denominado la espada de los Romanos, el cual comba-

tió contra un enemigo jámas conocido anteriormente por nosotros, á saber, la ciencia mecánica de Archimedes en Siracusa. Mas supuesto quefue tambien ella vencida por las armas, no de otra cosa sirvieron las maravillosas invenciones de aquel, sino para hacer mas preclaro el valor de este. Mientras el asi decia se sonrió Marelo, y movió la cabeza, sobre la cual aun pendian los laureles triunfales no marchitos. Aparecian cerca de él dos espectros venerables con severidad magestuosa, el uno al costado del otro, como si fuesen personas unidas por la sangre y la amistad. Tulio prosiguiendo añadia: aquel que manifiesta semblante un poco rojo, y fija aqui los o'os azulados acia ti, es Caton, censor incurruptible, implacable contra los malvados, y enemigo de costumbres estrañas. Aquel que está á su lado es su sobri-

ño, heredero de todas sus virtudes, y de ninguno de sus desagradables rigores. Con su muerte quedó húerfana la patria, Utica ilustre, y alegres los tiranos. A entrambos jámas se les vió la risa sobre los labios, y entranvos elocuentes con robusta y breve simplicidad de palabras, no los venció el placer, no los aterró el dolor, y solo temieron la infamia, y despreciaron la muerte. Mira venir cerca de estos á Flaminio; el cual, cansada la Grecia de tiranos, la volvió su libertad: don magnánimo, y mas glorioso que toda conquista. Mira á Mario que nuevamente se presenta, y se estremece girando las desdeñosas pupilas ¡Oh gran soldado, porque jamas fuisteis benigno! Aquel fijó hacia Tulio los profundos ojos, y calló como roca silenciosa. y desierta. Tulio prosiguió asi: repara en Sila mas remoto, que ha destila nuestra sangre, y mira

terrible al émulo terrible. Aquel que ahora se adelanta hacia nosotros con lento paso, y con grave porte, y muelle, es el admirable Luculo, que subyugó los dos mas poderosos Reyes del Asia, y fue vencido de sus vicios. Marco Antonio le sigue, igualmente que él formidable en las armas, y corrompido por vilísimos ocios, ambos despreciadores de la vida en el campo, é investigadores de las mas esquisitas delicias en la paz, frugales y disolutos, feroces y alegres, muelles y tremendos, con maravillosa mezcla de opuestas costumbres.

Dijo entonces Octaviano, poniéndose delante en el medio de la cima del capitolio: ¡oh fuente de gloria donde nosotros apenas escasamante tocamos! ¿Dónde está la magestad del lugar y la amplitud de los marmóreos delubros, la magnificencia de los atrios, y el ex-

plendor de los munumentos? ¡Ved trasformados los pórticos ilustres en pesebres de caballos, y ved un resto de mole construida con piedra Tiburtina, siendo ahora triste cárcel de malhechores! Lúculo añadió: ¡ved los siete collados, que oprimidos por los siglos cayeron humillados: ahora parecen monton de escobros en comparacion de cuando se erguian soverbios! Ved abatida la elevada roca Tarpeya: aqui triunfó el tiempo, y destruyó tambien los montes ¿Qué son estos atrios augustos y las desmedidas columnas, y estas viles habitaciones? Asi me preguntaba Lúculo con altanería, y yo le respondí: Estos, no soverbios, pero convenientes monumentos, que aqui sobresalen, son efectos de paz, purosde sangre, fundados y conservados sin delitos, y sin exterminios. Por esto nosotros estamos contentos de ellos, como

signos elegantes, gentiles, é inocentes de nuestro culto, y pacificas costumbres. Tulio interrumpió diciendo: dignamente razonas, pues que la justicia es sempiterna y una, y las afortunadas maldades jamas se deben celebrar por pura fama. Asi es cierto que si en alguna parte fue alabado y permitido el libre discurso, y espléndido por magnánimas reprehensiones, aqui lo debe ser entre nosotros, espíritus desatados de los miembros, enemigos en vida de la tiranía, y desengañados en muerte de los errores terrenos; y por esta razon sigue con honesta alabanza el generoso razonamiento. Por tanto yo continué: ¿Y qué fue en verdad vuestra orgullosa pompa triunfal, sino un bárbaro ultrage de vencidos Monarcas? Ahora el perder las batallas no es delito, el combatir es virtud, la clemencia con los vencidos es costumbre uni-

versal de las naciones, y los insultos y los suplicios de los cautivos son ahora costumbres solamente de naciones salvages y feroces. Por esta causa yo no se como no fuisteis con los Reyes igualmente generosos, del mismo modo que con cualquiera tropa de guerreros. ¿Acaso eran tal vez los Reyes culpables de atroces delitos, y por esto os gloriais de haber arrastrado al carro Perseo, malvado calumniador del hermano, y á Yugurta exterminador pérfido de sus parientes? Por esta razon en vuestros Reyes fueron las infamias mayores, que aquella que con tanta soverbia de virtud castigasteis en los estraños. Romulo fraticida, Tulio que sobre la carroza pisa á su padre como desenfrenada furia, de modo que se tiñeron las ruedas y los pies de los caballos con la sangre paterna; y Sexto violador feroz de

casta matrona ; he aqui ilustre e-jemplo de reales maldades. Todos estos debian haber seguido mas justamente la pompa triunfal con frente abatida , que Gencio Rey de la Iliria, que el hijo de Cotis Rey de Tracia , que Bituito Rey en la Gália, y que Teutovoto Rey de los Teutones. Porque visteis aqui con malvada alegria conducida cerca del carro de Pompeyo á Zocima, Reina provecta de Armenia , y juntamente la familia del infeliz Tigranes, los siete hijos del gran Mitrídates, Oltaz Rey de la Colchida , A-ristóbulo Rey de Judea, las princesas de la Scitia, y príncipes, y magnates en tanta multitud , en aquel triunfo que ascendieron al número de trescientos veinte y cuatro? ¿Por qué fue alegre pompa para vosotros el mirar aquí la doliente Arsinoe , hermana de Cleopatra, y los hijos de esta que con volunta-

ria muerte se sustrajo de tan cruel fiesta, y el infante real Tuba? ?Como era para ti, Octaviano, gloriosa alabanza, el condenar á muerte, despues de tu triunfo á Adiatórigo Tetrarca de la Gologrecia, su consorte, un hijo suyo? Y tú, ó Tulio dictador, que pues tuvistes ánima grande y generosa, no te duele al presente que Vergingatorigo príncipe de la Galia, el cual defendió sus pueblos contra tus usurpaciones, despues de la feroz pompa de tu triunfo, fuese muerto en la cárcel como malhechor? ¡Oh explendidas iniqüidades, y fastosas tiranías! Es á la verdad injusta, ó mas bien estolida la fama en sus sentencias, la cual ensalza acciones abominables, y las viste con el rumor de aplausos, mientras deja á tantos inventores de las comodidades de la vida y de las ciencias, y á infinitas virtudes olvidadas en el silencio! Al

oir estas consideraciones bramaban los espectros de los triunfadores, y César dijo: conviene, ó charlatan descendiente, que se vea llena de muelle vileza vuestra vida, pues que teneis tan cobarde horror de la espléndida pompa de las armas. ¿Qué ejecutais vosotros entre tanto digno de memoria, cuando estimais como infame el premio de nobles convates; aquel maravilloso rito que escitaba nuestros ánimos á defender, y ampliar la patria dominacion? ¿Si está es para vosotros obra malvada, donde estan vuestras virtudes, y cuales son? Y yo respondí: he aqui vuestras imágenes que nosotros sacamos de esta tierra, he aqui vuestros númenes y los simulacros de hombres ilustres esculpidos por cincel griego. Mira vuestras urnas, los epitafios, y todo monumento conservado por nosotros con esmero, Y aunque no to-

entre vosotros sea laudable, sin embargo lo es en gran parte, para que seamos admiradores de vuestra grandeza aunque mezclada de atrocidades. Por tanto, contemplando nosotros estas reliquias de la destruccion, experimenta nuestro espíritu alguna tristeza templada por el placer, siendo una imaginacion deliciosa retroceder á vuestro tiempo. De aqui es que observamos con admiracion estos semblantes marmóreos de personas celebradas entre vosotros, ó por la espada, ó por el estilo, ó por varias fortunas. Cada reliquia de vuestras cosas la reunimos aqui con dispendio y cuidado, como vengadores, en cuanto lo permite el hado, de los ultrages del tiempo. Pero si vosotros despojasteis de ellas á la Grecia, trasportando aqui, mas bien por ostentacion que por gusto, las divinas obras de sus artistas, nosotros

las estraemos, del seno de las ruinas, sepultadas por los terremotos, ó vilipendiadas por la ignorancia. Mirad el simulacro de Roma y del sagrado Tiber con los gemelos Reales, y la celebrada Loba. Mira, ó dictador, tu estatua, y tú, Octaviano la tuya, con el colmillo á los pies, por lo que estimamos nosotros que debió ser esculpida por la victoria de Azio, último dia de la libertad Romana, y primero de tu feliz tiranía. En estas ruinas de desmesurados colosos erigidos á tiranos tus sucesores, mira su orgullo, y la vileza de los Romanos.

Hablando asi subí las gradas, y los espectros seguian mis huellas con silencio pensativo, volviéndose adonde yo indicaba. Y sintiendo yo por esta razon placer increible de la alta dignidad que yo manifestaba, continué: ved aqui, ó magnánimos, pintadas dignamente por

nosotros en estas paredes vuestras memorias, como aparece, y mejor que por vosotros en vuestros tiempos. Pues como la espada sola fue vuestra arte, es decir la destrutora, cedisteis las pacíficas á vuestros esclavos, pareciéndoos vil la gloria de ellas. Los espectros se volvian hácia las paredes pintadas en la espaciosa estancia, y yo callé, como que sin el auxilio de la palabra, habia el arte espresado suficientemente aquellas famosas empresas. No fue vana la conjetura, pues que las sombras andaban murmurando alegremente, y reconocian ansiosas á Romulo, Remo, Faustolo, y Numa que sacrifica con las vestales, el rapto de las Sabinas, la sangrienta guerra de los Vegencios, y la admirable venevolencia patria de los tres hermanos gemelos. De alli creció en la contigua estancia el alegre ruido de la multitud incorpórea,

viendo claramente pintado á Mucio, que abrasa la falaz diestra sobre el ara, á Oracio en el puente, y á Bruto que fiero mira los hijos muertos por el lictor. Mira, dije yo, ó dictador, al verlo vecino á mi entre aquella multitud, este metálico simulacro de Loba! Refieren las historias que á tu muerte la hirió el rayo un pie: he aqui la señal. El miraba con admiracion las antiguas memorias, conservadas por nosotros con tanto esmero, Los pensamientos parecian en él mayores que las palabras, y asi permanecia en silencio con venigno pero grave semblante. Entretanto seguian admirando en las paredes á Anibal, que desciende de los Alpes, la guerra cartaginesa por mar, y tierra, y parecian anhelando aspirar todavia á la gloria de aquella, y conservar enojo guerrero hacia la émula destruida. Pero despues que fue-

ron un tanto satisfechos allí sus deseos, cada uno de los espectros acercándose á mi entorno, me estimulaba con frecuentes preguntas; á las cuáles respondí cuanto por medio del continuo estudio de las memorias antiguas yo al canzaba. Despues salí de aquel edificio, y lleve conmigo la multitud de los espectros al opuesto, donde se conservan admirables esculturas. Y primeramente Marco Tulio se detuvo un tanto leyendo la moderna inscripcion latina á la entrada, y dijo: ¡es en verdad grato y dichoso el título de los que ahora rigen nuestra patria! Despues entró, y mirando otras semejantes áaquellas, donde resplandecen los pronombres deribados de la clemencia, de la inocencia, y de la piedad, los estimaba concedidos por el público como testimonios de afecto, y mas benignos que aquellos de Africano,

y de Numantino, adquiridos con exterminadoras empresas. Entonces continué: ved aqui esculpidas vuestras tumbas de imágenes y palabras, interpretadas por nosotros con el fatigoso estudio de los antiguos volumenes. Ya consumió el tiempo insaciable vuestros miembros, pero vive el espíritu eternemente, y vuestra fama al par de él. Cosa fragil y transitoria, dijo Tulio, es este despojo que te circunda, y brevisimo el tiempo de su esistencia, del cual el sueño, las enfermedades, el tedio y las perturbaciones ocupan el mayor espacio. Sin embargo, esta puede llamarse vida por vosotros, que estais esclavos en tal cárcel, mas para nosotros parece muerte. De aqui es que no hay porque consolarnos como afligidos, porque se disolvió la corporea carga, pues que libres de ella nos espaciamos

en la inteligente vida, nunca sujeta á la tiranía del tiempo. Y aunque sean para nosotros mezquinas y pequeñas todas aquellas cosas, que nos parecian grandes y admirables en este lugar, sigue sin embargo mostrándolas, pues que nuestra contemplativa substancia jamás se sacia de las varias disciplinas.

Mientras él hablaba asi habíamos llegado al aula, donde se hallan reunidas las imágenes de aquellos que florecieron en este mundo en elocuencia y filosofía. Al aspecto marmoreo de aquellos famosos rostros se calmó el susurro de la comitiva con silencio repentino. Despues con asombro, mezclado de respeto, parecian aproximarse para contemplar aquellas bien conservadas memorias de hombres inmortales. Y yo para manifestar que nuestra edad no era indocta, ni estaba olvidada

del mérito de ellos, indicando ya una, ya otra de las imágenes, decia: He aqui el incomparable Sócrates, que corrigió con tanta sabiduría el orgullo de la mente humana, mostrando la vanidad de muchas doctrinas. El con modestas dudas enseñó mas fructuosa filosofía, que los demas con sus presuntuosas sentencias. Estos labios, de los cuales brotaron purísimos rios de elocuencia y de doctrinas excelentes de la virtud, bebieron al fin la cicuta, por infame y aun detestable sentencia. Este es aquel que escribió la vida y las opiniones de él para los descendientes con tan divino estilo, quiero decir, tu Platon, ó Tulio, de cuya celeste elocuencia sacastes, como de clara fuente, aguas cristalinas, y regastes con ellas tu florido campo. Un tan elevado estilo podia solo consolarnos del

silencio de su maestro, el cual toda la vida, generoso de sus doctrinas, fue despues de ella tan avaro para los descendientes, que ninguna de ellas les dejó escritas. ¡Oh sagrado silencio, en parangon del cual fue enojoso y profano en la Grecia el rumor de tantas discordias por vanas especulaciones! Tulio me escuchaba con aspecto benigno, y parecia alabarme complaciéndose de estas libres sentencias, por lo que dije yo entre mi mismo; si á este agradan mis palabras, ¿quién se atreverá á despreciarmelas? Por esta causa siguiendo con mayor valentia, dije: alguno de vosotros conoció en verdad á este declamador de fastosas doctrinas, y maestro hipócrita de feroz tirano. Mientras yo asi hablaba, indiqué el rostro rugoso de Séneca, y añadí: aun insiste incierto el juicio de tu

muerte, porque los escritos orgu-
llosos, pero discordes, de tus vi-
les costumbres, tienen perplexa
la opinion, de si deba lastimarse
tu fin, ó juzgarlo merecido por
connivencia aduladora. Despues
volviéndome á otra imágen, mi-
ra, dixe, un Monarca, que reynó
aqui largo tiempo despues de la
estinguida república, pero con be-
nigno, admirable, y casi paternal
imperio, y por esta causa su nom-
bre solo recuerda en él eterno
afecto. ¡Oh venturosa ciudad don-
de sea déspota un sabio! Su vir-
tud se difunde con poder libre, y
sin obstáculo en ciertos benigno.
Despues volviéndome al espacio
esterior indiqué la estatua ecues-
tre alli colocada, y añadí: Mirad
aquel es su clemente rostro: h
aqui estiende la diestra, y parec
regir con dulce imperio pueblo
felices! Entonces se puso celand

Bruto, y me preguntó severamente: ¿Quién fue este? Y yo respondi: tuvo tu nombre y se llamó, Marco Aurelio Emperador de Romanos. El es numerado entre nobles escritores, puesto que escribió obras, no menos apreciables que su reynado, llenas de piadosas sentencias y de magnánimas doctrinas, que practicó por si mismo. Permaneció Bruto un poco pensativo, arrugadas las cejas, fijadas las pupilas en la tierra, y despues prorrumpió así: ¿Si él fue justo como refieres, por qué no restituyó el gobierno usurpado? Y yo respondi: porque hallándose entonces borrada la memoria del antiguo, y formado imperio constante de uno solo, era novedad peligrosa revocarlo á contrarias reglas. Dijo Bruto severamente: los hombres siempre son capaces todos de gobernarse á si mismos,

en cualquiera ocasion, en que sean conducidos sabiamente á tan noble deliberacion. Por esta causa los aduladores de la tirania, con sus premiadas é insidiosas doctrinas sostuvieron aun en nuestros tiempos, ser necesaria una sola voluntad y poder en una sola cabeza. ¡Espantosa opinion, funesta, é ignominiosa, y mas propia de mente desesperada, que de sana! Así es que un magnánimo entendimiento, sinceramente disciplinado en las ilustres contemplaciones de lo verdadero, de lo honesto, y de lo virtuoso, debia al contrario aborrecer que la suerte de vasta opiniones, y de hombres innumerables estuviese sometida en todo á su arbitrio. Cosa natural es el buen entendimiento temer los errores propios, y el ímpetu de los apetitos, como dudar con modestia digna de la propia suficiencia.

Y por esta causa en asunto tan arduo, como es el gobernar los hombres, felizmente, solo un orgulloso embaucador coronado se puede creer él mismo correspondiente á tan árdua empresa, y gozarse, vanagloriarse, y regocijarse con infausta alegria de su vasto y feliz poder. Yo dije respetuosamente: en aquella condicion de tiempos, en los cuales vivió tal Monarca, cada uno estaba contento de que en él se viese unida la bondad al poder absoluto, pues que otro hombre no hubo mas digno que él deposeerlo. Y en verdad él no gobernaba por utilidad propia, sino por la de sus súbditos, haciendo franca la virtud, y triunfar la justicia, sometido él mismo á ella. Primer vasallo de su cetro, y señor de sus propios apetitos, convidaba él con su ejemplo á la útil obediencia. Tomó á su cargo

todos los cuidados del imperio, y dejó en él las comodidades á las jentes sometidas con suave moderacion. Replicó Bruto; si fue como le describes, dime pues, ¿á quién trasmitió el cetro? y yo respondi: á un hijo suyo. Bruto añadió: ¿Qué índole manifestaba? y yo me vi precisado á responder: tirana, y reynó como tirano. Mira, concluyó Bruto, si un afecto síncero hacia los hombres debia inducirle á restablecer un imperio libre, á fin de que la suerte de tantas naciones no fuese herencia de las tiranías futuras. El sin embargo no solo espuso á los hombres á las inevitables corruptelas del poder arbitrario, sino que, instruido ya, de su desgraciado destino, lo confió á la índole conocida de su hijo malvado. Y yo respondi: perdidas por largas vicisitudes las huellas del gobierno de

muchos, y entregado al seno de uno solo como en reposo, se hubiera descompuesto la maquina del imperio, disminuyéndose en él la autoridad. Ninguna cosa es mas tremenda, cuanto desatar los hombres de aquella sumision en que se encuentran. La repugnancia en obedecer siempre es pronta, y mal refrenada por las leyes y las armas. Ni un imperio absoluto puede trasmutarse en mas largo, como una moda en el vestido; y por esta razon estimo que aquel sabio á quien culpas, se abstuvo tentar aquella insidiosa perfeccion, por no producir mas fieras desgracias que la misma tiranía. A estas palabras Bruto se confundió entre la multitud algo enojado, y yo quede triste por haber incomodado á tan magnánimo entendimiento. Pero Tulio confortándome dijo: bien sabes cuan áustera es su

virtud; y siempre te será dificil resolver, si en él prevalece el amor hacia la patria, ó el odio contra el opresor. Por tanto sigue tus razonamientos, pues que miras cuantos benignamente manifiestan desearlos.

Yo entonces viendo á Oracio á mi lado, y delante de mi la imágen marmórea de Píndaro, proseguí con nuevo aliento. Este es el que te sirvió de guia en los sublimes ímpetus de tus líricos vuelos. ¡Venturoso tú, que al presente aun eres entre todas las naciones cultas, ilustre y amado como el mas elevado y delicado ingenio! Continuamente resuenan en los labios de los doctos tus divinos versos, y tus espléndidas sentencias. Ninguna generacion dejará jamás de embriagarse en ellas, á menos que la barbarie ofusque toda luz de belleza.

Mientras yo así hablaba, se disipó la niebla de muerte del semblante del poeta Venusino, y me miraba, alegrándose de las sínceras alabanzas, todavia gratas en los infiernos tenebrosos. Este, yo continué, es el ciego y maravilloso padre de todo canto, fuente dulce é inagotable de elocuencia, de la cual bebieron y beberán perpetuamente aquellos que aspiren al árduo estilo de simplicidad magestuosa. Quien quiera que no lee, ó divino inventor de todo verso bello, sin conmocion los enojos de los héroes, las discordias entre los dioses, el dolor de Aquiles, las súplicas de Priamo, y las querellas de Tetis, tiene un corazon de yerro. Mira á la joven Lesbia, cuyos afectos trasmitidos á nosotros por la suavidad lastimera de su cítara, arrancan todavia nuestras lágrimas. He aqui, ó Tulio, á

Tulisias, y allí á Demóstenes, fuerza y poder de toda eloquencia. ¡Oh entre todos grande é invencible orador, si Marco Tulio no compitiera con tu fama! He aqui aquella, que entre nosotros, segun Talaces conjeturas, parece tu imágen, ó preclaro Tulio, y me duelo de que esta tu sombra incorpórea, que espero conserve las facciones de tu forma corpórea, sea tan desemejante de este mármol, que tu aspecto de todos deseado, no aparece aqui. Mira allí á Arquimedes, cuyo sepulcro descubristes con tanta gloria, siendo tú Cuestor en Sicilia. De esta manera recorria yo sucesivamente manifestando aquellos monumentos, hasta que llegué á la estancia proxima, donde se hallan reunidas las imágenes de los emperadores, y de sus familias. En este sitio los espectros republicanos

me preguntaban de quienes eran aquellos rostros, y yo satisfice sus deseos, refiriendo con el auxilio de la memoria, lo mas cuidadosamente que pude, los sucesivos imperios, los reynos tumultuosos, las dominaciones inciertas, las disoluciones abominables, la vileza infame de los Romanos, y la demencia atroz de los tiranos. Por esta causa, escuchando los Quirites las odiosas vicisitudes de la oprimida libertad, obra maravillosa de sangre y de fortuna, se contristaban, y manifestaban la ira y el dolor con tremendos suspiros. Muchos de ellos se llamaban felices altamente por haber bajado á la tumba antes de aquella desventurada edad: otros se mofaban con amargo enojo de sus sucesores, que habian sufrido injurias, insufribles peores que la muerte; y otros murmurando con

sonido profundo de amenazantes palabras, parecian tratar manifiestamente de conjurarse, aun en el reyno de muerte, prontos á esterminar los tiranos. Asi que amenazaban aquellas imágenes con varios ultrajes, y procuraban despedazarlas, pero como vapores no herian la solidez del mármol los golpes incorpóreos, é ineficaces á la deseada venganza.

Creció despues el tumulto desmedidamente luego que los espectros se reunieron, contemplando la celebrada ley regia esculpida en ancho bronce, pues que en ella admiraban acumulada á los emperadores aquella potestad, que fue un tiempo distribuida entre el pueblo y el senado, y sostenida celosamente con perpetuas discordias. Más en aquella tabla con ostentosa cobardia, y con servil soberbia de palabras leían ellos con

amarga sonrisa, concedidas supremos honores al tirano, y estremo poder, no como á hombre sujeto á las flaquezas del entendimiento, y á las perturbaciones del corazon, sino como á propicio y perfecto numen. Entonces se presentó nuevamente delante de aquel bronce Marco Bruto en acto de enojo, fijando en él los profundos ojos, llenos todavia del deseo de ilustres peligros, y esclamó: ¿Por qué ofendeis con vanos golpes el mármol invulnerable? Mejor era arrojar en vida la tiranía, que encolerizarse en muerte con necios deseos de tardía venganza. Ved como dejasteis á vuestros descendientes la vil herencia del yugo, y yo me maravillo de que en esta serie de tiranos, se encuentre uno tolerable; puesto que el poder, privado de límites, se precipita á insensatas operaciones. Y

si os irritais contra los usurpadores de vuestra libertad, ¿por qué no me seguisteis, cuando muerto el Dictador, yo declamé con infructuosas palabras, despertando en vosotros el deseo de aquella? Pero los mas, arrastrados de vil servidumbre, siguieron á los perniciosos defensores de la tiranía, y los pocos vinieron conmigo lejos de esta patria contaminada, á combatir y á caer, yo no se si llorados, en las llanuras Filipicas. La implacable ánima ya parecia irritada y pronta á perturbar los espectros, y por tanto siendo yo el conductor de aquellas nocturnas peregrinaciones, dije afable: paz. O Marco, bien conoces que yo aun estoy embuelto en la carne, y soy espíritu sujeto á sus enfermedades. Ruegote que te duelas de mi, que me atormento de verte airado, y me perturban tantos tie

ros aspectros incorpóreos, contra los cuales no vale la fuerza de los frágiles miembros, y se estremece el corazon. Yo soy aqui vuestro huesped, y aqui me trajo alta confianza en vuestro generoso valor, y por esta causa, si las almas grandes son siempre compasivas, no me aterreis con míseras discordias, y escuchadme benignamente. A estas palabras se calmó Bruto como piélago sin viento, y cuanto fiero con los soberbios, otro tanto humilde con los afables, dijo benignamente alargando la mano esterminadora. ¡Oh grande hombre! tus palabras son honestas. ¡Ay de mi! la piedad de la patria vive inmortal en mi pensamiento, mas que la ira contra el opresor; y por esto se escitan los antiguos pensamientos á la presencia de estas imágenes, mas acreedoras de permanecer bajo la tierra, que aqui

á la luz triunfal del capitolio. Hablando asi salia de aquella estancia con paso lento, como fastidiado de mirar mas aquellos semblantes. Yo seguí sus huellas y todas las sombras se encaminaron hacia nosotros. Luego se detuvo Bruto en el atrio, apoyándose pensativo en una columna, y despues que habia estado un poco callando, me dijo: prosigue, te ruego, benigno descendiente, el interrumpido razonamiento, pues que deseamos escucharte.

Entre tanto se reunian las sombras concurrentes dentro de los atrios: algunas sentadas sobre vases, otras recostadas sobre la tierra cubierta de yerva, y otras sobre varios monumentos, atentas todas para darme gratisima audiencia. Por lo cual, prosiguiéndo, exclamé: Mirad, magnánimos Romanos, vuestro collado adornado

espléndido todavia, despues de los ultrajes de muchos siglos y celebrado de todas las naciones. Y si estos edificios no son anchurosos, y marmóreos como aquellos, que se levantaban entre vosotros, son no obstante dignos de vuestra admiracion. Asi es que Roma no mas depredadora de las naciones, menos fastosa, pero mas justa, tiene su Capitólio acomodado á su presente fortuna, y admirable y eterno no menos que el vuestro. Aqui no ascienden Reyes oprimidos, ni Reynas dolientes con llorosos párbulos, sino que se hallan los perpetuos monumentos de las nobles disciplinas. En esta áula, consagrada á los pacíficos estudios, en determinados dias con pompa estimuladora de los ingenios, son distribuidos premios á las artes liberales por los mas dignos magistrados de purpúreo manto. Todas

las gentes cultas concurren de remotos reynos para obtener este benigno triunfo. Este es de hoy mas asiento eterno de las músas, donde con alegre rito se ciñen las sienes por mano de estos pacíficos togados con nuevas coronas, despreciadas de vosotros. Aqui un raro y dulce encanto de formar por improvisa inspiracion, fluidos versos, ó el valor estraordinario de altísimos poemas, obtienen coronas inmortales. Muchos entre vosotros consiguieron aqui en pocos siglos las coronas de sangre: y poquísimos entre nosotros alcanzaron en muchos siglos estas de paz. ¡Oh cuanto mas facil es esterminar los hombres, que deleytarlos! Ahora no son adornadas aqui con guirnaldas frentes intrépidas por ilustres desolaciones, si no aquellas en las que resplandeca un celeste rayo, que deje al es-

tendimiento el don de versos lisonjeros. Su dulzura inunda los pechos é inflama los corazones á nobles deseos. Y si estimas las cosas humanas cuanto ellas valen, y son; y la justicia y la virtud las consideras en sí mismos, sin la tiranía de la opinion, te alegrarás en verdad, de que ahora exista aqui tan honesta y grata imitacion de vuestras atroces pompas triunfales. Mira colocada en aquella celda una disecada cabeza. No es insignia de muerto enemigo, ni de aquel prestigio vuestro, que por una cabeza humana encontrada aqui tuviese este collado su denominacion. Esta es la dulce y lamentable memoria de un divino Pintor, que vivió dos siglos ha, y esta la conservamos como triunfo de muerte. Mientras asi hablaba, oí resonar voces en la profundidad del collado, que parecian lla-

mar con misteriosas palabras á aquellas sombras; y ellas obedientes, como á señal imperiosa se disiparon en el aire vano improvisamente. Yo quedé con las palabras en las fausces, cortadas por el espanto. Quedó desierto el collado, y desmayaban las estrellas, mientras la aurora estendia el reflejo odiado de los espectros. Con este motivo descendí, pero el pensamiento permanecia fijo donde se habian tenido tan maravillosos razonamientos.

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE

DEL TOMO CUARTO,

PARTE SEGUNDA;

Sobre las ruinas de la antigua magnificencia.

PROEMIO:

NOCHE CUARTA.

Coloquio primero.

Coloquio segundo.

LAS NOCHES ROMANAS

EN EL SEPULCRO

DE LOS ESCIPIONES.

PARTE SEGUNDA.

TOMO QUINTO.

Traducidas del idióma italiano por el Licenciado Don Francisco Rodriguez de Ledesma.



MADRID:
IMPRENTA DE ESPINOSA.
1821.

NOCHE QUINTA.

COLOQUIO PRIMERO.

En el Foro, en el Quirinal, y en los Jardines de Salustio.

Aquel ímpetu que arrastra nuestro ánimo hácia lo futuro, que lo hace ansioso de los acontecimientos, y presago investigador, lo impele igualmente hácia lo pasado, deseoso de arrancar de los abismos del tiempo aquellas cosas, que se hallan sumergidas en él. De aqui es que el humano entendimiento nunca satisfecho en los confines de lo presente, para él estrechos, se extiende á

los dos estremos, y aspira á vasto imperio, tratando siempre de difundir sus facultades y espaciarse en libres meditaciones. Por tanto unos suelen contemplar atonitos las maravillas del cielo, y la grandeza de las obras divinas les hace palpitar el corazon: otros en el silencio de las musas pasan las noches, examinando la dulzura de sus conceptos; y otros contemplando con suave tristeza las magestuosas ruinas de los abatidos imperios, se alimentan con las conjeturas en la investigacion de la tenebrosa antigüedad. Asi por diversos modos camina el espíritu diferentes puntos, y todos entre tanto manifiestan el ingenito deseo de espaciarse por el mundo inteligible, y de estenderse por el tiempo. Asi que si alguna dulzura es grande y maravillosa para nosotros en este mundo, ella es en ve

dad la invencion. Por tanto aquellos que descubren incógnitas regiones peregrinando, ó leyes ocultas de la naturaleza filosofando, ó estrellas en el cielo, ó nuevos cuerpos, y vivientes sobre la tierra, ó utilidades desconocidas, y placeres de la vida; gustan ciertamente la mas esquisita delicia que pueda embriagar la mente humana. Yo he sido al presente partícipe de tales placeres, deseados por mí largo tiempo. Y aunque yo no he encontrado algun fracmento de libros antiguos, ó de monumento, ó simulacro desconocido, ó moneda, que son sin embargo gratísimos hallazgos; razoné, pues, largamente con gran parte de los mas ilustres hombres de la nacion mas valerosa entre las antiguas. Asi que será grande mi fortuna si alguna chispa de las delicias por mí gustadas, puedo infundir en el pecho de

otro, con la mediócre simplicidad de mi estilo.

Por tanto prosiguiendo la emprendida narracion diré, que apenas la noche habia estendido el velo propicio á secretos portentos, yo fui solicito en volver donde los espectros se habian desvanecido á la aurora. Y llegando á la pendiente del Capitólio, que declina al Comicio, yo los encontré ya reunidos en las magestuosas ruinas del Foro de Nerva. Mientras que yo pasaba por el arco de aquel, que todavia manifiesta la magnificencia del edificio, murmuró asi uno de los espectros, volviéndose con enojo á las tres columnas de mármol pario, restos del portico: ¿quién destruyó la inscripcion en el adorno? Y yo respondí: aplacate, pues que la mole de este mármol fue empleada como preciosa, ha dos siglos, en la nobilísima fuente de el Gia-

nícolo, que, brotando copioso raudal, es ilustre ornamento de esta ciudad. Y mirándome aquel foscamente, dijo: no habia para vosotros mármol en los montes, que así destruis nuestras memorias? Despues irritado se escondió entre la turba. Entre tanto la multitud de los espectros miraba con silencio aquellas vastas reliquias, y parecian gemir alguna vez. Mas luego que pareció en algun modo satisfecha su admiracion, yo me volví hacia el valle, que divide el Capitólio del Quirinal, y seguian mis pasos, como rebaño guiado por el pastor. He aqui, que aparece subitamente la columna, señal admirable del antiguo esplendor. Tulio, Pompeyo, el Dictador, y cuantos hombres ilustres habian vivido antes de aquella edad, me preguntaban, cuando y por quien se habia erigido aquel excelso monumento;

por lo que yo vine á ser maestro de ellos de la historia posterior, asi como de la antecedente habia sido modesto oyente. Se maravilló Octaviano de la magnífica elegancia de tan grande obra, como aquel que habia estimado dejar á Roma tan esplendida, que ningun sucesor pudiera adornarla con mayor magnificencia. Tulio se pasmaba de que el tiempo inexorable hubiese respetado el soverbio monumento, que parecia elevarse como eterno, á pesar de los siglos destructores Y como instruido en los secretos de la naturaleza, llamaba feliz esta tierra patria, en la que por largas edades permanecia sin declinar por los subterráneos sacudimientos una elevada y aislada columna, que no tenia otro apoyo que el de su propia mole. César, jirando en torno de ella, sin hablar, la miraba con placer, y pare-

cia despues que manifestaba con su semblante alabar estraordinariamente cosa por el no vista en sus tiempos, como espléndido ornamento y nuevo, mas conveniente á conservar memoria eterna de celebradas empresas. Caton, aquel que se desdeñó de sobrevivir á la patria, miraba con ojos severos el augusto monumento, y leyó con amarga sonrisa la sobrepuesta inscripcion. Despues me preguntó, quien fuese aquel Trajano, á cuyos hechos habia erigido Roma lisonjera, y en otro tiempo vituperadora de Monarcas, aquella desmesurada mole. Y yo le referí sínceramente los méritos ilustres de aquel imperio deseable en todos tiempos, en el cual no era el poder otra cosa que una suprema benignidad. Mas el ánima altanera me miró, y despues dijo: estas sentencias son serviles. Semejante mole es en ver-

dad testimonio eterno de la vileza de mis descendientes. Mientras vivió Roma, y fue libre su virtud, se concedian modestos premios á las grandes empresas: al presente miró aqui fastosas memorias de bélicas fortunas. Miraban entre tanto otros con maravilla la belleza de mas de dos mil imágenes esculpidas, y expresados en ellas varios usos de la guerra, el aspecto y el trage de pueblos desconocidos en sus tiempos.

Sin embargo prevaleció el deseo de ascender al vecino Quirinal, y así la multitud ansiosa se dirigió murmurando hacia aquel. Mas cuando á él llegaron y vieron que no existia ningun vestigio del templo celebrado de Romulo, ni de las vastísimas Termas, y solamente restar de tanta destruccion dos colosos, gemian los espectros y miraban en torno á todas partes

con tristes ojos y en silencio. Y aunque estaba adornado aquel lugar, y se levantaban sobre las ruinas de su deplorable grandeza magestuosos palacios, no por esto se templaba la tristeza de las ánimas dolientes. Así que no bastando para substraerlas de tales objetos mis palabras consoladoras, yo me encaminé lejos de la cima del monte hacia la antigua puerta Collina. Allí miraban los espectros á la izquierda, buscando en el valle, entre el Pincio y el Quirinal, el celebrado circo de Flora, el otro de Salustio y los jardines de este. Mas no viendo otra cosa que algunas paredes arruinadas, que se elevan tristes, y atestiguan los ultrages del tiempo y de la fortuna, ya comenzaban los lamentables susurros, semejantes al viento que brama en las florestas. Y por esta razon les dije: Ved aqui las ruinas que nosotros

conservamos diligentemente como restos de las fastosas dilicias de vuestro admirable escritor Cayo Crispo. Si á estas consumió la edad, viven entre nosotros, no destruidas por el tiempo, y antes si sempiternas, las breves pero ilustres obras de su elevado, y severo estilo. A estas palabras se antepuso, saliendo de entre la multitud, una sombra armada de hierro, y levantando con la diestra la vísera, me manifestó su aspecto consumido y pálido, y dixo: ¿Y quién eres tú que aun ahora, despues de tantos trastornos del tiempo, haces resonar aqui con alabanza mi nombre? Y yo conociendo bien por una tal pregunta que él era Salustio, miraba el severo rostro, y el aspecto de hombre tan célebre, y despues sumisamente respondi: yo soy, como ves, espíritu envuelto en los caducos despojos, mas sin embargo

deseoso de altas contemplaciones entre las substancias incorpóreas. El fijando entonces en mí sus miradas, dijo, no sin admiracion mezclada de benignidad; breve es esta tu peregrinacion, y por esta causa bien haces en elevar tus pensamientos al excelso. Luego inclinando la frente en acto pensativo, despues de alguna pausa, preguntó: pues qué; ¿conservais mis obras? Sí, dije yo sin detenerme, y él añadió: dime cuales, á fin de que yo sepa si las conoceis Y yo dije: de la guerra Yugurtina, y de la Catilinaria conjuracion. Calló despues, y estaba aun en silencio esperando, como si deviese añadir alguna cosa. Pero viendo que nada mas decia, me preguntó nuevamente. ¿Y mi historia de la república desde la muerte de Sila, hasta la conjuracion de Catilina? Y yo respondi afable: de ella nada mas que al-

gunos fracmentos nos trasmitieron las olas del tiempo, y desconsolados deploramos el naufragio. Al presente, si tu, como espíritu tienes memoria no entorpecida por la carne, mueve con tu voz inmortal esta aura tenebrosa, y haz que penetre en mis oidos aquella tu celebrada obra. Así que, yo con la pluma sujeta á tus palabras estoy pronto á escribirla diligentemente con infatigable mano. ¡Venturoso yo si volviendo á la superior luz del sol, llevo una adquisicion tan preciosa! Por tu merced, yo, pues viviré querido perpetuamente en la memoria de los hombres. Séate notorio ahora que una gloriosa Reyna, que dominó acerca de dos siglos en la remota Inglaterra, volvió á su idioma aquellas tus obras, dejando algunas veces el cetro para empuñar la pluma, y hacer tambien patentes al vulgo las admira-

bles sentencias de tus volúmenes. Y asi mismo en esta edad un Príncipe Real de la Iberia los traduxo en su idioma con ilustre resolucion. César Dictador, que esto oia un tanto alegre, dixo: ¡oh digno oficio de real mano! Y avivándose en mí la reminiscencia de mis estudios, al oir aquella noble exclamacion, dixe, volviéndome á él: ahora hablo contigo, Dictador: él respondió te escucho: y yo le añadí: tú debes estar aun mas alegre que este, puesto que no una real mano, sino dos, y de dos reyes de la Galia traduxeron á su idioma en estos últimos siglos tus comentarios de aquella guerra. Tan espléndida vive tu fama inmortal que ninguna otra cosa tuya es consumada por el tiempo, mas que los despojos caducos.

Gozabánse aquellos espectros al oir estas mis alegres y veraces nue-

vas, y ya estaban dispuestos ambos á preguntarme el nombre de aquellos Monarcas, y de los acontecimientos de la fortuna en aquellas regiones; cuando Marco Bruto, que habia escuchado en silencio, levantando la frente, prorrumpió con grave aspecto: ¡oh vana alegria, indigna de espíritus Romanos! ¡Qué alabanza es esta, ó qué gloria, ser vuestras obras apreciadas de tiranos, que jamás se complacen con lo verdadero! Tulio dijo suavemente: solo resisten al tiempo las grandes y esclarecidas obras, y los volúmenes no son abiertos despues de muchos siglos ante los ojos de los Reyes, á no resplandecer en ellos sentencias memorables. Asi que sin grande fama, y diuturna autoridad no se determinan los Monarcas á volver los ojos para leer ningunas obras; y raras veces llega tampoco á los

humbrales del trono el rumor de los escritos, aunque gloriosos. Calmóse Marco Bruto, como templado por la benevolencia del Orador: despues de esto con una risa, que con trabajo se notaba sobre el estenuado y rugoso rostro, señalando con la diestra al vecino Salustio, dijo: He aqui un autor digno de un lector tirano, pues que, hipócrita de la honestidad, fue disoluto, rapaz, de virtud fingida, y síncero en los vicios. Sus obras están llenas de magnánimas sentencias, y sus costumbres de infamia. Describiendo con su estilo egregio vuestras corruptelas, ocultó mal las suyas, por las cuales, degradado del puesto Senatorio, disipó en estos jardines las rapiñas de su Numídica Pretura. A estas palabras vehementes desapareció el espectro, huyendo la respetable reprehension del irreprehensible Marco, y

yo en vano me condolí de que Salustio no me manifestase, como parecia inclinado, alguna parte de su historia suspirada. La turba entre tanto se encaminó á lo largo del Quirinal, doblando á la izquierda, como si fuesémos impelidos del viento, hícia la puerta Collina. Murmuraban algunos, acordándose de que por aquella habian entrado los Galos depredatores, y asesinos de provectos Quirites, que, como víctimas de la patria, estaban en los átrios esperando sobre sus sillas tácitos y magestuosos la muerte. Otros referian el estremo peligro de la asediada Tarpeya en aquella catástrofe, y ensalzaban aun alegres aquella virtud admirable, por la cual, luchando intrépidos con la fortuna, se levantaron mas formidables y mas fieros por la mas ruinosa caida. Algunos traian á la memoria que en

esta misma puerta, y á lo largo de aquellos muros, se habia aproximado el mayor de todos los enemigos del nombre Romano, ansioso de la destruccon de la ciudad, y de su gloria, y que en aquella parte habia arrojado audazmente una lanza en señal de desafio, y de proxima mortandad. Por tanto se horrorizaban todavia los espectros al oir el odiado nombre de Annibal: centelleaba la ira en los ojos, y la amenaza en los semblantes, mostrando alguno el antiguo deseo de insaciable venganza. Otros interrumpian conmemorando el combate valeroso de T. Manlio sobre el no remoto puente del Anieno, y volvian alli sus miradas, razonando alternativamente entre si del lugar, del campo, y de la arrogancia del Galo desmesurado, y de la columna aurea, que dejó ilustre y eterno renombre á los Torcuatos.

COLOQUIO SEGUNDO.

La vestal en el campo escelerado.

Las diversas y mezcladas voces conque murmuraba la multitud, producian un rumor semejante al susurro de las obejas; cuando llegamos al lugar del suplicio de la Vestal, miseramente vencida del imperio del amor. Era el campo llamado entonces escelerado por el horror del delito; pero que al presente se nombra del mismo modo, y mas convenientemente por la impia atrocidad del rito, y por el infausto rigor de la pena. Alli se calmó el ruido con que seguian razonando, y sobrevino un repentino y profundo silencio. Habia no lejos una ruina informe de tumba cubierta de espinos, y madriguera de réptiles, de la cual salia un ge-

mido como de voz femenil agonizante. La piedad me afligió el corazon con un elado afan, y entre tanto se levantó la sombra de una jóven, que tenia los ojos entreabiertos, y las mexillas floridas, pero cubiertas de lágrimas; y yo dije á Tulio: ¿cual fue la triste aventura de esta? Y alargándome aquel la respetuosa diestra en señal de silencio, respondió: al presente está inclinada á hablar para hacer manifiestas sus desgracias. Ella se adelantó, y despues que miró á los oyentes, algo tímida comenzó suspirando: ved aqui, mis piadosos Romanos, á Floronia, que aunque desdichada, he custodiado diligentemente el fuego perpetuo, pero que abrasada en el corazon de llama mas poderosa que aquel, pague en este lugar profundo con suplicio funesto las delicias tambien funestas del amor. A estas

palabras resonaron los gemidos piadosos, y las esclamaciones llorosas con triste consonancia. Era su aspecto de jóven no distante de los veinte años en la flor de su belleza, adornada de modesto porte, y decorosos modales. Su negra, y larga cabellera caia de la triste frente, dividida á las sienes, y esparcida en los hombros: las pupilas centelleaban con una luz dulce y trémula entre las lágrimas. Ella calló un tanto, escuchando aquel lamento de la comun piedad, y parecia sentir consuelo en él. Pero levantando despues la cándida mano, pidió silencio con accion dulce, y lo obtuvo tal que parecia haber quedado sola en desierto. Entonces continuó: ¡Ay Numa! tú, que aun gozas la fama de sapientísimo, ¿por qué señalastes tan bárbara pena contra los frágiles pechos vencidos del poder triunfal

del amor! ¡ oh tremendo rito, por el cual descendimos aqui, maldiciendo acaso nosotras solas tu piadoso nombre! Pero pues me escuchais benignos, dignaos oir mi triste aventura. Antes de que yo fuese llevada al sacro ministerio, solia venir á la casa paterna un jóven, hijo de amigo doméstico, bastante agraciado, y de suaves costumbres, cuyo nombre era Lucio Cantilio. Yo tambien jóven me entretenia con él en inocentes juegos, como sucede en aquella edad festiva; pero en breve entre aquellos se mezcló cierta primitiva tristeza de amor, pues que, razonando con dulce sencillez, era introducido por los labios mutuamente en el corazon el hechizo venenoso. De aqui comenzaba á correr á veces por mis miembros un dulce temblor, y á veces al contrario alguna improvisa llama, que encendida

en el corazon, se exalaba á las mexillas, y el pecho anhelaba, abrumado de incógnito deseo, y de nuevas perturbaciones. Por esta razon, cuando Lucio se ausentaba de mí, me quedaba tan triste, como si me sucediese alguna desgracia, y cuando le veia me parecia que me era restituiada alguna parte de mí misma. Mientras esta llama ardia en mi corazon, yo fui destinada por el Pontifice á la custodia de la de Vesta, entrambas inestinguibles. En los primeros tiempos del casto ministerio, ya por la novedad de la vida, y ya por la curiosidad de aquellos ritos, desconocidos del vulgo, yo sufri sin angustia la irrepable separacion. Despues de esto, los honores concedidos á la virginal condicion, el decoro, el ejemplo, y la disciplina sacerdotal me hicieron estar contenta con aquel estado, y el tiempo corria

sino alegre, al menos tranquilo, y en plácidas ocupaciones. Pero yendo cierto dia con las demas vírgenes á la fiesta del circo, yo vi un jóven, que no lejos de nuestras señaladas sillas, volvia hácia mí los ojos ansiosamente. De aqui es que yo retiré del circo los mios, que ya no cuidaban del espectáculo hasta entonces agradable, y los volví á aquel objeto, como á centro de su luz. El me miraba con dulce y afectuosa duda, y yo tambien á él con la misma perplexidad, como sucede en los encuentros improvistos. Me parecia que él era el amado Lucio; pero el transcurso de los años habia mudado las dulces facciones pueriles en floridas, y magestuosas por la fresca adolescencia. Yo me complací de sus anciosas miradas, cuanto convenia á jóven, que se ve amada, y por esta razon quité del rostro el sagrado

velo, y ofreci todas mis facciones, como ellas eran, á aquella grata curiosidad. Por tanto, cuando él miró otra vez el rostro mio sin obstáculo, demostró en el suyo manifiestas señales de que no dudaba ya que yo fuese. Así que al principio una suave palidez, y despues la llama del fuego me confirmaron en la dulce simpatía. ¡Ay decoro molesto, que impedia á dos almas fieles espresarse los impetuosos deseos! Estos nos impelian á acercarnos; ya los pensamientos volaban, y ya estaban sobre los labios los juramentos de fe, y las innumerables preguntas; pero la rigurosa magestad del oficio contenia á entrambos no solo en las palabras, y manifiestas señas, sino tambien en las menos cautas miradas, y dudosas acciones. El alma estaba en tumulto, y debia conservar un porte grave: el corazon revosaba de a-

gria, y la boca no podia sonreirse; puesto que era delito abominable, y castigado con el mas abominable castigo amar entoncés á aquel jóven, á quien tan inocentemente habia amado antes. Pero amor es sutil y veloz sustancia, de manera que reune las cosas remotas, penetra los obstáculos, y traspasa las espaciosas distancias como el mas ligero viento, y asi el alma del uno era espejo del otro, en el que aparecian alternativamente los mas recónditos pensamientos. Los momentos mas propicios para nosotros eran por tanto aquellos, en los cuales la multitud espectadora aplaudia, fijada la atencion en la disputa de los carros proximos á las metas; pues que entonces nos era concedido recrearnos un tanto fuera del molesto disimulo. Por tanto, no haya alguno tan inesperto de la sagacidad del amor que

pregunte, si nos prevalímos tambien de las ruedas rotas, ó de los caidos caballos, ó de la emulacion de los veloces corredores, y robustos luchadores; porque obsortos los ánimos de ambos en la mutua dulzura nada mas sentiamos sino aquella. Mas luego que se concluyeron los tumultuosos espectáculos, se levantaron todos de las marmóreas sillas, y entre la multitud desapareció el amado objeto de las miradas mias. Asi que, yo sin embargo me alejé del circo con la multitud, y acompañada de las demas Vírgenes, llevando ya en el pecho la causa de mi muerte. Y restituida á la custodia del perpetuo fuego, me volví á la Diosa, y alimentando con áridas estillas la llama venerada del vulgo, la rogué asi humilde: ¡Oh castísima Diosa!, si yo conservo para ti esta tu purísima llama, preservame tú de la profana y perni-

ciosa que al presente no puedo yo apagar. Humana, y facil ocupacion es la de alimentar con debida frecuencia este fuego; pero vencer en el fragil pecho el tirano afan de amor es empresa dificil, sin que concurra el auxilio celeste. Con semejantes suplicas desaogaba yo continuamente el ardor molesto, y ya el sagrado ministerio, que hasta entoces me habia parecido dulce ocio de contemplaciones, comenzó á ser molesto. Por tanto yo celebraba con fria saciedad los acostumbrados ritos, como vírgen infeliz, ocupada de otros mayores cuidados que el del templo.

De esta manera, viviendo yo triste en tormentoso cuidado, procuraba en cuanto era permitido á la dignidad de mi sacerdocio, concurrir á la celebridad, movida continuamente de la esperanza de volver á ver á Lucio; este tambien es-

timulado del mismo deseo, no dejaba perder las ocasiones de la reunion. Y como si amor tuviese especial cuidado de estos encuentros, eran frecuentes, y sin embargo crecia juntamente en ambos el deseo de otros nuevos. ¡Ay de mi! que la inventada pena de Tantalo se verificaba en mí, y de aqui es que yo veia en los afanosos sueños la imágen amada, y estendia los audaces brazos hacia ella con ímpetu inverecundo. Pero la fugaz sombra desaparecia con el sueño, y yo me levantaba del burlado lecho, y anhelante enchia el virginal aposento de profanos suspiros. Tal vez yo salia á gozar del aura nocturna en el espacioso jardin desahogando la prepotente angustia con vigilias, y lagrimas funestas. Perpetuamente me acordaré de aquella noche, que precedió á las Calendas sextiles; pues que habien-

do visto á Lucio al pasar el campo Marcio el dia antecedente, impelida de tormentoso afan, volvime con lento paso al jardin, secreto iefugio de libres suspiros. El aura vespertina sacudia las cascadas de las murmurantes aguas, y las encrespaba en los receptáculos donde eran precipitadas: el dulce rayo de la luna resplandecia trémulo en ellos, y un silencio pensador convidaba el ánimo á plácidas contemplaciones. ¡Oh caros objetos, y capaces de infundir la calma en un corazon perturbado; pero tediosos para el que se halle poseido del veleño del amor! Asi que, el planeta nocturno alumbraba para mí como funebre antorcha, soplaba despiadada el aura, eran molestas las fuentes, y triste el silencio. Por esta causa me volvia tal vez demente al cielo, y suplicaba á la Diosa, en cuyo servicio

gemia el corazon reverente: ya postrándome invocaba los infiernos, y ya llamaba todos los Dioses por testigos de ser vanas, inconsideradas y violentas mis promesas virginales. Entre tanto yacian sumergidas en plácido sueño, conciliado por el suave silencio, las vírgenes compañeras, y en vano yo deseaba ser participante; antes si fatigada de llorar, y no de la vigilia, tenia continuamente los párpados despiertos y el corazon anegado en las mortales angustias. Todavia, despues de tantas revoluciones de siglos, y desatada de los corporeos miembros, se escita en esta mi sustancia pura el ardiente pensamiento, y se aflige con aquella antigua y dulce reminiscencia. Yo escuché de improviso un rumor ligero de humanas pisadas, que adelantándose furtivas, oprimian las áridas ojas, y las hacian rechinar. Cubria

en aquel momento la luna el velo de pasagera nube, á cuyo dudoso reflexo yo vi la imágen de un hombre acercarse con silencio, y asi me pareció ánima que retorna entre los mortales, como ahora aqui nosotros; porque circundado el lugar de los altos muros, bien custodiadas las puertas, la santidad del claustro, y la pena de profanarlo, todo me persuadian á que era inaccesible é inviolable. Por tanto yo retrocedí con pie tremulo, pero la fuga era impedida por la torpeza de los miembros, y asi mismo la voz se detenia en las fausces, porque el seno palpitante no daba aliento á los temerosos gritos. La imágen parecia entre tanto pesarosa de turbar á una tímida doncella, y callaba perplexa.

Mas el aire auyentó la nube, y la luna quedando al punto sin velo, se discernian los objetos con la cla-

ra luz. Por tanto conocí que no era sombra, sino un viviente jóven, que habia entrado en aquel recinto, sin compreender con que fines. Adelantándose él cauteloso pronunció con voz suave, Floronia! Recobrando yo el valor con tan grata invocacion, me detuve con ansioso pensamiento. El adelántose tanto que le reconocí, y díte emblando: ¡ay Lucio! ¡Qué has hecho! A estas palabras, él ya no dudando de que conmigo hablaba, con dulce ímpetu me abrazó. Yo no puedo describir ahora aquella embriaguez con que eran perturbadas nuestras mentes. Las palabras y las palpitaciones, las lágrimas y suspiros susurraron mezclados por el manso viento de la noche. Pero acordándome del breve olvido del riguroso ministerio, rechacé al jóven audaz, y recordándole el decoro de mis ritos, y la temida in-

famia, yo me vi tan abrumada de terror que corria un yelo por todos mis miembros. Despues con airadas quejas reprehendi á Lucio, porque seductor maligno, sorprendiendo mi sencillez con asechanzas demasiado alagüeñas, me habia espuesto al extremo peligro de suplicio ignominioso, y espantable para cualquiera alma fuerte. Mas él suave me confortaba sin embargo, refiriendo que por conducto subterráneo, por el cual en tiempo de los Tarquinos corrian las aguas, y entonces se hallaba seco y desconocido de la plebe, habia llegado allí; que escoltado de la sagacidad del amor habia descubierto la entrada de él en la pendiente del Palatino, entre las yedras y arbustos; y que despues de largas cavernas desembocaba allí propicio y no esperado camino al amoroso ardimiento. Que era tradicion, reserva-

da cautamente por algunos hom-
bres provectos, de que la tal vi-
pudiese al fin conducir entre mu-
chos peligros al claustro vestal, y
que acaso por ella le habian pre-
cedido otros amantes; pero que la
incertidumbre de la fama, y la di-
ficultad de la empresa habian he-
cho callar aquella tradicion. Por
esta causa resuelto el á morir por
verse á mi lado un solo momento,
no solo hubiera descendido alegre-
mente al tenebroso sendero, sino
tambien á los abismos mas profun-
dos. A este tiempo, arrodillándose
sumiso, me abrazaba las plantas, y
inundaba con lágrimas mis ma-
nos, y con dulce rubor combatia
mi fragil constancia. ¡Ay de mí
triste, qué olvidada de mí misma,
conmenzé á temer por él! Y por esta
causa le exorté se sustrajese subita-
mente del coloquio peligroso. Mas
yo perplexa consideraba sin em-

bargo cuan molesta ruta debia repasar, y cuan acerba me habia de ser tal partida. Aun tuve la solicitud de saber de él sus pasados trabajos, la presente vida, las domésticas aventuras, las costumbres familiares, la varia disciplina de su institucion; y por esto, entre la ansiedad de infinitas nuevas, y la dulzura funesta de prohibido razomiento, huia la noche sabedora de nuestros delirios.

Ya los pajaritos discantaban y movian las ojas rociadas. El alba alumbraba con resplandor rosado, y respiraba el aura que la precede. Mas una vírgen severa, ya despertada por el cuidado de su ministerio, nos descubre vencidos de infausto olvido. ¡Ah tirano imperio de aquella disciplina! Ella quedó horrorizada y palida al mirarnos por la profanacion del sagrado alvergue, y trémula esperaba los ra-

yos espiadores. Despues con voces tumultuosas hace despertar todas las otras, que acudieron, y sorprehendidas de pabor llamaron sin dilacion á los Pontífices, y todo el claustro resonó con funestas execraciones. Alzóse, pues, resueltamente el jóven como convenia á valeroso amante, y amenazaba no dejar sin venganza aquella insidia; y despues moderando el enojo trataba de persuadir las doncellas horrorizadas á sumergir en el silencio la culpable aventura, y no esparcirla en el vulgo, para que no fuese contaminada la fama del augusto lugar, y espuesta al escarnio de la plebe. Despues invocando á los Dioses por testigos, prometia volverse por aquel mismo camino, ú otro que se le señalase mas conveniente, y nunca jamás turbar con su presencia el sacro alverge, ni proferir palabra del tristísimo su-

ceso. Pero las vírgenes guardaban un funesto silencio, atemorizadas de un terror divino, y se cubrieron los semblantes con el velo. Eran los ojos de Lucio grandes y azules, rubia la cabellera, descompuesta sobre el nevado cuello: las rosas florecian en las mexillas, entonces cubiertas de un roxo mas vivo, su voz era suave, y saliendo de los mas suaves labios; ¡ah! ¡por qué no persuadió! Mas al contrario en aquel punto se presentó el Pontífice, como á tremendo caso digno de rigurosa espiacion. A la señal del grave sacerdote se adelantaron los lictores que le seguian, y con acciones de amenaza rodearon á Lucio, el cual fiero con ellos, cuanto suplicante habia sido con las vírgenes, conservaba un aspecto magnánimo. Yo arrancada en aquel momento lamentable para siempre de la amada presencia, y de las precio-

sas dulzuras, fui conducida por los
lictores á la cárcel, donde la silla
era una piedra, la paja el lecho, y
ninguna otra luz que una triste
lámpara, cuando entraban allí á
aterrarme con su presencia las guar-
dias despiadadas. Despues fui con-
ducida algunas veces á la terrible
presencia del Pontífice, que senta-
do sobre magestuoso asiento en ar-
la espléndida, adornado de las in-
signias sacerdotoles, con voz pausa-
da y grave, como oprimida entre
cadenas, interrogaba sin piedad so-
bre el desventurado acontecimien-
to. Mas yo mísera no tanto me do-
lia de mis males, cuanto del des-
tino de Lucio, ignorado por mi,
que ya la mente lo imaginaba es-
puesto á suplicios ignominiosos. Y
por esta razon, recobrando el valor,
con sospechas tan tormentosas, su-
plicaba al Pontífice con lágrimas y
suspiros, capaces de conmover toda

los corazones, me hiciese sabedora de la suerte de aquel. El como dura piedra oia sin piedad mis infructuosas quejas, y despues que estuvo en silencio, prorumpió con torvo semblante: calla, Vírgen inverecunda y profana, porque tus deseos disolutos escitan los rayos de Jove, y resuenan en el Olimpo, que amenaza ya á pronta venganza. Hablando de esta manera se levantó del asiento dorado, volvió la espalda, salió del aula, y le acompañaron los secuaces de la tremenda pompa. Pero los despiadados ejecutores de la sentencia entonces estrecharon mucho mas mis cadenas, que estaban ya ferruginosas de lágrimas, y trajeron una litera cerrada por todas partes, de modo que yo colacada en ella no podia oir mis gemidos la multitud piadosa. Sin embargo era vano aquel tirano impedimento para que no des-

fogase mis suspiros, puesto que oprimida de la agonía y semiviva, yo no tenia suficiente aliento para mover el aura á sensibles querellas. Despues llegando en breve á este lugar escelerado, fui conducida á la subterranea cárcel, donde, sepultada antes de muerta, era de necesidad sufrir infinitas muertes con lenta agonía. Ya estaba aqui el Pontífice terrible, que me cubrió con negro velo, señal lugubre de muerte: despues estendió en actitud de indignacion á mi palpitante pecho la diestra sacerdotal, y me arrojó de sí como víctima execranda. En seguida los lictores me quitaron las cadenas, no para que yo fuese libre, sino para que me entregase á las agonias de la desesperacion. Despues, segun el lamentable rito, encendieron una lámpara, y me dejaron un poco de aceyte, con que alimentar su llama, paja para

recostarme, pan, agua, y leche para sustento. Salieron todos despues, y fue cerrada con un pesado mármol la entrada de la celda, como si fuera un sepulcro. ¡Ay estrépito funesto el que yo oia en aquel todavia lamentable instante! Caian muchas piedras, amontonándose arrojadas en el ingreso, segun yo conjeturé, á fin de que fuese cerrada toda salida á mis estremados gritos. En aquel punto una angustia tenebrosa ofuscó mis pupilas, y abandoné los trémulos miembros sobre la paja. ¡Oh si hubiera muerto súbitamente! Mas luego que recuperé los sentidos perturbados, ¿quién podria referir mis imprecaciones contra el bárbaro suplicio, el tirano ministerio, el inútil fuego y las querellas de la naturaleza ultrajada, y de los incautos juramentos, sino el aura afanosa, ella sola sabedora de mis voces estre-

madas? ¡Ay! ¡hazles tú resonar ahora, ó abismo de muerte, caberna de la agonía inacesible á la piedad, y sepulcro de desesperacion viviente! para que os dolais de mi desconsolada, si se halla todavia en vostros algun sentimiento de las humanas desgracias. Porque los miserables, ¿qué otro consuelo piden, sino el ser escuchados compasivamente en sus males? ¿Y qué ansiedad es mas tormentosa que la de no tener ni esperar jamás la presencia humana, que escuche los gemidos de la mortal desolacion? Mas, devilitada por instantes la fuerza de los miembros al ímpetu de las angustias, yo desmayando principiaba á declinar hácia el fin deseado. ¿Por qué, en lugar de alimento, no me habia dejado la piedad de los ministros puñal ó veneno? Sin embargo como la naturaleza mueve tambien á los

desdichados á sustentarse, viendo yo cerca de la pálida luz los alimentos destinados á hacer mas lenta la agonía, gusté algun sorbo de agua, habiendoseme secado las fauces con los sollozos de muerte. Socorrí la agonizante lámpara con el aceyte, porque aunque desease descender á los abismos, temia sin embargo quedar viva sin luz en aquella tumba. Cuando he aqui que de repente se concitó en mi pecho un estremado furor, me levanté con ímpetu de la infame tierra vanamente bañada con mis lágrimas, y con tal deliberacion, de que aun ahora me complazco, me arrojé de frente con cuanta fuerza habia quedado en mis miembros contra la pared, y quedé muerta. Las eternas tinieblas cubrieron mis ojos, y gimiendo sali de los despojos, como alma abrasada de llama inestinguible. Al presente yo ignoro cuantos

dias agonizé en el sepulcro, por que los momentos del dolor son largos, y sin luz del sol quedan desconocidas las horas. ¡Ay de mi! si alguno entre vosotros encontra en este piélago eterno al amado jóven, por quien aqui fui sepultada, ¡ah! revéleme cual sea su destino, y cuénteme cual haya sido su muerte! Mientras asi esclamaba la doliente doncella, enjugó los ojos bañados de lágrimas con el velo, y se pintó en el dulce aspecto una bella piedad, que aun infundia piedad en los otros. Resonaba el aura con profundo lamento, y entre tanto salió de entre la multitud un espectro, el cual volviendose á la jóven, dijo: ¡pues qué tú quieres, ¡ó misera! saber la desgracia de ... nuevas que deseas, yo, que ... en aquella edad, puedo manifestelas, lamentables como ellas son. Ella entonces se levanto el ve-

bajo del cual escondia el afligido rostro, y afanosa esclamó: refiere cuanto sepas, aunque la aventura sea cruel, pues que no podrá hacerme mas desdichada que lo que yo soy. Respondió el espectro: despues que el Pontífice ejecutó contigo su indigno cargo, condujo súbitamente al comicio al jóven desventurado, donde segun la atroz costumbre, él mismo con la diestra sacerdotal, ejecutora inexorable de la ira celeste, le hirió con las varas, hasta que á fuerza de sus golpes espiró. Al oir Floronia esta noticia partió de allí, y mientras se alejaba, movia furibunda la cabeza, y el viento agitaba las vendas, y la suelta cabellera. Permanecia el concurso en silencio triste como herido de tierna admiracion. Y yo que sentia por el infausto suceso no solo piedad, sino indignacion francamente esclamé: ¡Oh ritos es-

pantables! ¡oh suplicios ignominiosos, no solo para aquellos miseros, sino para vosotros! En verdad que fue aquel un cierto orgullo Romano, por el cual llamaba bárbaras á las demas gentes, siendo vosotros mucho mas salvages, cuanto feroces! Entonces Marco Bruto se cubrió la frente con la punta de la toga en señal de tristeza: Augusto se sonrió amargamente: César me miraba sin rencor: y Tulio me dijo: bien lo ves, que fuimos mas venturosos que buenos.

COLOQUIO TERCERO.

En el Monte Sacro, donde se razona de la República.

Despues que desapareció la bella y doliente imágen, cesó tambien el silencio piadoso, y luego la multitud susurrando vagaba sobre la margen del Aniano, y en breve se divisó el no remoto collado denominado Sacro. Al mirarlo hondeaban las turbas como las espigas, al viento, conmovidas por el dulce recuerdo de la libertad conseguida. Sin embargo Pompeyo en medio de tanta alegría, distinguido tambien entre las sombras por el aspecto marcial, prorrumpió severo: ¡oh monte profano, donde con tomultuosa licencia prevaleció plebeyo triunfo á la dignidad patricia. Al oir aquella sentencia

bramaban los espectros con sonido de ira, pero el gran Patricio, oponiendo una mirada noble á la audacia del vulgo, prosiguió irritado: ¡tú, Plebe tan incapaz de obediencia como de imperio! Mira, pues, este collado asilo funesto de tus sediciones, pero refrena la necia alegría; porque habiéndotese concedido en él aquel sedicioso magistrado, que perturbó con su altanería todos los órdenes, fue arrastrada la república á ruina inevitable. Cualquiera que al presente considere las convulsiones, y trastornos de esta nuestra patria, es cierto que verá en ella un claro ejemplo de que la plebe no es apta para gobernarse á si propia, pues que ella es un agregado de hombres viles por condicion, desgraciados por fortuna, é ignorantes por necesidad, los cuales no encuentran otras esperanzas sino en las pertur-

baciones. Por lo que no se complace del órden y tranquilidad, como que en este estado de cosas no tiene ocasion de caminar á vida mas próspera, sino de la rapiña, y de las estraordinarias convulsiones, y trastornos en las fortunas de los hombres. De aqui es que el concurso de tantos deseos desenfrenados, maltrata como tempestad las órdenes civiles, asi como sucedió en esta ciudad, que con leyes maravillosas y dirigidas á su eternidad, se vió reducida en breve tiempo á entregarse en manos de la tiranía de uno solo para substraerse de la del vulgo. Por tanto este debe ser disciplinado por el imperio, de modo que, para concluir pronto, patentice por los ejemplos de todos tiempos y lugares, que ninguna dominacion pudo jamás, no digo durar, pero ni tener principio sino donde mandan los

mejores. Prorrumpió Tiberio Gra-
co: voces son estas de tirano Patri-
cio, el cual, despreciando por or-
gullo de su estirpe la natural igual-
dad de los hombres, degrada la
mayor parte de ellos al vil estado
de rebaño, y se vanagloria de ha-
ber nacido pastor de este, no solo
para guiarlo, sino para esquilarlo
y devorarlo, si tan glotones son
sus deseos. Quien aspira á sober-
bia preeminencia debe en verdad
declamar al presente contra el vul-
go, y calumniarlo como haces; pe-
ro la naturaleza hizo, como es pa-
tente aun para los tiranos, iguales
á los hombres, y cada uno de ellos,
aunque inferior en fortuna, puede
ser sublime en el pensar; y de aqui
es que los entendimientos amantes
del órden natural no ponen desi-
gualdad entre los hombres, y odian
aquella que el engaño, la fuerza
ó la loca fortuna ha introducido
entre ellos. Dijo el otro sin turbar-

se al oir las sentencias del republicano: si naturaleza hubiera formado, como estimas, iguales á los hombres, les competiría igual potestad. Ellos son ciertamente semejantes por los miembros, pero en cuanto al entendimiento son por lo comun muy distintos por intérvalos maravillosos. De aqui nace que la prudencia, el valor, la integridad, la perspicacia, y la eloqüencia resplandezcan en algunos, mientras que en muchos se arraigan los vicios contrarios. Asi que la misma naturaleza nos advierte con estas notables diferencias, que sea necesaria la obediencia de los peores á los mejores: que si pues los hombres son iguales, lo son en esto manifiestamente; á saber, que todos desean sus ventajas, y son inclinados á preferirlas á las de los otros, prontos para la venganza, olvidadizos para los beneficios, y

arrebatados por las pasiones. Y de aqui es que siendo ellos materia corrompida, no pueden ser corregidos sino por aquellos, siempre pocos, que por su virtud son menos imperfectos. Y esta sentencia viene á ser confirmada por los ejemplos; porque no encontrarás en la historia una república tan popular en la cual haya pronunciado la multitud en todo objeto principal del poder su libre sufragio: ó si la hubo tal, ella no fue durable, sino que en breve, como gobierno contrario á la humana índole, cayó en severísima tiranía.

Le interrumpió entonces Tiberio: sin embargo tú debes saber que duró muchos siglos potente y gloriosa la admirable Esparta, en donde eran los hombres tan iguales, que tenian todos la misma extension de tierras, y las mismas comidas en publica mesa. Respondió

Pompeyo: justamente llamas tú maravillosa la ciudad de Licurgo, la cual con sus propias doctrinas tuvo imperio duradero, y honrado de todos. Pero si consideras mas aquella constitucion, te será facilmente claro, que en ninguna otra hubo jamás un orgullo mas soverbio de libertad, y juntamente una servidumbre mayor; pues que bien sabes que los ciudadanos Lacedemonios nacian todos esclavos de la patria, como nacidos para ella, para ella vivian, y morian por ella. Y comenzando, pues, por lo que tú has dicho, no es libre á la verdad aquel hombre, á quien el público señala un campo, que no puede aumentar su fortuna, ni puede alimentarse, como hacen todos los animales, de lo que apetece, sino que debe comer en comun á la hora señalada de lo que los magistrados le destinan. Alli no se

disfrutaba de ninguna dulzura de las musas, ni de las artes del ocio que recrean, ó de suaves contemplaciones del ánimo en silencio, sino solo exercicio de armas, y de fatigas corpóreas para formar intrépidos é infatigables guerreros. Y aunque es cierto que aquel es sublime principio de toda grandeza, debe sin embargo templarse con las dulzuras de la paz. Al contrario, tú dura Esparta fue totalmente enemiga de toda delicia, pues que impidió aun las mas inocentes: de aqui fue que jamás permitió que la lira tuviese mas cuerdas que el número de siete. Y si la opinion de su sabiduría no hubiera sujetado la libertad de los juicios, acaso hubiera sido un tal rigor despreciado. Por tanto los hombres eran alli de hierro como su moneda, ferreas las leyes y las costumbres. Y ciertamente que

cualquiera llamaría tirano á aquel Rey, que cuando naciese un vasallo, haciéndolo traer delante de su vista, y viendo en él enfermedad ó algun defecto en los miembros lo hiciese pribar al punto de la vida. Sin embargo esta era la celebrada costumbre de Esparta, como si, desentendiéndose de las razones de la naturaleza y de la piedad de los padres, la patria pida solamente un vigor material del cuerpo, y no pueda serla útil la virtud del ánimo, aunque colocada en miembros débiles. Asi que si los niños eran juzgados dignos de vivir, estaban sujetos á fiera disciplina, y eran educados en el dolor, y en la sangre, y debian sufrir en ciertas festividades, y en el templo á presencia de sus padres despiadados golpes de azote, de los que no raras veces miseramente espiraban. Y á fin de que ningun vicio de los

bárbaros, faltase á tu Esparta, bien sabes que era instituto suyo incitar la juventud al hurto, el cual era no solo permitido, sino alabado, cuando era executado con industria insidiosa. Yo ahora te pregunto, si en las dominaciones tiranas hubo jamás hombres mas infelices generalmente que aquellos, que existian sin propiedad, sin artes; sin afectos domésticos, sin otro goze que la fiereza de las batallas; todos para la felicidad comun, y siempre, y en toda ocasion incapaces para toda felicidad particular, doctos siempre para morir, y jamas para vivir? Si fuesen al fin necesarias tantas privaciones de todo deleyte, á fin de que la patria subsistiese, pudiera tolerarse por los honestos ciudadanos; pero habiéndose conservado otros pueblos en grande dominacion, y en la mayor gloria con benignas disciplinas, yo

me maravillo como se proponga exemplo tan odioso. Y en efecto parece aquella ciudad una escualida escuela de hombres melancólicos, mas bien que una libre reunion de ciudadanos, unidos para vivir alegremente. Ni era en verdad su suerte mejor que la de los que viven errantes por las florestas. Y puesto que la civil reunion es ordenada para corregir las molestias de la vida salvage, cuando las instituciones civiles producen al hombre mayores incomodidades, que las que tenia libre en las cabernas, entonces son para él las ciudades mas bien cárceles que alvergues. Y aunque un tal imperio fue duradero, no por esto fue feliz; ni debes tú buscar solamente si las ciudades duran siglos, cuanto si están contentas por sus instituciones. Considerando tambien la suerte de los pueblos verás, que los bue-

nos estatutos son raros y caducos; y los malos al contrario duraderos, y frecuentes. De modo que las constituciones mas perfectas pronto se depraban, como sucede con la nuestra, y las mas infelices son casi eternas como acontece en las bárbaras Monarquias del Asia. Mas yo procuro vanamente probar que la igualdad de las condiciones en Esparta era la causa de su infelicidad, pues que en efecto alli no hubo igualdad alguna. Bien sabes que todos los oficios, y artes, y toda la cultura de los campos era entregada á los hombres vencidos en la guerra, llamados Ylotas, cuya condicion era perpetua esclavitud. Asi que por necesidad eran estos el mayor número, y si tentaron alguna vez aspirar á mejor condicion, bañaron con su sangre, derramada á torrentes, aquella tierra de la que habian venido á ser ju-

mentos. Por tanto reconoce, que bajo de tal condicion eran los ciudadanos esclavos de la patria, y tiranos de la multitud. Estaba Tiberio Graco escuchando en actitud grave, y luego que Pompeyo hizo una pausa, añadió él: bastante he esperimentado viviendo cuan perita sea la tiranía en la sutileza de los argumentos, de manera que ha reducido como á ilustre disciplina su maldad. Asi dixo y se alejó con lento paso.

Mas yo no sufri sin molestia que el soverbio Patricio razonase con tanto ímpetu contra las repúblicas, especialmente en presencia de los hijos de la gran Cornelia, sepultados antes de tiempo por la libertad en las tinieblas de muerte. Y por esta razon viniendo á ser cada vez mas participante de aquella su antigua constancia, prorrumpió con ánimo esforzado: y de don-

de proviene que entre vosotros, los mas ilustres, por el odio constante contra la tiranía, se razone de las repúblicas como con desprecio? Al presente os sea manifiesto, que cuando cayó la vuestra como enfermo gigante, sucumbió la Italia oprimida: pero en ella no callaba el rumor de vuestra fama, sino que al contrario siempre resonaba cual clarin de libertad. Asi que permanecia el exemplo de vuestra república como una viva imágen estimulante de nuestros pensamientos. De aqui es que se levantaron en todas las ciudades ciertos imitadores de los Brutos; nombres todavía grandes y tremendos, que sacando á sus ciudadanos del letargo servil los excitó á vivir sometidos al solo imperio de las leyes. Por esta razon, difundido en breve por toda la Italia este deseo animoso, se levantaron muchas dominaciones

bres sobre las ruinas de vuestra grandeza. En ellas, aunque reducidas al estrecho recinto de los muros de una ciudad sola, fue anublada con magnánimos peligros la imágen de vuestra virtud. En efecto, estas multiplicadas y reducidas repúblicas duraron no breve tiempo, aunque agitadas de continuas alteraciones, y frecuentemente enemigas entre si, y siendo siempre blanco insidioso de los tiranos, que tentaban estender su cetro sobre ellas; y de las cuales duran todavia entre nosotros reliquias dignas de vuestra consideracion. Mientras yo razonaba de este modo, se adelantaron dos sombras de magnánimo aspecto, y me miraban con severa atencion, y por esto dijo Tulio: mira como al sonido de tus palabras se presentan los dos admirables Brutos; Junio y Marco, y asi es que en esta contienda de

libertad tienes ahora los mejores defensores. Por tanto siga tu lengua hablando el humano lenguage, gratísimo á todos como adviertes. Yo entonces confortado mucho mas con estas exortaciones, en el emprendido razonamiento, volviéndome á aquella compañía ilustre, continué refiriendo en compendio, el origen, las convulsiones, y la destruccion de nuestras repúblicas, (1), y como aun permanecia una mas de dos siglos en la montaña Ligustica, y otra como unos cinco en medio de la Etruria, y otra se erigia en el mar Adriático reyna de él, augusta entre to-

(1) *Se espone aqui el estado del mundo como se hallaba, cuando fueron escritos estos coloquios, á saber, al tiempo del descubrimiento del sepulcro de los Escipiones, que sucedió en* 1780.

das las repúblicas é inmortal, que excediendo la edad de todas las antiguas, habia llegado á duplicar los siglos de Esparta. Ella se conservaba intacta del cetro mas de trece siglos, con nuevo explendor de cuanto puede la sabiduria, unida á la fortuna. Ella sometio á su imperio la Dalmacia, Rodas, Scio, Samos, Mitilene, Andros, Creta, Chipre, y todas las islas del mar Egeo, del Jonico, del Peloponeso, y del Elesponto. De aqui extendiéndome fuera de nuestra península, yo referí como en los Alpes de los Elvéticos se renovase al presente el exemplo de las griegas repúblicas aliadas mas de dos siglos; y como por otro tanto tiempo la playa de Batavia habia tambien llegado á ser asilo de náutica libertad, y asi mismo como en las llanuras de la Sarmacia permanezca una vasta república de Optimates,

enferma por las discordias, y tan mal hallada con los remedios, que los anteponía á la muerte. Finalmente referí como en la Bretaña, casi desconocida y salvage en sus tiempos, corria ya al presente el siglo segundo, que, no con tumultos sediciosos, sino por un proceso y una sentencia habia sido arrojado del trono el Rey y condenado doblando la real cabeza á la cuchilla en la reunion de sus vasallos; y que asi mismo espulsa su estirpe y oprimida de la fortuna, se habia refugiado en esta misma ciudad; la cual de tantos modos era tan opuesta ahora á sus antiguas costumbres, que acogia tan benigna en su seno á los desterrados y desventurados Monarcas de otros pueblos, cuanto soverbia la antigua Roma habia expelido los suyos. Acercándose á mí los espectros me preguntaban sobre el origen y el estado de

aquellas repúblicas, como solícitos de conocer cuanta y cual fuese todavia la libertad de las naciones; y en aquellos que vivieron en el tiempo de la libre Roma aparecian señales manifiestas de contento. Y yo les referí distintamente en ordenado razonamiento, segun lo que permita la memoria, y lo vasto del argumento, las vicisitudes que deseaban saber ocurridas desde el principio hasta mis tiempos.

Mas luego que yo callé se presentó delante nuevamente Pompeyo, y con actitud magestuosa, dixo: es cierto que despues que nuestra desmesurada república fue extinguida por el tiempo, ó mucho mejor por sus vicios, nacieron otras de la nuestra como bastagos del árbol cortado. Nacidas, no tanto por el disgusto de las opresiones, ó la fatiga de largos infortunios, cuanto porque se vieron abandona-

das de sus débiles tiranos, ellas tu-vieron principio sin explendor de virtud, y un fin ignominioso en sus vicios. Asi es que elevadas por la vileza de quien las gobernaba, fueron aniquiladas por la cobarde astucia, y las insidiosas simulaciones. Por lo cual estas viles imágenes de tan ilustres exemplos tuvieron siempre una mísera condicion, y fueron despreciables sus costumbres, sus armas, y sus empresas, en parangon de aquellos. Y todo cuanto era entre nosotros sagrada la lealtad, y honrada la fe, otro tanto fue entre vosotros apreciada la asechanza y la traicion; la cual, como insinuada por cotidianos exemplos, no solo perdió su deformidad de vicio, sino que se vistió de los ornamentos de la virtud, y obtuvo de ella indignamente los aplausos. De aqui sucedió lo que jamás habia sido antes tolerado

en otros pueblos; á saber que el fraude, ilustrado como ciencia, fue reducido á reglas con estilo grave en obras celebradas. Pero descubro á uno entre vosotros, que imitando á Bruto mató á un Alexandro tirano de la Etruria. Por esta razon fue obscurecida la empresa por el fraude, que era el vicio de su tiempo; pues sucedió que induxese á aquel á refugiarse en su casa, atrayéndole con viles oficios de satisfaciones disolutas, y entre tanto que yacia sumergido en el sueño, pérfido encubridor, inundó de sangre el lecho hospitalario. Veo sin embargo en esta mi patria, y en siglo para ella tenebroso, levantarse un tribuno, imitador estravagante de las virtudes antiguas, y aspirar á hacerlas renacer aqui, aunque olvidadas por larga depravacion. Pero estos esfuersos aparecen como vanas presunciones, de

manera que con sus modos, y sus circunstancias demuestran la incapacidad vuestra de llegar á tan excelsas resoluciones. No obstante una empresa resplandece en medio de la obscuridad de los siglos, como astro por la noche; empresa magnánima, y que tiene mucho de Romana. Yo ensalzo con estas palabras el noble orgullo del mensagero Etrusco al Rey Galo, muerto en Italia ha tres siglos. El fue émulo en verdad de la virtud de Camilo, y como él salvó la patria de la misma nacion. Asi hablaba aquel, porque yo le habia referido como Cárlos VIII prevalido de nuestras vilezas, mas bien que de su virtud, bajando á Italia, la habia ocupado en breve, y como habiendo entrado en Florencia, ciudad libre, queria, sin otra razon, que las armas, someterla. El, orgulloso en la próspera fortuna, intimaba por tanto

con decreto, leido en su presencia á aquellos magistrados, el que se rindiesen como vencidos. Entre aquellos, arrastrado Pedro Capponi de noble ira, arrebató de la mano del lector el papel ignominioso, y haciéndolo pedazos á la presencia del Rey, vomitó del intrépido pecho aquellas memorables palabras: *Pues que se demandan cosas tan disonantes, vos tocareis vuestras trompetas, y nosotros tocaremos nuestras campanas*. Esta generosa arrogancia causó tanta admiracion á aquel Rey, que, aunque embriagado de su poder y fortuna, se partió de Florencia, y contrajo con ella alianza bajo condiciones moderadas. Dejo en silencio, proseguia Pompeyo, aquella ciudad en el medio de la Etruria, la cual vive libre hace mas de cinco siglos, entre los imperios absolutos, puesto que permanece ilesa, mucho mas por su pequeñez

que por mejor causa. Omitiria tambien hablar del reducido alvergue de libertad sobre la costa Ligustica, si en el no resplandeciese aquella sublime repulsa del inmortal ciudadano, el cual habiendosele ofrecido la dominacion de su patria, por estrangero tirano, antepuso el sincéro afecto de alma libre, á fingidos honores de odiosa dominacion. Asi fue que de esta excelsa lealtad recogió mísero fruto, porque, excitando contra él una conjuracion uno de sus mismos parientes, salvó entre insidiosos peligros los últimos años, que merecia gozar seguros en patria que fuese reconocida. Despues manifestó, que las magnánimas empresas no convenian á la corruptela de su tiempo; y que como si hubiese venido á ser esta region esteril á toda semilla de virtud, ninguna arraigaba en ella, de modo que sol

parecia florecer una astuta iniquidad.

Yo fixo por tanto el pensamiento en aquella república, que, como referistes diligentemente, se erige admirable despues de trece siglos en las ondas del Adria; tanto que ninguna tuvo jamás vida tan diuturna, ni la mereció tanto. Contemplo su principio mucho mas glorioso que el nuestro: la una fundada con la reunion de reos foragidos, que huian la venganza de la ley; y la otra erigida por hombres de probidad, que se refugiaron al seno del mar, huyendo de los delitos, de las tiranias, y de las bárbaras desolaciones. Despues de esto corresponde á tan honesto orígen el progreso de ella, y la grandeza sucesiva; porque mientras no solamente la Italia, sino la Europa toda, fue sometida á destruccio-

nes de imperios, y á tumultuosas fortunas, aquella ciudad, como que se eregia en medio del mar proceloso, sin sufrir los baibenes, permaneció tan temida y magestuosa entre las mas formidables tempestades de los movimientos universales. Ella es aquella única en la que se conserva la estirpe no mezclada de los antiguos hombres de Italia, mientras que todas las demas regiones suyas fueron sucesivamente presa de las naciones estrañas. Y aunque su situacion defendida por las aguas pueda favorecerla para conservarse, sin embargo ninguna ciudad fue jamás inexpugnable ó perpetua por la naturaleza del lugar, ó por el artificio de sus reparos y defensas, sino que la sabiduría de las leyes, la prudencia en los consejos, y el valor de las armas pueden solamente

resistir tan largo tiempo á los ultrages de la fortuna. Salve, ¡oh ciudad maravillosa, y resplandezca el cielo benigno sobre tu magestuoso aspecto, con el cual te elevas como reyna sobre el borrascoso mar! ¡Ah, que sea conservada tu edad vigorosa, para que no decline á la pereza senil! Profirió anhelando estas palabras, y se le obscureció el rostro de tristeza; pareciendo que leia en lo futuro algun acontecimiento extraordinario; pero como sino lo pudiese manifestar continuó: He aqui la Sarmacia que tú llamas tambien república. Pero cuanto la Bretaña supo unir bien la espedicion de la regia potestad, con la perezosa justicia de las comunes deliberaciones, otro tanto acumuló esta los males de ambas. Alli las armas, ó el terror de ellas, dan la corona, orígen perpetuo de

guerra, y blanco funesto de la ambicion; alli compete á todos aquel derecho pernicioso, que fue nuestra ruina, aunque restringido á solos dos tribunos de la plebe. De aqui es que no sea maravilla que en sus comicios resuene la elocuencia con las armas, el terror sea ministro del consentimiento, el furor se regocije en las amenazas, y la sangre inunde las reuniones cibiles: si bien es increible que tal imperio exista entre vosotros. Veo sin embargo, las muchas ciudades, que se erigen en las orillas del mar Batavo: alli se refugiaron los hombres en las ondas inhabitables, y convertidos casi en peces para vivir libres, sujetan el mar inundante con murallas, jamás intentadas antes por la industria humana. Por una parte brama el occéano, que amenaza sumergir sus habitaciones,

y por otra hiere el cetro enojado. Por tanto no habeis conocido otra nacion en lo pasado que haya sufrido por su libertad angustias mayores, ni que la adquiriese con iguales combates. Pero ella ya se halla enferma de la mas mortífera pestilencia, la discordia civil, por la cual despues de ser herida con sus propias manos, va tambien lacerando con ellas miserámente sus entrañas. Mira en el piélago septentrional levantarse soverbia la Bretaña, y alabarse de haber arrastrado al suplicio á su tirano con desconocido exemplo, por lo que andan aquellos isleños con frente alegre y arrogante. Reyna formidable de los mares, descansa magestuosa, y ceñuda, odiando los tiranos, y celosa de su rey lo conserva mucho mas como imágen de reyno, que revestido de regia potes-

tad. Ella opulenta por la próspera fortuna, desprecia el universo, se presume ella sola libre, y estima las otras naciones todas sometidas á servidumbre ignominiosa. De aquí es que las insulta con bárbaras contumelias, siempre que arriban á sus playas inhospitales. Esto no obstante, cuanto ella es celosa de su libertad, es otro tanto severa tirana de las remotas colonias, y ha cansado la obediencia de aquellas del occeano occidental. Al ver el exemplo de ellas las de la oriental orilla, donde la insaciable abaricia con larga atrocidad se regocija no vengada, será en verdad maravilloso que ellas no intenten imitarlas. Y cuando, ó isla soverbia, hayas perdido por tus corruptelas vastas colonias, separadas por occeanos desmesurados, teme, pues, por ti misma. A pesar de esto una

república entre vosotros conserva sus costumbres primitivas. ¡Oh asperas rocas de la Elvecia alvergue de vida moderada, y de sencillas costumbres. No obstante reconozco en vosotros una usanza reprehensible, pues que siendo libres aquellos pueblos á precio de la sangre de sus abuelos hacen mercancia de la propia, y convertidos en ministros de la opresion, la venden á los tiranos. Matan no por la patria, no por la justicia, no por los suyos, sino por precio, y mueren combatiendo en exércitos contrarios, el hermano contra el hermano, y el padre contra el hijo. Por todo lo cual de cuantas repúblicas tu has hecho ahora conmigo ostentacion, refiriendo su reputacion, las unas por su humildad, las otras por los órdenes viciosas, y las demas por contraria fortuna,

ó no deben compararse con la nuestra, ó comparadas quedan inferiores.

COLOQUIO CUARTO.

En las Termas de Diocleciano y de Tito, donde sinceramente se juzga de los méritos de Coroliano.

Calló Pompeyo, y despues miraba á todos lados con fiero semblante, mostrando todavia exercer su poderio sobre la multitud Romana. Yo, aunque hallase en mi discurso diversos argumentos contrarios á sus razones, que me parecian de mayor autoridad que ciertas, y declamadas por un Patricio no sin alguna violencia, sin embargo el aspecto de hombre tan grande refrenó en mí la libertad otorgada de disputar sobre opiniones. De aqui es que yo me volvi con honesto silencio retrocediendo hacia la ciudad. Corria la turba si-

guiéndome de cerca, y cada uno razonaba formando diversos juicios de la reciente disputa; y aunque era tanta la multitud, ni vestigios, ni polvo, ni estrépito producia con sus pasos, sino una algarabia como de inumerables paxarillos en las selvas, cuando la alborada del sol se levanta del mar. Pasaron el Aniano obscureciéndolo como niebla pasagera, y entrando por la puerta Nomentana, se volvieron á la izquierda sobre la espaciosa llanura del Quirinal. Alli contemplaban en silencio, lo primero las extensas ruinas de las Termas Diocleciànas, y despues una sombra doliente comenzó asi: ¡oh mísero aspecto del maravilloso edificio, que fue refugio de todos nuestros alegres, y útiles entretenimientos! Aqui admiramos pórticos espléndidos por sus preciosos mármoles,

acomodados al recreo, y á las conversaciones: las vastas estancias eran siempre asilo abierto para las festivas recreaciones; y parecia que todos los placeres de la vida se reunian aqui para consuelo universal; puesto que mas de tres mil lavacros, y nadaderos extensos, palestras rumorosas de atlético exercicio, vastas Bibliotecas retiro del silencio, estátuas de héroes, y de célebres mayores, adornaban este delicioso é ilustre asilo de ciudadanos. ¿Qué resta al presente de tanta mole, efecto estupendo de infinitas riquezas, mas que el triste esqueleto? ¿No hay acaso en esta escualida tierra ninguna rústica habitacion, que sea necesario acopiar el heno en estas espaciosas bobedas, precioso monumento de noble arquitectura? ¿De tal manera, pues, con manifiesto odio de nues-

tra antigua magnificencia, insultando todas las reliquias que de él existen, las destinais vosotros á viles ocupaciones? He aqui reducida á taberna de borrachos esta aula, que se salvó de los ultrages de tantos siglos, para que despues la profanaseis con tanta indecencia. ¡Oh escarnio de bárbaras naciones! Mientras él asi esclamaba, se oyó un sonido de sumisas voces, las cuales cantaban lentamente nocturnos himnos de paz. El espectro suspendió por tanto sus inquietas palabras, y volviéndose á mí preguntó: ¿Qué es esto? Y yo le dije como aquellas ruinas no eran del todo indignamente transformadas, tanto como él deploraba, sino que en algunas, reducidas á templos magestuosos, resonaban ahora aquellos versos piadosos, y en otras tenian asilo en silencio las

briedad, y la contemplacion. De aqui es que los espectros escuchaban atentos, y maravillados aquel lamentable canto, y parecian ocupados de una suave emocion.

Se veia estrellado el cielo, y ocultarse ya la luna en el ocaso. El aire plácido y tenebroso favorecia los secretos coloquios, y asi nos dirigimos al collado inmediato Esquilino, y subimos lentamente su facil pendiente. Adelantándome yo habia alexado las sombras de las ruinas del Quirinal, porque á sus reprehensiones sobre el estado de ellas no encontraba suficiente escusa. Pero fue vana esta cautela, porque se ofrecieron otros objetos desagradables, nuevos motivos de inconsolables quejas. Ellas miraban ansiosas á todas partes, y indicaban los lugares donde se elevaban los templos, los baños, y las

estancias espléndidas de aquel collado, especialmente en aquella parte suya denominada las Carinas. Vi, pues, dos espectros, que reconocí, los cuales acompañados de otros muchos, que les seguian con acciones reverentes, parecian buscar ansiosos los vestigios de algun monumento. Eran los dos émulos ilustres, el Dictador y Pompeyo, que buscaban sus habitaciones colocadas en el Esquilino. Entre tanto llegamos á la cima, en la que aparecen todavia espaciosos restos de las Termas de Tito, y de su Palacio. La derrocada mole se halla cubierta de yerbas, regadas por las aguas que brotan por las hiendas de conductos arruinados, y se reunen en triste laguna. Los espectros murmuraban á aquel aspecto, ya dispuestos á quejarse, por lo que yo previniéndoles co-

mencé: ¡oh magnánimos antepasados, oidme como á sucesor vuestro, que no solo razona con vosotros con respecto, sino con tal ánimo cual conviene á la grandeza del vuestro, y á la honesta lealtad del mio. Mirad lo que ha quedado del edificio grandioso é ilustre; pero no menos que despues de mas de diez y siete siglos, de terribles revoluciones, de devastaciones de bárbaros, de terremotos, de inundaciones, de ultrages infinitos del tiempo invencible, y de la inevitable fortuna. Esta tierra ha sido tantas veces agitada por la marra, que ninguno de sus terrones se halla intacto. De la profundidad de ella extraemos nosotros las admirables esculturas con que estaba adornado este edificio, y las conservamos como señales gloriosas del triunfo de las griegas artes *so-*

bre el tiempo destructor. Aquí existen aun pinturas de vuestros tiempos, custodiadas por nosotros con extremo cuidado, de las que está el mundo lleno, como escul-pidas en exemplares infinitos es-parcidos en todas las naciones. Al escuchar estas mis palabras, bajaron los espectros á contemplarlas, y consideraron alegres aquellas que restaron ilesas despues del naufra-gio de tantas obras maravillosas en el piélago del olvido.

Cuando he aqui que vino á ser mas densa la concurrencia de los espectros cerca de una pintura, y despues que por algun tiempo la hubieron considerado en silencio, prorrumpió Pomponio Atico: se muchas á la verdad las obras ilus-tres de los ciudadanos Romanos que merecian ser manifestadas pa-ra perpetuo exemplo con la imita-

cion de la pintura. Mas aqui veo una de ellas, que aunque ilesa, es digna por tanto de olvido mas que de fama. Mirad, ó Quirites, á Veturia, la cual contiene á Coriolano que habia deliberado oprimir á su patria. El por una demencia indigna de su orgullo, indignado contra ella, salió de sus sagrados muros, y guió contra ella el enemigo poder de los Volscos. Hecho vil conductor de ellos, despreció ignominiosamente las suplicantes voces de los senadores, ni abatió la espada al aspecto de ellos. Despues de esto, como niño movido de las exortaciones maternas, y débil mucho mas que arrepentido, concluyó con la traicion la obra que habia comenzado con furor; puesto que se burló de la alianza con los Volscos aunque jurada, y fue irresoluto en el bien, y en el mal,

é infiel á todo partido. Pero las al-
mas grandes ó no se deciden á las
maldades extremas, ó las execu-
tan; y si las de'an imperfectas, se
lo impidieron algunas causas ex-
traordinarias y terribles. ¿Que otra
se opusieron jamás al funesto efec-
to de tu ira, sino lágrimas femeni-
les? Por tanto tu fuistes vencido
de aquellos afectos que las almas
verdaderamente Romanas anterio-
res á ti habian despreciado en con-
curso del incomparable amor de la
patria. Asi es que Oracio vence-
dor se ofendió en lugar de aman-
sarse por las lágrimas de la herma-
na, y si lloró fue de ira, indignan-
dose de que ella amase á un ene-
migo de Roma, y con atroz virtud
la arrojo de si. Junio Bruto con-
sul severo se privó con terrible
sentencia de sus hi'os como par-
ciales de tiranos. Manlio conde-

á muerte el suyo porque habia combatido contra la prohibicion. Y despues de tu tiempo hubo otro Bruto denominado Marco, que traspasó con su celebrado hierro el corazon de un amigo, y acaso de un padre. Mira hasta que grado amaron los Romanos á su patria, mas que á la hermana, á los hijos y al padre, tanto que los exemplos de esta magnanimidad son formidables juntamente, y admirables como extraordinarios prodigios. Pero en ti prevaleció el blando afecto hacia la madre al odio contra la patria, de modo que no virtud síncera, sino debilidad impidió el atentado. De aqui es que el ímpetu de la malvada resolucion fue para ti ignominioso, igualmente que fue desleal la vileza de no executarla. La mayor parte de los espectadores aprobaba aquellas sentencias

llamándolas sínceras, aunque vestidas del ornamento del estilo, el cual, mezclando las flores de la elocuencia á los acerbos frutos de mala obra, hacia gustar estas en la historia en lugar de abominarlas.

Pero las húmedas profundidades de las aguas, y el aire comprimido en aquellas afligian mi pecho con respiracion afanosa, y la respetable facundia de Pomponio me abrumaba juntamente el ánimo con admiracion no acostumbrada. De aqui es que comencé á experimentar la humana debilidad, y obligado á respirar en campo abierto, salí de las tristes cabidades, sentándome sobre las yerbas bañadas de rocio. Alli contemplaba callando aquellas espaciosas ruinas; y los espectros salian de ellas tambien siguiendo mis pisadas, y esperaban con discreta paciencia que yo re-

focilado los guíase á la emprehendida peregrinacion. Despues que hice alguna pausa, bajé del Esquilino dirigiéndome hacia el Celio lentamente. Las turbas no lo reconocian sino por el anfiteatro Flavio, que yace á su falda, y por los collados que le rodean, que indicaban su lugar, sin cuyas señales, hallándose hecho escombros, no se podia distinguir. De aqui es manifiesto que las ruinas de los innumerables monumentos, que yacen en la pendiente, llenaron los opuestos valles por su gravedad, y por el impetu de las aguas conducidas á lo bajo; de cuyo trastorno, son testigos tambien las cavidades profundas abiertas por nuestra erudita curiosidad, pues que en ellas, se reconocen las antiguas habitaciones oprimidas por las ruinas superiores. Erraban por tanto las som-

bras vanamente deseosas de ver los excelsos delubros, los admirables acueductos, y los espléndidos monumentos, que se elevaban como magestuosos ornamentos de aquellas regiones; pero no descubrian de ellos con la sagacidad de su incorpórea substancia mas que escasos restos, incorporados en míseras cabañas de labradores. Solamente veian en el collado con alegría aquel mismo obelisco, que en sus tiempos se levantaba en el Circo Máximo, regocijados de que, sacándose las ruinas de aquel, hubiese sido nuevamente elevado al cielo abierto, como testimonio perpetuo de la magnificencia antigua. Y aunque lo vieron dividido en muchas partes, y en otras restaurado, señales manifiestas de su caida, esto no obstante lo contemplaban con aquellas

admiracion, con la cual se miran los veteranos guerreros, que manifiestan en sus cicatrices los estraños peligros por ellos sostenidos. Despues observaron á lo largo, un poco á la izquierda de la puerta Capena, hacia la via Latina, aquel templo que entre nosotros es fama que fuese dedicado á la fortuna de hembra, en memoria del encuentro ocurrido alli del enojado Coroliano con la suplicante madre; el cual monumento, si es cierta la tradicion que de él ha trasmitido el tiempo, seria todavia, si se hallase salvo de las injurias de él, latericio, cuadrado, sencillo y en su pequeñez magestuoso. Yo por tanto no me olvidé de preguntar á Pomponio, como tan versado en toda erudicion de sus tiempos, si aquel era el templo segun la fama; y en lugar de satisfacerme con su be-

nignidad, respondió al contrario incomodado: bien sabes que me son ingratos los recuerdos de tan mal ciudadano; y por tanto quería que ninguna cosa conservase su nombre; y despues de proferir con enojo estas palabras, se alexó. Yo insistia sin embargo, movido del deseo de referir á los vivientes la verdad, ó la falsedad de aquella tradicion, preguntando sobre ello á las circunstantes sombras; pero ellas callando imitaban el exemplo de Pomponio, y mostraban con sus acciones aprobar su sentencia.

COLOQUIO QUINTO.

Los sepulcros de la Via Apia.

Llegamos en tanto á la puerta Capena, de la cual salia la celebrada Via Apia. Miraron los espectros primeramente la puerta, y las dos antiguas torres, una y otra formadas como es patente de fracmentos de antiguos sepulcros. Cuando he aqui que senti gemir el aura con querellas sumisas, y por esto dixe á Tulio con ansiedad: ¿de qué nace este lamento? Y él respondió: se lamentan al ver destruidos sus monumentos. Yo entonces para mostrar que sabia de las costumbres antiguas, añadi prontamente: bien se que de la una y de la otra parte de esta via consular hubo sepulcros innumerables, y tú mismo hicistes mencion de ellos en tus Tusculanas,

Tulio se complació de tal recuerdo como testimonio de perputua y alta fama. Ya las sombras se habian adelantado por la via, y con triste silencio contemplaban los restos ruinosos esparcidos en la desierta campiña. Vi aproximarse algunas sombras á un sepulcro cubierto de yedra, levantar las manos al cielo, y despues herirse el pecho con ellas, cubrirse el rostro con las ropas, y sacudir la tierra con los pies en accion admirable de indignacion. Por lo que yo conmovido juntamente de piedad, que de curioso deseo, me acerqué, y reconocí esparcidos en torno del sepulcro, como por desprecio reciente, algunos huesos y calaveras, que blanqueaban al dudoso reflexo de las estrellas. De aqui conjeturé que se dolian aquellos míseros de que se viesen sus despojos espuestos á la burla, y ultrages del viento, y de los animales. Ob-

servé, pues, una cosa admirable; y fue, que ellos procuraron muchas veces arrojar de nuevo con las manos aquellos huesos en la tumba; pero en vano intentaban sus esfuerzos incorpóreos dar movimiento á sustancias materiales; y asi fue que los impulsos quedaron para aquella intencion ineficaces. Despues se volvió á mí una sombra con afligido semblante, y dixo suplicando: ¡ah! pues qué tú estás vestido de la materia, y te es concedido por lo tanto el comunicarla movimiento, arroja estos nuestros despojos donde estaban, y sean por tu piedad sepultados de nuevo. Yo nada le respondí, porque las lágrimas impedian las palabras; pero satisfaciendo inmediatamente con la obra aquel piadoso deseo, recogí aquellos despojos, y los coloqué en el seno de la ultrajada tumba.

Mientras yo executaba el lauda-

ble oficio, callaban los espectros en actos de suave reconocimiento; mas luego que fue concluida la obra, me ensalzaban ellos agradecidos como el mas benigno entre los mortales. Entonces yo pregunté á Tulio de esta manera: dime, ó maestro, ¿por qué son estos solícitos de la abandonada carga, mientras vosotros ánimas ilustres ninguna solicitud mostrais? Y Tulio me respondió benignamente: aquellas que has visto dolerse por tal causa, son ánimas vulgares, que conservan aqui todavia sus bajos pensamientos; y de aqui es que se lamentan todavia de haber perdido la corpórea vida; pero ninguna entre nosotros, como ánimas disciplinadas viviendo en el desprecio de la muerte, se entristece por los efectos de ella. Como la serpiente entre vosotros se escurre mas alegre al claro sol, cuando ha mudado la

escama descolorida en otra mas vivaz, asi nosotros, restituido á la tierra el mísero fardo, y renacidos á vida separada de la tiranía del tiempo, gustamos por el explendor eterno de las incorpóreas contemplaciones, y deponemos todo pensamiento de los sueños de este valle, y de la parte caduca nuestra. De aqui es que Tulio consiguiente en aquellas doctrinas del desprecio de la muerte, las cuales altamente suenan en sus obras, y que practicó en su deplorado fin, volvia la espalda á las dolientes turbas. Pero Pomponio acomodándose conforme á su índole benigna á las sentencias comunes, habló de esta manera: ved aqui, ó mis Quirites, un desengaño lamentable de la vida mortal. No alcanzan á conservar honrado el nombre para los tardios descendientes, ni peligros ilustres, ni magnáni-

mas empresas, ni dificiles virtudes. Una generacion, despreciadora de sus antepasados, no se contentó con ultrajar los templos, los teatros, y las termas, que eran, pues, monumentos agradables, cuando no por otra cosa, por su vista; sino que vuestras mismas cenizas, y los aridos huesos, recogidos por nosotros con lágrimas piadosas en estas urnas, los arrancó de ellas, y los esparció para ludibrio de cuervos. Pero ningun otro oficio es en verdad mas sagrado que aquel con el cual tratan los que sobreviven de vencer, en la manera que pueden, el tiempo y la muerte, conservando con ritos y honores los despojos de los muertos. De aquí es que en todos tiempos, aun entre las naciones mas salvages, siguiendo una tan ingenita piedad, procuraron preservar ó con la llama, ó con el bálsamo á los muertos de

los ultrages de la destruccion, y hacer perpetua su commemoracion con alguna señal expuesta á la pública frecuencia. Y por esta razon cualquiera que tiene en esta vida algun sentido de índole humana, suele contemplar con piadosa tristeza los sepulcros, asi como abismo en el cual es pues en breve inevitable á cada uno la caida. Por tanto considerando con que cuidados son ellos adornados, y con que honores consagrados, y reverenciados, sienten los vivos recrearse en algun modo del triste pensamiento de la muerte, por la agradable persuasion de que cuando hayan tambien muerto no serán vilipendiados. Yo escuchaba con ánimo conmovido aquellas benignas sentencias, y conociendo él sobre mi frente las impresiones del corazon, volviéndose á mí prosiguió: en estos tus miembros hay

una substancia inmortal de tus pensamientos, la cual, destruido dentro de breve tiempo su caduco fardo, y desatada de él para siempre, caminará como elemento á su pureza. Mas ella despliega tambien en vida anticipadamente, y de varios modos un ímpetu que la arrastra hacia la eternidad; y de aqui es que son agitadas vuestras mentes de co tinuos y diversos deseos de hacer perpetua la memoria de sí mismos. Para conseguirlo, unos perturbaron el mundo con las armas, otros con ingenio, otros con útiles obras, y otros en fin con atrocidades inauditas, á fin de que tanto ruido, como de onda procelosa, llegase tambien á las remotas playas. Nosotros, deslumbrados de este modo, colocamos vanamente á tal efecto nuestras cenizas en urnas expléndidas, y en esta celebrada Via. Ahora el lento buey trae

el yugo sobre nuestros huesos, y el estupido labrador los pisa. ¡Ay de mí que en estos campos triunfa la devastacion! Veo el lugar donde combatieron los Oracios gloriosos: la sangre ilustre, que tiñó los terrones de estos surcos en el increible combate, debia al menos no profanarse por la admirable fama, y debian tambien existir las cinco urnas en reverencia del caso, y del nombre de los combatientes. Allí se elevaba asimismo el túmulo de la hermana, la cual ofendió el triunfo con lágrimas intempestivas y fue traspasada por el vencedor hermano. Al presente tampoco resta de él ni una piedra, en la cual se siente el pensador pasagero, trayendo á la memoria en esta soledad el triste acontecimiento.

Asi se lastimaba Pomponio, y entretanto los espectros contemplaban desconsolados la escuálida cam-

piña. Despues se volvian á mí como pidiendo cuenta de tantos ultrages, y por esta razon les hablé de tal manera: nosotros que ahora vivimos sobre estas ruinas las miramos tambien, deplorándolas como espectáculo de cruel devastacion. Por esto mismo las custodiamos como dignas de veneracion en quanto está de nuestra parte, pero en verdad no podemos, excediendo las fuerzas de nuestra naturaleza, reproducir las cosas destruidas. Y si las injurias del hado nos han privado de tantos edificios vuestros admirables, nos han dejado por esta razon tan ardiente deseo de contemplar toda ruina de ellos, y de descubrirlas. Asi es que escabamos espaciosamente la tierra, deseosos de encontrar en ella vuestra sepultada magnificencia, y encontrándola la contemplamos con alegria, templada de tristeza por la dulce me-

moria de vosotros. Y esta nuestra solicitud ha llegado á descubrir detubros, termas, urnas, y alcazares, y en fin las ciudades enteras, como ha sucedido en mi tiempo de dos en la magna Grecia. Y si os fuese conocido, ó magnánimos entendimientos, con cuantos dispendios emprendímos estas obras, con cuanto estudio ilustramos los antiguos monumentos, y con cuanto cuidado los conservamos, es cierto que en vez de quejaros de nosotros, nos alabariais con agradecimiento correspondiente. Asi es que nosotros abrimos vuestras urnas palpitando, y encontrando en ellas collares, anillos, ó equipage de muger, ó entre vuestras cenizas las ampollas, en las cuales segun es fama se recogieron las piadosas lágrimas de los ritos fúnebres, ó lucernas, ó pedazo de tela incombustible, en la cual fueron abrasados vuestros miembros,

todo lo guardamos con celosa custodia; y cualquiera moneda, armas, muebles, ó señal de vuestras costumbres es para nosotros materia preciosa de eruditas conjeturas. Tened por cierto que tanto no hicisteis vosotros por las naciones ilustres que os precedieron, como mas ansiosos de subyugarlas, que de investigar el antiguo orígen. Asi fue que, solícitos solo de la gloria vuestra, hicisteis esta esclarecida con las felices opresiones, y obscura para siempre aquella de la remanente Italia, sobre cuyas naciones fue estendido por vosotros el velo del olvido. Y lo que no sucedió despues que ella fue vencida por los bárbaros, se verificó por vosotros; y es que mientras aquellos se hicieron partícipes de nuestras mansuetas costumbres, vosotros al contrario, ampliando la destruccion con vuestros triunfos, esta Italia, encontra-

da por vosotros floreciente, popu-
losa de ilustres, y cultas naciones,
fue por vosotros no vencida, sino
humillada. Ellas se habian derivado
de los excelsos guerreros refugiados
aqui de la celebrada destruccion
troyana, ó de otra mísera desgracia,
cualquiera que sea; obscurecida en
aquella tradicion. Su descendencia
sufrió por tanto de vosotros mayo-
res calamidades que aquellas, de las
que se habian salvado sus progeni-
tores. Esto no obstante, si es sin-
cero aquel antiguo rumor, perpe-
tuado por la trompeta de Virgilio,
que sois decendientes de Eneas, fa-
cilmente se puede aplacar aquel
héroe, refiriéndole que su estirpe de-
jó al mundo terrible venganza de
las desgracias por él sufridas. Ella
desoló, sojuzgó, y destruyó todos
aquellos reynos de cada uno de los
celebrados capitanes, que concurrie-
ron al exterminio de Troya. Y tan-

ta es la obscuridad en la cual cayeron para siempre, que no resplandece mas en ellos ningun crepúsculo de gloria, sino que oprimidos, yacen en poder de bárbaros despreciadores de toda disciplina. Ni jamás ésta vuestra ciudad fue ciertamente tan privada de todo su lustre, como lo fué por vosotros la expléndida Atenas. La cual sojuzgada del verdugo Patricio Sila, y despues profanada de las crapulosas disoluciones del triumbiro Marco Antonio, quedó como árbol herido del rayo. Mas los que de vosotros se duelen de la ruina de estos monumentos, refieran ahora que sepulcro de los ilustres Principes Etruscos, cual de Eneas, ó de Julio, y cual de Evandro hubo jamás en vuestros tiempos? Tú, Marco Tulio sabes bien como en tu Siciliana Cuestura la tumba de Archimedes, solo ciento cuarenta años despues de su muerte, no era

ya conocida en Siracusa, patria por él tan defendida, mediante las máquinas de su ciencia, cuya fama aun vive entre todas las naciones: Tú, pues, fuistes aquel que descubristes á los Siracusanos, que reusaban darte crédito, el sepulcro de tan grande ciudadano cubierto de yerbas, y de espinas. ¿Qué mas? No en otra parte, sino aqui en la misma Roma, ¿no se encontró cavalmente en el siglo quinto la urna de Numa ya desconocida? Al presente, despues de tantos trastornos del universo, veis á un tiempo elevarse aqui magestuosa gran parte de la tumba de Cecilia Metela, y mirais alli en la puerta Ostiense intacta la pirámide sepulcral de Cestio, y en la ciudad la fastosa mole de Adriano sobre la margen del rio, y frente de aquella un resto precioso del Mausoleo de Augusto; y con todo están acumulados sobre

esta tierra los siglos destructores:
porque ninguna cosa resiste al
tiempo sino la virtud. Tulio nada
respondia, pero indicaba con acti-
tud cortes no oponerse á mis razo-
nes; y Pomponio fixaba en mí sus
ojos, y daba señales con urbana
sonrisa de complacerse de mis li-
bres discursos.

COLOQUIO SEXTO.

En la Caberna de la Ninfa Egeria. Digresion sobre la eternidad de la substancia intelectual, y suplicio de Tulia.

Callaba la multitud como el mar estando en calma, y asi fue, que conjeturando de aquel silencio que les agradaba mi razonamiento, y deseaban ser guiados á otra parte, yo decliné á la izquierda de la Apia Via. En breve llegamos á aquella llanura, donde los pelegrinos de todas las naciones admiran todavia las ruinas del sepulcro de la Ninfa Egeria. Es fama que en aquel mismo se entretenia el religioso Rey en santos coloquios con ella. Era puro el aire, por lo que aparecia despejado aquel ameno valle, circundado de

eminentes collados por todas partes del orizonte. Por medio de él corria plácidamente el rio Sacro del agua Egeria, á cuyo murmullo correspondia el apacible susurro del nocturno viento, que sacudia la arboleda blandamente. Tal vez mugian los bueyes, que pacian sobre la herbosa margen, y los mastines cuidadosos ladraban á cada hoja que caia. Las ramas en tanto guarreaban en las lagunas, mientras el grillo grillaba en las aridas hiendas del campo. Los murciélagos se espaciaban por el cielo tenebroso, y las aves nocturnas hacian á veces zumbar el viento, volando sobre el silencioso valle. Enfrente de este, y de la parte de la Via Apia están las vastas ruinas del circo de Caracalla. En su desierta arena reynaba tambien silecio antiguo, y solo de los restos de los escualidos edificios salia el mono-

ono gemido de las cornejas. La Via Apia, en otro tiempo ruidosa por la multitud, calla al presente. El circo, en el que resonaban mezcladas las aclamaciones de innumerables espectadores, á los relinchos de los caballos, al rechinido de las ruedas, al estallido de los látigos, y á las amenazas de los conductores, está mudo. Sagrado es, y antiguo el silencio del valle Egerio; y aquellas soledades son sabedoras de los misteriosos ritos del Rey benigno; por lo que nos acercamos con pensamientos cubiertos de reverencia á la caberna de la celebrada Ninfa. La espesa yedra ocupa su entrada, y murmura en la interna gruta la sacra fuente. Sobresale el collado, y alli aparecen todavia las ruinas del templo de las Camenes. Salve, prorrumpió Tulio, ¡oh caberna venerable, acomodada por tu dulce si-

lencio á las celestes contemplaciones! No la Ninfa Egeria, no las musas, ni otros númenes soñados, sino el grato estrépito de aquella fuente, las opacas sombras, el aura tranquila, y la soledad pensadora favorecieron admirablemente las juiciosas disciplinas. No habrá pues persona que se duela de estos prudentes engaños, sino de la loca ferocidad del vulgo, la cual obligó al sabio Rey á imaginarlos.

Calló Tulio, y un increible silencio refrenaba de tal modo todas las voces, que solamente se oia entre tanta multitud el murmullo, bien que ligero de la plácida fuente. Jamás á la presencia de otros objetos habian estado las sombras tan calladas por alta reverencia, como en el templo misterioso, y ante el tremendo Numen. Ninguna elocuencia hubiera espresado tanto el comun respeto, como la

iversal, y larga pausa de toda
abra. Y despues que un tanto
ació de tiempo yo me detuve,
ninguna voz heria el viento,
dirigí de nuevo á la ciudad.
tré en ella por la misma puerta
pena, y de alli á la izquierda
arecieron inmediatamente los es-
ciosos muros de las termas del
lvado Caracalla, cerca de la fal-
del Aventino, resto único de
s expléndidos ornamentos, con
s cuales estaba cubierto aquel co-
ido. Entonces comenzó el susurro
las turbas, y recordaban princi-
mente la magnificencia de aquel
dificio, donde mas de mil y seis-
ntas sillas de mármol eran aco-
odadas para publicos lavacros, y
nde las imágenes de los Dioses,
de los héroes, esculpidas por los
nceles mas espertos de la Grecia,
an admiradas, y dignas de resis-
al tiempo. Al presente se la-

mentaban de que ni señal de ella
pareciese, como disueltas en pol-
vo, y contemplaban conmovidos
los derrocados vestigios de los Te-
mas escuálidas, y abandonadas; m
sero testimonio de la instabilida
de toda humana grandeza. Yo pa
calmar aquella perturbacion, hab
de esta manera: tambien las rued
con sus frecuentes y largos gi
en vuestras pedragosas vias consu
res dexaron impresos profundos su
cos, y las imágenes de vuestr
Dioses fueron tal vez consumid
por los devotos labios, pues las go
tas, cayendo continuamente suele
abrir con el golpe en el mármol
admirables profundidades, y asi es
que estas obras materiales no podia
como todas las otras, evitar la de
truccion. Pero cuanto está de nues
tra parte las defendemos de may
res ultrages; y asi es que nosotr
extraemos las divinas obras de

escultores griegos de esta tierra, en la cual eran sepultadas por las bárbaras devastaciones, y las colocamos en aulas expléndidas, para admiracion, y deleite de todas las naciones. Los ingeniosos maestros de la escultura las contemplan palpitando, y cuando se ciñen á imitarlas, tiembla el cincel en sus manos; y á muchos se les tiñe de palidez la frente la primera vez que miran aquellos exemplares divinos. Asi es que no fueron ellos jamás tan admirados, y custodiados por vosotros, ni aun en los templos, cuando fueron para vosotros simulacros de veneracion. Mas las ruinas mismas de las cuales os lamentais, son conservadas igualmente por nosotros con tal esmero, que mediante pena prescripta por la ley es prohibido descomponer con mano audaz alguna piedra de vuestros monumentos,

Mientras yo hablaba de esta manera permaneció Tulio delante de mí, por lo que, excitado por su presencia, exclamé: saciese, pues, la voracidad del tiempo consumiendo las obras de piedra, y de barro: otras pueden levantar de ellas los poderosos, y otras, pues, miras ya magestuosas, que fueron levantadas por los decendientes; pero no tenga potestad el tiempo para estinguir las obras ilustres del entendimiento, las cuales ni el oro, ni el fausto pueden crear, ni destruir, como hacen de aquellas á su antojo. Por tanto estas iras del tiempo contra los muros, y los mármoles son leves para nosotros, cuando hayan respetado gran parte de tus obras de oro. A cuyas palabras él mas alegre benignamente me miraba con lucientes pupilas, y asi yo mucho mas acalorado añadi: ¡oh consul incompa-

rable, escritor divino é inmortal! Si tantos argumentos manifiestos no induxesen á nuestros ingenios á ser convencidos de que sea eterna, é incorpórea la substancia de los pensamientos, es cierto que la sola lectura atenta de tus obras, produciria en toda mente sana aquella grata persuacion; pues no era verosimil que de la vil materia, la cual, apenas ha llegado á su complemento en la edad viril, declina inmediatamente, y se desata, se formen las sublimes inteligencias. Estas excitan en nosotros un deleite, diverso de los corpóreos, interno, puro, y celestial, y tanta es su delicia que no puede expresarse con palabras, penetrarse con meditaciones, ni definirse con razones. Por tanto aquel que sostuvo pri-

meramente que aquel interno ímpetu que nos arrastra á la gloria, y á lo verdadero; aquel que nos mueve á las sublimes empresas, á las beneficencias ilustres, y á las dementes virtudes; aquel que produce la elocuencia victoriosa, y la celeste poesia, no era otra cosa que un efecto de esta fragil mole, y que se desvanece con ella; este, no solo deprabó las humanas disciplinas, sino que con maligno fraude intentó persuadir á otros aquello de que él mismo no podia persuadirse; supuesto que atribuyó á una causa un efecto repugnante á ella en todas sus cualidades, y en todos sus accidentes. Ni este fue solo enemigo de lo verdadero, sino que degradó, en cuanto estuvo de su parte, su estirpe, defraudandola

de su mas considerable prerogativa, sin la cual seríamos infelices máquinas, producidas para padecer algun tiempo sobre este planeta estrecho, y dotadas del conocimiento funesto de las propias enfermedades. De aqui es que con la frente inclinada á la tierra, que nos reclama, no deberíamos elevar nuestras miradas á un cielo, que nos es negado para siempre. ¡Ah qué sentencia mas cruel de destruccion, que aquella que cubre al corazon de yelo, y lo priva de todo impulso para las obras útiles, y para las ilustres empresas! ¿Sin el delicioso prospecto de la inmortalidad de esta mente que mueve los miembros, que otra cosa es la vida sino lugubre espectacion de la nada? Por tanto la razon, la piedad,

la utilidad, y el afecto humano requieren que tal doctrina inflame nuestros pechos, y nos conforte con sus nobles esperanzas á vivir alegres para nosotros, y útiles para los demas.

No temas, dixo entonces Tulio con benevolencia, que semejante doctrina venga á menos jamás entre los hombres, pues que ella es ingenita en los ánimos, y necesaria en los corazones. Este nuestro ingenio es llama celeste que camina siempre á su esfera; ella corre como una fuente continuamente á su occeano: todo su impulso es dirigido al centro de su propio orígen; ni podrán jamás, como no han podido las sutilezas de malvados hombres, obscurecer esta, no diré doctrina, sino interna voz, que siempre, y entre todas las

naciones altamente resuena. Esta es aquella verdad que se trasmite de generacion en generacion, contra cuya evidencia, como no derivada de argumentos cavilosos, ni de prestigios de la elocuencia, no prevalece jamás su pestilencia. A este perpetuo instinto ceden los sofismas inventados, no sé si para inducir á los hombres á la extrema desesperacion, ó para hacerlos odiosos á ellos mismos, juzgándose vil compuesto abandonado del cielo, y devorado de la tierra. Y á la verdad el hombre, á diferencia de todos los demas animales, se eleva entre ellos excelente por la inteligencia, de modo que ninguno otro de este planeta es igual á él, y antes si al contrario, á todos sobrepuja por largo intérvalo. Pero los otros pas-

cen prontos y obedientes á su vientre, duermen sin cuidado, no les inquieta lo futuro, y felices en la estupidez, si hay en ella felicidad, no desean otra cosa que satisfacer sus apetitos sensuales, ni sufren jamás tristeza alguna en sus pensamientos. De aqui es que el pingue buey no teme la inminente cuchilla, ni el plácido cordero sospecha que el hierro lo deguelle, ni el generoso caballo es turbado de los servicios ignominiosos que le esperan en la vejez, y que lo matan de fatiga. El hombre al contrario lleva consigo el temor de la muerte, la prevision de los males, y siente su naturaleza de origen divino, embarazada del fardo caduco, y comprehende con el entendimiento toda su vasta miseria. De aqui proviene la necesidad de que él halle

no en si mismo, ni menos en la tierra, toda afligida de acontecimientos calamitosos, sino en el cielo un consuelo adecuado á sus males. Por tanto son crueles, no menos que necios aquellos, que por depravacion de sus infelices talentos, procuran privar á los demas de tal consuelo celeste; el cual sino nos conforta, quedan los errores sin guia, lo vicios sin freno, y la virtud sin galardon.

Mientras él asi decia, oí estrépito de carro, y pisadas de caballos; cuando he aquí que aparece una carroza que pasa á lo largo la margen del Tiber. Rechinaban las ruedas, y se estremecia todo el carro con ferreo ruido. Dos negros caballos lo arrastraban anhelando. Sobre el asiento iba una dolorida sombra con real clamide despedazada sobre los hombros, de

horrida cabellera, y rostro escualido, con ojos abatidos y fixos en una diadema caida á sus pies teñida de sangre, como que de sangre eran tambien bañadas sus ropas. Pero ademas vi detras de la carroza el espantoso objeto de una matrona tambien cubierta de manto regio, atada al exe de las ruedas por los pies, y arrastrada de ellas. Semiviva estendia los brazos implorando piedad, pero la carroza corria, y dejaba señalados los surcos en el polvo. Todos los espectros miraban con indignacion, y con silencio, sin dar señal de condolerse de aquel tormento sanguinario. Yo lo miré perplexo hasta que desapareció de mi vista. Sabe, proseguia Tulio, que aquel que va en el asiento es Tarquino, el orgulloso tirano: mírale cuan abatido lleva su soverbio orgullo, que

parece, como lo es, reo conducido al suplicio. El mira la mal adquirida corona, pues que es bañada de sangre doméstica, y obtenida con el parricidio. Aquella arrastrada detras de la carroza es Tulia su atroz consorte, que para reynar mató á su primer marido, é induxo á este segundo á asesinar á su padre; y despues con horrendo triunfo pasó con el carro sobre él, que era difunto en la via, á la qual ha quedado para siempre, como espero, el título de excelerada. Y si estos no han sufrido en vida la pena de tan enorme delito, la sufren aqui perpetua y desmedida. Tiemblen tambien los malvados sobre el trono de diamantes. Ninguno, venturoso en los efectos de sus criminales obras, espere substraerse á los celestes rigores; y si estos no fueran grandes, espantosos, y cier-

tos, serian vanas las excelsas virtudes, mendaces las altas doctrinas, falsa la ingénita voz de los internos remordimientos, desesperada la inocencia, y glorioso el triunfo de la iniquidad. Por tanto no habrá alguno en este vuestro mundo que se regocije de la impunidad de los ilustres delitos; porque á u estólida alegria suceden perpetuas angustias. Yo permanecia inmediato á él admirando aquellas claras sentencias, y escuchándolas sumiso. Tulio declamando: ¡me parece verlo! recogia con la izquierda el extremo de la toga, y apoyaba la diestra en mi hombro con actitud paternal; pero ningun peso sentí de ella. Ya el canto del gallo se oia en las cabañas, y desmayaban las estrellas vencidas de la aurora. Las ráfagas de nubes hacia el oriente, ya teñido del rosa-

do resplandor, anunciaba al mundo el retorno del astro recreador. Las yerbas, las plantas, y los paxarillos parecian desearlo, y al contrario los espectros evitaban su luz, por lo que apenas las tinieblas se desvanecieron, desapareció, en menos que lo digo, tanta multitud. La campiña quedó desierta, y muda, y mi pecho agitado de tumultuosa maravilla.

FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE

DEL TOMO QUINTO,

PARTE SEGUNDA.

Sobre las ruinas de la antigua magnificencia.

NOCHE QUINTA.

Coloquio tercero.

Coloquio cuarto.

Coloquio quinto.

Coloquio sesto.

LAS NOCHES ROMANAS

EN EL SEPULCRO

DE LOS ESCIPIONES.

PARTE SEGUNDA.

TOMO SESTO.

Traducidas del idioma italiano por el Licenciado Don Francisco Rodriguez de Ledesma.



MADRID:
IMPRENTA DE ESPINOSA.
1821.

NOCHE SESTA.

COLOQUIO PRIMERO.

En el teatro de Marcelo, donde se razona de las diversas moradas de los cielos, y en la via Flaminia, donde Bruto se indigna al ver la inscripcion del Obelisco de ella.

No debe á la verdad preguntarse si la noche siguiente yo fui solícito de volver á ver las portentosas imágenes, y de razonar con ellas. Mi mente estaba tan ocupada de aquellos entretenimientos, que ya no me parecia vivir en esta edad entre los mios, sino en aquella con los difuntos. De aqui es que tal era la sensacion de dulzura que

me llevaba á los deseados colo
quios, que viendo en el dia la
cosas de esta vida, y escuchand
la voz de los hombres que al pre
sente existen, juzgaba soñar, y a
contrario estar despierto solament
cuando tornaba á gustar de aquellos
increibles razonamientos. Andan
do en busca de ellos, apenas e
velo de la noche se extendió po
el aire, me coloqué en el lug
donde al alba antecedente se ha
bian desvanecido las aparicione
El silencio y el sueño ocupaban l
tierra, y yo despierto miraba á to
das partes, no sin palpitar, por
ansia que sufria de que las últimas
voces oidas no fuesen las postreras
Cuando he aqui que para mi con
suelo salieron de la tierra con
niebla exalada de los humedecid
campos, aquellas imágenes, y e
breve se difundieron por el espacio
que hay entre el Circo Máxim

márgenes del rio. Adelantándose ellas admiraban aun al presente elevarse en la rivera del rio el templo de Vesta, y aquel de la Fortuna Viril, obras de los antiguos Reyes, de las que aparecian las marmoreas columnas, aunque envueltas en edificios posteriores. Asi mismo observaban con silencio respetuoso cerca de aquellos delubros los restos admirables de la Cloaca Máxima, obra del Rey Tarquino denominado el soverbio por su orgullosa tiranía, pero loablemente tan suntuoso en los edificios, que su magnificencia jamás fue excedida en los siglos posteriores. Mas caminando por la via que conduce al centro de la ciudad, llegamos á las magestùosas ruinas del teatro de Marcelo. Alli los espectros manifestaron inmediatamente con sus gemidos cuanta pérdida habia sufrido el imperio

por la llorada muerte de aquel ex
celente jóven; puesto que de las
adultas virtudes que él manifesta
ba, debian esperar los Romano
efectos preciosos de virilidad, p
los cuales esta patria, largamen
regada con su sangre, fuese al f
limpia de ella, mediante el plác
do imperio de un ciudadano cor
nado. Yo para mostrarme notic
so de la antigua causa de aquell
suspiros, colocándome en medio
las dolientes turbas, hablé de e
manera. Mirad lo que ha queda
desde que la luz del sol ilum
veces innumerables este monume
to. La indómita fortuna ha cam
biado el aspecto del mundo tod
y sin embargo veis que se pue
reconocer por vosotros el mag
tuoso teatro, que conserva tamb
el nombre del jóven Marce
vuestra dulce esperanza. Mirad t
davia alguna señal del contig

pórtico de su madre Octavia, hermana de Augusto, el cual no tuvo jamás libre el ánimo de tristeza, y acaso no lo tiene desde la muerte de tan amado sobrino. No solamente nos restan estas memorias de insensible materia, sino que no ha podido el tiempo ultrajar el divino poema, en el cual se deplora el imaturo fin del inmortal jóven. En el corazon de cada uno, que no sea enemigo de las musas, están impresos todavia aquellos inestimables y piadosos versos, conque el celeste Virgilio le cantó con metro lastimero. Con mucha razon la madre al oirlos declamar por el poeta murió de angustia mortal, pues que el estilo sobre humano podia no solo mover el dedicado sentimiento de materna benevolencia, sino inspirarla en los mas bárbaros pechos. ¡Oh incomparable artífice de eter-

nos poemas, y maestro de armonía maravillosa! Si puede serte grata esta voz mortal, que ahora te alaba, y te invoca sínceramente, muéstrate, yo te lo suplico, y haz que pueda alabarme entre los hombres de haberte visto.

Mientras yo asi decia, Tulio me interrumpió: estas súplicas, vanamente esparcidas por el cielo, penetrando el aura, no llegan á aquel espíritu sublime; porque las almas de aquellos, que arrebatados en esta vida mortal de violencia divina á la música de los poemas agitaron la mente de los demas con las terribles imágenes de la suya propia, infundieron en los otros corazones la llama encendida en el suyo, humedecieron los ojos de los hombres, excitando en el pecho las victoriosas conmociones, y siguen aun en esta vida posterior los mismos impulsos hacia

aquellas suaves consonancias. De aqui es que cuando ellos fueron en el mundo inferior excelentes en el canto heroyco, despues que la muerte los libertó de los miembros, son mucho mas arrastrados del ingenioso ímpetu á la celestial armonía de las esferas. Escuchan aquella, giran en torno de ella, se engolfan, y se deleytan insaciablemente. El cisne no se sumerge tan alegre dentro de los estanques en los dias ardientes, ni el delfin tan festivo retoza en la mar serena. Por tanto se espacia en las estancias mas excelsas de aquellas incomprehensibles dulzuras el elevado cantor del indignado Aquiles. El épico Mantuano, no tanto imitador, cuanto émulo suyo, le sigue de cerca, seguro igualmente de perpetua fama. Van en seguimiento de estas dos almas ilustres, las otras tambien de los sublimes

cantores, que segun la índole de sus metros giran en esferas diversas, ansiosos de aquella armonía que es conveniente al sentido propio. Pero, dixe yo no sin admiracion, ¿y por qué tú aun entre todos ilustre escritor no te elevas á aquellas esferas deliciosas? Tulio me respondió: semejante armonía es deseada especialmente de aquellos que pasaron toda su vida en la suavidad de poemas; y asi es que en aquellas estancias armoniosas están de continuo como en su propio elemento. Aquellos ademas, que mezclaron á la dulzura del canto tambien especulaciones filosóficas, estos no siempre se complacen de aquella armonía, sino que á veces desean el silencio celeste, en el cual gusta el entendimiento de altas contemplaciones; y asi es que vistes ya muchas veces con nosotros á nuestro alegre Ora-

cio. Pero las almas de aquellos que se entregaron en vida singularmente á las meditaciones de lo verdadero, desean espaciarse en otros cielos maravillosos. Alli brilla por todas partes inmensa luz de ciencia infinita: alli hay pensamientos tan elevados como incomprehensibles á vosotros; y alli son superiores los límites del entendimiento, y los espaciosos campos de la verdad. El ingenio mas sublime de los hombres, el mas admirable por su doctrina en esta vida mortal, es en parangon del que se desata de la carga de los miembros tardo, estúpido idiota. No pueden vuestras palabras mas claras, y mas excelsas, no solo sombrear, pero ni describir las admirables delicias de las incorporeas especulaciones. Y aun yo que en el mundo tuve la gloria de la facundia, no puedo con artificio de palabras expresar cosa nin-

guna de los celestes secretos, en cuya presencia es muda toda humana elocuencia. Bien sabes cuantas molestias, vigílias y estudios se soportan en la vida caduca para investigar el seno de la naturaleza, y descubrir aquello que sea verdadero en las tradiciones, y adornar la memoria con el recuerdo de varias doctrinas, de donde se suministren meditaciones al entendimiento, y razonamientos á la lengua. Tambien sabes cuanto es el deseo que tenemos dentro de nosotros de pasar aquel aborrecido valle, que se opone á la consecucion de lo verdadero, y cuanta sea la alegria al satisfacernos en estas ansiedades intelectuales. Así es que tú puedes de una manera imperfecta entender que deleyte guste la mente, libre del velo material, espaciándose por la inmensa luz de verdades, y satisfaciendo todos los

infinitos deseos de ciencia, por diversos y grandes que sean, sin producir en ella ninguna saciedad un pasto siempre nuevo, siempre delicioso, y siempre buscado por ella ansiosamente. Suspendió Tulio su razonamiento, que se perdia para siempre en la sublime elevacion. Permaneció en silencio con los ojos fijados en el cielo y semblante contemplativo. Pero despues de alguna pausa parecia que su mente descendia de los sublimes pensamientos; y así acomodándose al humano discurso, me preguntaba de qué manera habia sucedido que aquel espléndido teatro se trasformase en disforme cabaña. En él reconocia todavia los arcos de las marmóreas columnas, y los pórticos espaciosos convertidos en oficinas y tabernas, uso no conveniente á los restos de tanta magnificencia. Yo, como no muy capaz

para satisfacer á aquellas quejas, solo añadí moderadamente: esta habitacion estensa que ves, está fundada sobre las ruinas del teatro, y ellas fueron tales que acumularon un monte. En su seno permanecen sepultadas las reliquias del edificio, ilesas del tiempo, y convertidas en profundas celdas, en las cuales reynan por muchos siglos las sombras de la noche. Sobre este collado de vastas ruinas fue levantado tambien con ellas por un ilustre Patricio, despues de largos años, este espacioso y escuro palacio; y así un monumento tan magnífico, convertido despues de las injurias de tantas fortunas en habitacion de poderosa familia, aun conserva alguna de su antigua dignidad, y en cuanto permite el hado no se ve desierto, y sin decoro.

Hablando así me separé de aquel

monumento, pues que yo sabia por mi mismo cuan grata y viva era en la multitud la memoria del ilustre jóven, y que mi razonamiento en presencia de su teatro, reducido á aquella triste forma, no tenia autoridad. Por otra parte temia apareciese el amado espectro, cuya vista podia escitar repentino tumulto entre las dolientes sombras; y así es que aprovechándome de su ligereza en seguirme, decliné á la derecha hacia la via Lata, y despues me introduje en la Flaminia. A la diestra de ella buscaban en vano sobre el collado, que la sobrepuja, los amenos jardines de Luculo, y así fue que algunas sombras plebeyas comenzaban ya á murmurar sus acostumbradas quejas. Yo, pues, para contenerlas prorrumpí subitamente: mucho mejor deberiais mostraros alegres de que no exista ya señal de aquellas

magnificencias ignominiosas; mediante que el vencedor de Mitrídates y de Tigranes gastó aquí la cobarde vejez en disolutos ocios, y aquí se obscureció como que habia tocado su gloria al ocaso Calmada la multitud con estas mis razones, se volvió á contemplar los dos Obeliscos que al presente adornan aquella via, uno á la izquierda y otro á su estrema parte hacia la puerta de la ciudad. Facilmente conocieron ser uno de ellos el erigido por Augusto en el campo Marcio, y el otro tambien por el mismo en el circo Máximo, pues que en ambos permanece esculpida aquella orgullosa sentencia, que habiendo el Emperador Augusto, hijo del divino Cesar, reducido el Egipto al poder del pueblo Romano, ofreció al sol aquellos monumentos. Yo me sentia alegre en aquella via, especialmente cuando llegamos á

la puerta. Esperaba que los espectros deberian alabar á sus antepasados, que habian erigido en lugar tan conveniente aquella mole magestuosa, y abierto alli tres vias muy espaciosas y espléndidas. A tal ingreso magnífico corresponde la grave arquitectura de la puerta Urbana, y de prospecto dos templos semejantes determinan cómodamente aquellas tres vias. Por tanto me parecia tan adornado alli el lugar, que no debiesen desear las discretas sombras el antiguo decoro. Y en verdad yo vi á los espectros contemplar con tanta admiracion aquellos edificios, que me persuadí de que no era vana esta mi conjetura. Ellos se reunian especialmente en torno del Obelisco, y leían en él su antigua inscripcion. Algunos mostraban tal contento al ver aquel monumento triunfal de Egipto que yo creo fue-

sen las almas de los guerreros muertos, ó que intervinieron en aquella empresa. El aspecto fiero, las ropas militares, las armaduras, el porte marcial, el ansia de leer aquellas magníficas palabras, y el razonar entre sí daban patentes señales de ello.

Cuando he aqui que se detuvo con enojado semblante el severo Bruto, y fijadas las pupilas en aquella inscripcion manifestaba bien no alegrarse de verla, y sí abiertamente despreciarla. El callaba inmovil, y atormentado entre el tumulto de la plebeya alegria. Tulio le miraba como esperando de él graves palabras; y despues acercándose le preguntó: ¡oh generoso talento; ¿qué alta y libre sentencia es la que ahora nos ocultas? Habla; bien sabes que en esta patria fueron comunes entre nosotros los estudios, y los afectos del ánimo; y

que cuando era perniciosa la verdad osamos pronunciarla. Ahora que el poder de los tiranos, ó la maldad de la fortuna no prevalece mas contra nosotros, ¿por qué refrenas los ímpetus nobles de tu elocuencia? Y aquel volviéndose á él, despues que aun estuvo un tanto en silencio, respondió: ahora que el hablar no aprobecha, y no tiene consigo peligros generosos seria vana y cobarde toda sentencia; pero las palabras aqui gravadas requieren algunas de las mias. ¡Oh marmol ostentoso, cuanto declaras la insuficiencia de mis golpes! ¡He aqui confundido el tirano, levantarse el hijo mas soverbio que él, y abscribirle entre los dioses! Arrastrado hasta el delirio por esta impia ostentacion, erige al inmenso planeta un trozo de las egipcias rocas, arrancadas por la fatiga de muchos esclavos. Y á la verdad es

increible locura que un mortal, habitante de este globo opaco, frio y tenebroso, ofrezca con tanta soverbia un átomo de mármol á aquel occeano de luz. La pupila humana no puede sufrir por un momento los rayos, aunque separada por un intérvalo inmenso, y su magnitud y distancia fatiga nuestros discursos Sin él falta el movimiento, la vida y la vegetacion, y en su comparacion toda la tierra, sus imperios, y los fastos de la gloria humana son vagatelas risibles de la fortuna. Mas ¿á qué propósito esta memoria ostentosa? Para la ruina de un ilustre y antiguo imperio, al cual ni la inocencia, ni la justicia, ni el interpuesto mar sirvieron á preserbarlo de nuestra opresion. Conoce ahora cuanto el sumo poder de absoluto imperio relaje todo freno hacia el orgullo, que un mortal, olvidado de su caduci-

dad, sueñe descender de celestes progenitores; y ademas émulo de los astros, presuma hacerles ofrendas, no ya con reverentes palabras, sino con liberalidad ostentosa. He aqui que resisten á la fortuna los trofeos de la tiranía, y erguida la orgullosa frente, parecen amenazar á los hombres, aterrarlos y sentenciarlos á perpetua servidumbre. ¿Por qué no se han colocado aqui los puñales con los cuales fue herido César por nosotros, y se conservan para eemplo formidable? El espectro airado dijo con voz terrible estas palabras, y desapareció como indignado de estar delante de aquel monumento. Tulio permanecia triste en silencio, y volviéndose despues á mí esclamo: ¡ah qué desgracia que haya sido infructuosa la admirable fortaleza de este! Mas tú entretanto puedes decir á los Romanos, que vistes á Bru-

to estremecerse indignado á la presencia de estos mármoles, los cuales apellidan vilmente divino al triste dictador.

COLOQUIO SEGUNDO.

En el Panteon.

Las sentencias imperiosas de Bruto mudaron en silencio humilde la alegre algaravia de las sombras congregadas; y asi fue que taciturnas se volvieron por la misma via Flaminia. Pero muy pronto el confuso sonido de sus diversas voces comenzó á agitar el aura, quando observaron los desmedidos y suntuosos palacios, que se elevan á los costados de ella, en verdad mucho mas vastos y soverbios que las habitaciones de los Camilos y Escipiones. Y pasada la mitad de la via no se saciaban de contemplar la columna, vencedora del tiempo, en la que se ven esculpidas las afortunadas empresas de Marco Aurelio Emperador. En va-

no la ha herido el rayo muchas ve-
ces, pues así como ella habia re-
sistido á la ira de los bárbaros, de
mismo modo se elevaba magestuo-
sa contra aquella del cielo. Ell
sola entre todos los monumento
permanece todavia en el antigu
suelo en que fue colocada, com
lo testifica su base en ningun
parte destruida. De aqui es que
los espectros se complacian verda-
deramente en espaciarse sobre su
tierra. Despues yo me introduje en
la ciudad hacia las magníficas rui-
nas de la Basílica de Antonino
Convertida al presente en morada
de publicanos, y llenas de mer
cancias todas las estancias, parec
estraño y triste ludibrio de fortuna
El aspecto magestuoso del atrio
en el cual aun ahora permanece
las columnas de griego estilo, de
cian las turbas que mal correspon-
dian á la bajeza de aquel destino

Crecia la murmuracion de la multitud locuaz, y por esta causa decliné hacia la diestra encaminándome al proximo delubro de las termas de M. Agripa, y al verlas, yo esperé se moderasen tantas quejas.

Como cuando de improviso llega al puerto, una nave que se creia haber naufragado ha largo tiempo en lejanos mares, corren las gentes deseosas de volverla á ver, así las sombras se reunian cuando apareció aquel ilustre monumento. Despues permanecieron inmóviles, y tácitas contemplándolo, y en este silencio se manifestaba la estrema admiracion de que eran ocupadas. Las tinieblas de la noche producian magestuosa melancolía en el espacioso vestíbulo del templo; y el venerable aspecto de las Egipcias columnas, el nombre ilustre de Agripa, esculpido al frente del

atrio, el color obscuro de sus paredes, que comprueban el vapor del antiguo incienso, y del humo de las víctimas abrasadas, ocupaban la mente de severas contemplaciones. Parece que suena todavia entre las preciosas columnas el mugido de los toros conducidos al ara; y la magestad del lugar escita tanto en el ánimo el recuerdo de aquellos espléndidos ritos, que parecen presentes. Yacian algunos plebeyos en el augusto pórtico, los cuales se refugiaban contaminados de sangre humana en aquellos puros humbrales, donde no alcanzan los golpes de la vengadora justicia. Sumergidos en plácido sueño, y olvidados de sus delitos, gozaban la tranquilidad de la serena inocencia. Mas ya comenzaban las tristes consideraciones; y así es que oia dolerse algunos espectros, porque no veian el precioso bronce,

cual estaban cubiertas las traves del portico, y toda la convexidad superior del templo resplandecia. Ahora les parecian mísero techo para tan augusto edificio las planchas de plomo colocadas en su lugar por de fuera. En lo interior despues del vestíbulo, las traves, así privadas de ornamento, les parecian una obscura cabaña rústica. Ya no se veian en el pórtico los simulacros, tampoco sus metálicas impostas en el templo, las cuales ahora eran manifiestamente diversas, y menos preciosas que las antiguas. Y en verdad yo sabia que Genserico Rey de los bandalos las habia saqueado, y que despues naufragaron al pasar al Africa en el mar de Sicilia; cuya histórica tradicion yo callé, por no dar nuevo alimento á aquella amarga tristeza. Ni tampoco manifesté de que manera y á que efecto hubiesen sido

arrancados los inestimables bronces, porque no esperaba poderles presentar justificaciones satisfactorias. Cuidé por tanto de que las turbas entrasen en el templo, que hallándose hasta ahora tan ileso les produciría admiraciones de consuelo. No fue falaz esta mi lisonja, porque cuando ellas vieron conservada en todas sus partes la sacra mole entre tantas ruinas, y todavia luciendo las marmóreas columnas con su antiguo esplendor, apareció en el semblante de cada uno alegria manifiesta. Yo solo permanecia triste, considerando la anchurosa vóbeda, que, teñida poco antes del antiguo vapor de los sacrificios, producia una piadosa contemplacion; pero que ahora vestida de cándido color, habia perdido, como matrona adornada delicadamente, su porte decoroso. Pero los Romanos estaban tan alegres

de encontrarse, despues de la vuelta de tantos siglos y de tantas fortunas, en aquel su celebrado templo, que no fijaban la atencion en este mi doloroso pensamiento. Al contrario, estaban ocupados en comparar las costumbres presentes con aquellas del primitivo estado, y la mas notable de ellas les pareció ser el nuevo ornamento de las imágenes de los hombres ilustres modernos, colocadas por todo el diámetro de las interiores paredes del templo. Ya se manifestában ansiosos de que yo les hablase de ello, y verificado un espontáneo silencio, pedian con los ojos, fijados en mí, palabras convenientes á aquella espectacion. Yo estaba todavia callando, disponiendo los pensamíentos para el proximo discurso; pero Tulio me sacó de este cuidado con su autoridad, preguntándome de este modo: ¿quién es

este que lleva el magnánimo nom-
bre de Camilo? Y yo le respondí:
él como escultor decoró esta ciu-
dad con sus obras, y aqui existe
este simulacro en señal de su fama.
He aqui tambien otro esclarecido
artífice por los cuadros maravillo-
sos que produjo su pincel, y el
cual tuvo el nombre tremendo del
vuestro implacable émulo cartagi-
nense. Aunque él se llamó Anni-
bal no debes mirarle con enojo.
pues que su arte fue mas bien ene-
miga de las armas, como todas
las mansuetas disciplinas. Mira cer-
ca de él á este nombrado Rafael
en quien reunió la naturaleza pro-
diga tanta copia de dones que por
él resucito el arte y la gloria de los
pintores griegos, y es muerta to-
da esperanza de poderlo esceder
jamas. La naturaleza temió ser ven-
cida mientras él vivió, y morir
con él. He aqui otro que lleva el

nombre de Flaminio, ilustre entre vosotros, y tambien escultor: este no distante que tiene el nombre del triumbiro Antonio, es Partenopeo ciudadano maravilloso, intentor del canto heróico, y celebrado por todas las naciones. Vuelve ahora la vista á esta imágen de un claro compositor nuestro de consonancias deliciosas sobre la moderna lira, el cual tiene aqui tambien monumento por la dulzura de su plectro. Mira alli mas alto un Romano, que partió de esta vida ha poco tiempo, y el cual en lengua griega se llama transformado, porque de humilde fortuna subió á altísimo decoro. La única suavidad de sus versos, émulos de músicos conciertos, le hizo conseguir admiracion, no obtenida por otro, tanto de los grandes, como igualmente del vulgo y de los sabios. Mira en sus facciones inspirar aquel

mismo efecto de que están abrasadas sus obras. Vivirán eternamente, á no perderse en el mundo toda grata disciplina; pues que si vuestro idioma se difundió con el terror de las armas, el nuestro penetra en los corazones con los encantos de su metro. Mira aquellos que en tus tiempos fueron bárbaros, ahora celebrados aqui por el gran talento en la pintura. Este, que tambien se llama Rafael, procuró elevarse á la gloria de nombre tan grande; y en esta vuestra patria, convertida al presente en escuela universal de las nobles artes, emulando á los mas ilustres pintores, dejó obras sobre las cuales no estenderá el tiempo las sombras del olvido. Aquel que ves alli nació en la Galia, en vuestros tiempos feroz; y su pincel maravilloso fue rival de los primeros, y de ninguno segundo. En fin todos estos si-

mulacros son de hombres famosos en letras, en disciplina, y en estudios liberales; y por esto aquella gloria que entre vosotros era concedida solamente al acero destructor, nosotros las reservamos á las gratas obras de artífices inocentes. No erigimos á mortiferos heroes imágenes dentro de los pacíficos templos, sino á aquellos ingenios celestes, que con suaves prestigios templaron la ferocidad de costumbres, y las hacen delicadas. Ellos con dulces atractivos, penetrando en el pecho de los mortales, estrechan los vínculos de la social benevolencia.

En verdad, prorrumpió Marco Bruto, mostrándose de repente, es preciso que vuestras artes sean delicadas por ociosa cobardía, pues que ningun simulacro erigisteis á ciudadano ilustre por la defensa de los imperios, Por tanto, ó no

amarga añadió: alabo este cuidado por las ciencias y las artes; pero repruebo que ese sea el único entre vosotros. Yo estoy seguro, sin muchas consideraciones, de que un imperio en el cual no se escucha otra fama que la de estos monumentos, es ludibrio de la fortuna; y así es que si estais vosotros contentos de éstos ocios que os esponen á ser presa de los ultrages de los poderosos ofensores, cierto que gozais un contento no envidiable. Yo comenzaba á responder á aquellas severas palabras, y estaban prontos en mi entendimiento argumentos convenientes para impugnarlas; pero la áspera sombra, despues que puso fin á su discurso, me fijaba miradas de desprecio, mostrando mas y mas su antigua impaciencia de toda doctrina apta para humilde sumision. Dejóme despues sin embargo que yo hablase,

Pero como si todos mis dichos no fuesen para él mas que aura agitada vanamente. Si no hay cosa ninguna que inflame tanto la facundia como un benigno oyente, tambien ninguna otra la estingue como una audiencia negligente y desdeñosa ; y por esta razon yo callé, y sali del templo con tristes pensamientos.

COLOQUIO TERCERO.

Nuevos lamentos de las sombras en varias partes de la ciudad, y fuertes sentencias de Marco Bruto.

Las fieras palabras, aunque de hombre tan grande como Marco Bruto, habian sin embargo producido en mi ánimo un fastidioso descontento; pero su orgulloso silencio me cubrió el pecho de amarguísima afliccion. Ni alcanzaba á templarla la admiracion ya impresa profundamente en mi corazon hacia aquella antigua magnanimidad. De aqui es que estando tan ocupado el pensamiento, no guiaba mis pasos, los cuales eran movidos de un impulso involuntario. Cuando he aqui que en breve me hallé en el campo de Flora, donde en otro tiempo des-

collaba el magnífico teatro de Pompeyo y su curia. ¡ Ay de mí, qué mal hice en llegar á aquel lugar, habiéndome sido hasta ahora molesto el orgullo de Marco Bruto ! Puntualmente en aquella curia, él con sus conjurados, habia traspasado al dictador. Un soverbio palacio de moderno patricio descansa sobre las ruinas de aquel teatro, las cuales aparecen todavia en las celdas subteraneas, y tabernas esteriores. No lejos de él y de frente se ve otro palacio magestuoso por los despojos del anfiteatro de Flavio, y su pórtico interior es espléndido por las columnas usurpadas á esta curia de Pompeyo. Al costado y hacia el rio se levanta tambien vecino otro vasto palacio, construido con los despojos de aquel mismo anfiteatro, de cuyo seno lacerado salieron tantos edificios, que dominan-

do orgullosos, insultan la antigüa madre de las presentes grandezas. La vista de estos objetos me movió á considerar con tácitos pensamientos como sobre la roca Tarpeya se erigia aun ahora la morada de patricia gente; como otra sobre el teatro de Marcelo, formada de sus ruinas, otra sobre aquella del sepulcro de Augusto, y otras sobre los Termas de Costantino, sobre el teatro de Balvo, y sobre el alcazar de Domiciano. Ni traslucieron tales consideraciones aquellos sagaces entendimientos, los cuales, penetrando mucho antes que yo aquellas trasformaciones, se dolian ya de que sus descendientes viviesen con espléndido ocio sobre el no apreciado resto de los mas ilustres monumentos. No podian consolarse al ver que ellos, en vez de respetar aquellas memorias, al menos por in-

genita curiosidad, las habian transfigurado como por ultraje plebeyo. Y como si ademas faltase ahora aquello de que es pródiga la naturaleza en los montes vecinos, á saber, la piedra y cal, no solo despojaban de estas á la antiguedad, sino que con manifiesta injuria de ella erigian suntuosos palacios sobre abatidas ruinas, como vencedor que oprime con el pie al émulo abatido. Por lo que ninguna otra señal de victoria insultante allí faltaba, sino que sonase en los escelsos techos la trompa triunfal.

Estas eran las sentencias que las turbas declamaban murmurando con tumulto. Marco Bruto se paseaba pensativo por aquel sitio, en el cual habia ejecutado la empresa memorable. Tulio tambien lo contemplaba, y profería asímismo ciertas memorables palabras sobre el amor de la patria, y de la incertidumbre

de las humanas opiniones en el juicio de estraordinarias operaciones. Pero cuando Bruto vió dentro del aula de un palacio vecino levantarse aun ahora la estatua de Pompeyo, la misma delante de la cual habia abatido al dictador con mortal acero, quedó inmoble mirándola, y despues de una profunda breve pausa prorrumpió: ¡oh verdaderamente magno! ¿Luego en vano manché esta tu imágen con sangre tan ilustre, y en vano vencí la filial benevolencia, empuñé el hierro, cerré los ojos y lo clavé en el corazon paterno, sin producir ningun efecto conveniente á tan escelsa deliberacion? Dijo Tulio: no te lamentes, porque las grandes empresas no se deben juzgar por los efectos, sino por las causas; y así es que sino fue tu obra feliz en el suceso, fue sin embargo ejemplo admirable y tremendo, que jamás

se obscurcerá en los abismos del tiempo. Mientras ellos razonaban sobre aquella misma tierra, en la cual corrió ya la esclarecida sangre de las veinte y tres heridas, yo consideraba cuan inciertos fuesen hasta ahora los juicios en tan admirada empresa, hallándose mezclada en ella materia de vituperio y de alabanza, como mezclado el amor de la patria á la traicion. Y permaneciendo yo perplexo en estos pensamientos, fui llevado por la multitud hacia el rio. Entré en el puente, y los espectros como vapores se detuvieron donde les agradó á contemplar la isla todavia existente enmedio de su corriente. Referian alegres como se habian reunido allí las mieses de los campos del sovervio Tarquino, devastadas por el pueblo, y arrojadas al rio; y como despues, creciendo aquella masa con la reunion de las arenas,

se levantase aquella isla consagrada á Esculapio, gran patrono de vida dilatada. Por tanto miraban todavia con libre contento aquella antigua señal del odio contra los tiranos, y despues pasaron á la region opuesta transtiberina, donde, declinando á la izquierda á lo largo del rio, llegaron á aquella ribera, contra la cual se levanta el monte Aventino. En medio del alveo se sumergen las ruinas del puente Súblicio. ¡Oh Tiber, ó collados circunstantes, que aun resonais con los gritos festivos por aquella celebrada empresa! Allí el Coclito. Oracio, descendiente del otro, vencedor de los trigéminos, y heredero de este valor, se opuso al ímpetu de los Etruscos.

El reflexo de la luna temblaba en las olas encrespadas por el viento. Vi pasearse por aquella márgen á un espectro entre todos presun-

tuoso y armado, que miraba en torno, y se distinguia tambien en que era privado de un ojo. Tal era el coclito segun las tradiciones, y por esto yo conjeturé que sería él. Ya los romanos con cuchicheo confuso alavaban aquel combate generoso, cuando he aqui que salió de un incógnito y soverbio espetro esta voz: si fue digna aquella empresa, estas que yo contaré fueron mejores; pues que de este mismo puente cayeron, arrojados mucho despues para escarnio del Tiber dos tiranos que desclaban este imperio, el uno llamado Eliogabalo, y el otro Cómodo, emperadores; y resonaron las riberas con libres aplausos por tal sentencia. Despues algunos referian que por aquel vado habia pasado el rio la animosa jóven Clelia, rehen infiel, pero alavado, porque superó á su sexo; y otros que sobre aquella misma ri-

bera, acompañando al rey Porsena, habian presenciado el esperimento de Mucio, que con el fuego del ara habia castigado la diestra de su error, y despreciado con orgullo la ira del rey. Escitando la presencia de los lugares á cada paso el deseo, y la memoria de sus antiguas costumbres, las turbas se dirigieron en busca de la via triunfal y de su puente. De la una ni aun vestigios encontraron, y de la otra algunos dentro del alveo del rio. Pero no lejos de estos observaron el puente Elio, aun ahora magestuoso y en su prospecto la soverbia tumba, ahora convertida en militar fortaleza. Al principio observaron silencio por la reverencia que les causaba la vista del suntuoso monumento, y despues quisieron saber de mí quien habia sido aquel Adriano y en que tiempo. Y yo referí sus orgullosas violencias y

ignominiosas costumbres. Al Marco Bruto este discurso comenzó á hablar gravemente, tomando su estilo severo: angosta y rustica tumba bastó sin embargo á nuestros progenitores, tan grandes en las obras como modestos en juicio de ellas mismas. No desearon trasmitir á los descendientes mas remotos otro monumento ilustre sino la fama; pues que la sola virtud resiste á las vicisitudes de la fortuna, y el tiempo iguala las moles soverbias á las humildes cabañas. ¿Donde existen ahora en tan vasto monumento las pocas cenizas del soverbio emperador? ¡Oh vosotros, poderosos ciegos, tan ansiosos de aplausos, cuanto mas escasos eran vuestros méritos! ¡en vano cubristes la ceniza de la hoguera con espléndidos mausoleos, como si intentaseis tambien ser tiranos imperiosos de la muerte! El

tiempo indomable ultrajó las grandes masas como vuestros vicios, y dejó la memoria de estos. Un apacible silencio de la multitud manifestaba la comun aprobacion.

COLOQUIO CUARTO.

En el templo Vaticano, donde una sombra desdeñosa hace una digresion sobre la presente forma de la ciudad.

La presencia de las estensas ruinas del mausoleo, y las respetables palabras de Marco eran doble motivo de silencio reverente en la multitud; por lo que algunos permanecian callando, fijada la vista en Marco y otros hacia el monumento. Pero en breve la vasta mole del vecino templo Vaticano, de tal modo hirió los ojos y los entendimientos, que llamó todos sus pensamientos á aquella parte; y así fue que como arrastrados de objeto prepotente, se encaminaron murmurando como vagio del mar en señal de admiracion. Mas luego

que lo contemplaron de cerca, cesó aquel susurro de varias palabras, y permanecieron las sombras taciturnas y estáticas mirándolo. Despues reconocieron algunas los collados circunvecinos, sagrados por los vaticinios, de los cuales tomaron el nombre; y otras, aunque el lugar estaba tan alterado en el aspecto, registraron alli todavia el valle Vaticano, donde estaba el circo de Calígula, y el jardin de Neron, nombres eternamente funestos. Algunas reconocian el campo triunfal, donde se preparaba aquella pompa soverbia, y el lugar donde se señoreaban los templos magestuosos de Apolo y de Marte, númenes ambos propicios á los romanos. Y pues que hacian memoria de los monumentos devorados por el tiempo, no hay para que preguntar si reconocieron aquellos reservados de sus ultrajes. Así es

que facilmente divisaron el escelso obelisco, el cual se eleva ahora en medio del area espaciosa del pórtico, como aquel mismo mandado erigir por Calígula en su circo Vaticano. ¡Asombrosa señal de los caprichos de la fortuna! Esta mole marmórea, erigida ya muchos siglos antes por el rey Niconoreo en Eliopolis, y colocada por el fausto de Calígula en el valle Vaticano, y abatida por los bárbaros tres siglos despues, quedó olvidada mas de otros doce, hasta que en el décimo sesto fue de nuevo levantada á la luz del cielo. Seguramente no temieron los reyes de Egipto que aquellos desmesurados monumentos no permaneciesen perpétuos en su imperio, ni jamas les vino al pensamiento que un pueblo remoto, no contento con robar toda riqueza movible y llenar de oro, de pedrería y alhajas, las naves con

peligro de sumergirse por su carga, transportase tambien á remotas playas aquellas moles, arrancadas de los montes con fatigas, y erigidas con industria infinita. Así la increible rapacidad de los romanos confió al mar un peso nunca por él sufrido antes. Aun despues de increibles trastornos existe solo este obelisco entre todos ileso, y por esta razon consideraban los espectros con grande admiracion, que tal permaneciese despues de la ruina de tantos imperios.

Pero ya de este monumento distraia las miradas el pórtico espacioso de mas de trescientas columnas, el cual, estendiendo los dos vastos brazos, parece acoger magestuosamente á quien se aproxima al templo. Por tanto concurrian las sombras al medio de aquel circuito, y anhelando lo contemplaban en silencio. Dos fuentes

arrojaban allí el agua al cielo por surtidores ruidosos ; y agitados por el ímpetu se convertian en lastimosas espumas, resplandecientes como la líquida plata. El cefiro nocturno sacudia las impelidas aguas como planta, y caian con varios remolinos en los inferiores receptáculos. Enmedio del silencio contemplativo callaban el cielo y la tierra, y solo murmuraban en el aire aquellas impelidas aguas. Ya las turbas se adelantaban ansiosas al inmenso templo, y entraron en él atropelladas como torrente reunido por tempestad del estio. Pero despues, contenidas de subita admiracion, se detuvieron á ver la desmesurada concavidad, abierta como profunda caberna en el medio del tremendo edificio. Difundiéronse despues por todas partes, y la principal y comun sentencia por ellos proferida sobre el adorno

interior, fue que en ella resplandecia una magnificencia suntuosa, mas bien que una magestad sencilla. Algunas de las sombras observaron á la siniestra parte de la entrada una concha de porfido, al presente mudada segun les parecia en una urna lustral. Reconocieron sabiamente ser aquella misma, con la cual fueron cubiertas las cenizas del emperador Adriano en su Mausoleo, examinado poco antes. Otras registraron en la escalera preciosa, al pie del Gianicolo, el monumento de Escipion el Africano. ¡Ay! esclamaron afligidas, ¡cuan vano es el deseo de perpetua alabanza! En esta patria para ti ilustre, así calla tu gloria, que los sucesores olvidados de ella, pisan con paso lento sobre tu sepulcro! Otras miraban entretanto la grande ara, en torno de la cual se elevan las columnas de bronce, escelsas y ma-

gestuosas, bajo la anchurosa vóbeda superior. Y aunque formadas con mas de ciento ochenta y seis mil libras de metal, usurpado al pórtico del panteon; sin embargo no escuché queja ninguna, pues que veian renacida una obra émula de la destruida magnificencia. Despues contemplaban otras, sin lastimarse, los dos monumentos al lado de la sublime silla, los arcos y las columnas de que están compuestos, con los mármoles del templo del sol en el Quirinal; pues que de aquellas magestuosas ruinas eran levantados tan espléndidos Mausoleos. Pero ya la multitud concurria al sepulcro de aquella reyna septentrional, que abdicó espontáneamente el cetro, y vivió en Roma en ocio liberal; ¡desengaño admirable de la magestad del trono, por el que vino á ser mas gloriosa en bajar de él, que

los usurpadores en subir! Despues se reunieron en el Mausoleo de aquella soberána de la Etruria, que donó su imperio á Roma. En él está esculpida la imágen de un emperador, postrado á los pies del Máximo Pontífice. Admiraban por tanto los espectros que esta su patria fuese todavia reverenciada por los reyes bárbaros, humillados á su imperio con nueva pompa, imitadora de la antigua triunfal. El esplendor de los mármoles en el pavimento, del oro en las anchurosas vóbedas, de la plata en las encendidas lámparas y los candeleros, la variada magnificencia de los esculpidos Mausoleos, de los simulacros y de las pinturas, ocupaban aquellos ingenios de admiracion increible. Al considerarlo yo me pareció ocasion conveniente de hablar de esta manera: mirad, ó Quirites, en se-

ñal de nuestra magnificencia tal delubro, que acaso no lo hubo igual en vuestros ostentosos siglos. Estimad, pues, vosotros si jamas hubo en alguno vuestro tanta amplitud, tanta magestad y tanto ornato. Ved asimismo el maravilloso panteon colocado aqui abajo atrevidamente por nosotros. Hablando así les indiqué la desmesurada entrada, no menos vasta que aquel.

Yo vi entonces delante de mí y de improviso una imágen de un hombre en edad avanzada, y mediócre de estatura, la cual moviendo la cabeza, daba á entender que no aprobaba mi sentencia. De aquí fue que yo añadí: ¿qué te desagrada? Y el me respondió: grande es esta obra, y casi increible, porque en ella prevalece cierta audacia nueva, é inaudita en los pasados siglos. Despues inclinó la fren-

te y calló, permaneciendo con los párpados medio abiertos en señal de reticencia displicente. Yo por tanto le estimulé á que manifestara su opinion cualquiera que fuese; y él, levantando lentamente las pupilas al cóncavo inmenso y sublime, prorrumpió: ¡ah! ¡qué vuestro imperio no sea como esta anchurosa concavidad! Y yo le pregunté, ¿por qué? Y él respondió: dos condiciones se requieren principalmente en los edificios; proporcion y solidez; aquella para recreo de la vista, y juntamente para conveniencia del fin á que se destinaron; y esta no solo para que sean duraderos, sino tambien para que ni al mirarlos por de fuera, ni al habitar dentro de ellos sea afligida la mente con el molesto pensamiento de alguna desastrosa ruina. Cuanto mas patente es ahora en esta mole la

primera condicion, otro tanto menos aparece la segunda; pues que se manifiestan en ella muchas hiendas y los vastos aros ferreos que la abrazan, son indicios odiosos de la temida ruina. Ellas aunque recientes condenan la solidez del edificio, sin ser ajitado de terremoto; mas apenas sea espuesto á tan graves peligros, será como gigante que amenaza caer por alguna enfermedad. Luego estimo que en vez de alabaros de tal osadia, por la cual creeis superarnos, debeis al contrario doleros, porque en esta vana emulacion venis á ser no solo inferiores, sino vituperados. Aunque me fuesen molestas aquellas mordaces palabras, no obstante, hallándose la vóbeda eminente en aquel estado que el espectro afirmaba, estimé el omitir la defensa. Mas para distraer sus ojos de aquel objeto, blanco

de sus reprehensiones, salí fuera de él á lo escampado, y dije: sombra sagaz, segun espero, juzgarás como laudable este pórtico esterior, mucho mas magestuoso que cualquiera atrio de vuestros delubros. Acaso será así, dijo él: mira no obstante las columnas de Marco Agripa, que no solo son gigantescas, sino de mármol precioso de Egipto; y así cuantas ruinas tú veas de los siglos anteriores, son columnas, basos, adornos, capiteles de mármoles peregrinos, y en grandes masas. En su lugar no veo aquì otra cosa que piedra Tiburtina, de la cual fueron construidos en nuestra edad los mas rudos edificios. Por tanto parece esta una magnificencia transfigurada, mas bien que verdadera; y todo cuanto fue magnánimo el repartimiento, lo fue otro tanto inferior la ejecucion. Si un noble

discurso no te ofende, esta es obra de un pueblo ya en decadencia, el cual intenta las empresas de sus poderosos, y espléndidos antepasados. Yo le añadí, tu hablas severamente, pues que, aun cuando al presente no sea magnífica esta ciudad por los despojos del Asia y de la Grecia, nì decorada con triunfos de sangre, sin embargo ella conserva un aspecto, no tan escuálido como en el que presumes se halla. Mirala entre todas las que hoy existen en el mundo magestuosa y digna de dominar sobre estos montes, como reyna inmortal de las gentes. Sobre vuestros templos se levantan otros sublimes: hay palacios y alcázares sobre vuestras habitaciones: mira las calles anchas y rectas, los espaciosos y repetidos puentes sobre el sagrado rio: los jardines que inspiran juntamente delicia, y mag-

nificencia ; y vuestras imágenes se erigen en todas partes como recuerdo y ornato á los ojos de las naciones. Ve como allí salpican las aguas en vastas fuentes, y allá los ruidosos surtidores, que cayendo en receptáculos marmóreos, causan deleite á la vista, refrigerio á la sed, y vegetacion á la tierra. Contempla los Egipcios obeliscos; ellos tambien como Roma gozaron ya de fortuna escelsa, ya de humilde, pero siempre vencedores de los ultrages del tiempo.

Mientras que yo hablaba, la rigurósa sombra arrugó las cejas y calló, mal contenta de proseguir un tal razonamiento. Yo al notarlo la estimulé á que manifestara sus pensamientos; y al fin vencida de mis instancias, de tal modo continuó: es cierto que esta ciudad resplandece magestuosa, y no deja de manifestar su antiguo aspec-

to de matrona venerable; pero tal que como afligida y oprimida trata de consolarse con sus pompas de las riquezas perdidas. Vuestros edificios son en verdad espaciosos, y los patricios habitan mas bien en desmedidos palacios, que en habitaciones convenientes á una privada familia. A ellos apoya la plebe sus cabañas humildes, amenazando ruina, y semejantes á los enfermos pigmeos al lado de gigantes poderosos. Pero aquellos orgullosos palacios aun tienen mas de apariencia que intrínseca estension, por lo que, aun cuando se estiendan con pompa por defuera, y prometan contener espaciosas galerias, pórticos y patios, no obstante, entrando en ellos se reducen á angosta profundidad, á la que mal penetra la luz del cielo por los altisimos techos. Son ademas los materiales con que cons-

truis vuestros edificios tan frágiles, que mientras las reliquias de los nuestros, despues de siglos, os dan pruebas de su solidez, estos amenazan en breve su ruina. Llevais á tal altura, segun veo, vuestras habitaciones que el pasagero debe estar casi supino para contemplarlas. Pero esta elevacion es señal de escasas fortunas, porque sin grande dispendio se llevan á tal altura los edificios, cuando para igualarlos en estension, importan mas que el principal los cimientos. Así que vuestras sublimes moradas os dan continuas pruebas de su instabilidad; mientras que no solo se estremecen con el trueno, con el viento y con el batimiento del coche que pasa por la calle, sino que al moverse los habitantes retiemblan molestamente. Erigisteis sin embargo muchos y magestuosos delubros, en los cual

les no echo de menos columnas marmóreas; bien que los veo adornados con los despojos de los nuestros, pero no se porque todos son engañosos, prometiendo su fachada componerse en lo interior de los planos. Aquellos vastos emisferios, que se elevan suntuosos, no fueron sobrepuestos por nosotros como haceis ahora; por lo que parece obstentacion confiar tanto peso á otros que á los cimientos. Mas vosotros intrépidos elevais las formas de nuestros templos, regocijándoos de haber superado con ilustre audacia la timidez de los mayores. Pero debisteis temer, no sean los primeros que se arruinen por los sacudimientos de tierra cuando la multitud concurre devota. Estructura incauta, por la que los hombres encuentran el sepulcro donde buscan el refugio del cielo! Ahora no veo como habia entre nosotros, el pór-

tico en torno de los delubros, de modo que la multitud piadosa no tiene acogida, cuando están cerradas las puertas de ellos. Yo no me maravillo de esta diferencia, considerando que mientras algunos poderosos entre vosotros ocupan con sus palacios aquellos espaciosos sitios donde estaban los foros, las termas y los teatros, ningun edificio teneis ahora en el que pueda el pueblo conversar gustosamente. De donde se evidencia que las comodidades de la vida se gozan aquí por pocos.

Me confirma en este pensamiento vuestro uso, desconocido de toda la antiguedad, de aquellos coches rechinantes de hierro, sobre los cuales ondea el asiento suavemente con elástico sosten. Acomodados allí los pocos poderosos, son llevados con rapidez á ociosos divertimientos. Así que una parte,

la menor de los habitantes, no solo ocupa en las calles el espacio de muchos, sino que amenaza á todos corriendo, si prontos no se substraen de estos carros, donde triunfa la cobarde molicie. Así es que se necesita en todo palacio un vasto pesebre de caballos, porque vuestros ricos mueren con trabajo, los pies entorpecidos con larga poltronería. Ademas la caterva de siervos, no ya adquiridos con las victorias, sino arrancados de la azada para servirlos de conductores en los coches, ó detras de ellos, son llevados con vestidos pomposos. Ni cuando la noche convida al reposo, cesan por esto tales ruidosas carreras, antes si los insolentes volantes proceden con hachas fúnebres, y con protervia bacanal auyentan la plebe delante de vuestro aspecto. Con tan estraños tumultos concuerdan tambien en lo alto los

metales colocados sobre las torres escelsas, donde resuenan cóncavos y desmedidos bronces, heridos de tal manera que se estremece el aire vibrando, y retumban las calles con el ruido. Así que es tal en estas el estrépito de coches, y en lo alto el estruendo de graves y agudos sonidos, que al arrivar algun peregrino, estimaría por estos increibles rumores hallar llena la ciudad de innumerable concurrencia. Mas aunque espaciosa, sus vastos muros abrazan mucho, y contienen poco, porque dentro de ellos se ven esparcidas varias habitaciones, separadas por desiertos campos. Las calles parecen ademas, por los escesivos palacios que las ocupan, socabadas como cavernas en los montes, desde las cuales se descubre con trabajo el cielo. El aire es alli humedo y fatigoso, en todo semejante al alveo de torren-

te en estio, en el cual reside la lama insalubre. Por tanto hay notable diferencia de estas vias á las nuestras consulares, decoradas con ilustres monumentos. Y eran aquellas á la verdad mas alegres cuando estaban adornadas de sepulcros, que estas abrumadas de moles habitadas de personas vivientes. Ellas entristecen con su obscuro aspecto de cárcel, hallándose cerradas sus ventanas con ferreos canceles; los cuales indican asimismo que se teme por vosotros algun asalto enemigo á las domésticas paredes, y que en ellas no os aseguran vuestras leyes de la iniquidad de los malos. Hubo entre nosotros espectáculos de combates valerosos en los anfiteatros, imitaciones de guerras navales, disputas de gloria en los circos, y espléndidas imitaciones en teatros, siempre á la abierta luz del cielo, mas apeteci-

ble y agradable que otra ninguna. Yo no sé por tanto como os agrada reuniros en aulas cerradas para siempre á la luz del sol, formadas como colmenas de celdas innumerables y angostas, y de materia pronta á los incendios destructores; en cuyas cavernas pasais vosotros las noches, respirando el aire sepulcral, y gustando á la luz de lámparas fumantes no se que diversion enojosa. Porque alli algunos con silencio triste transformados en vestidos de estrañas modas, disipan sus facultades al arbitrio de la fortuna; y otros en el afanoso aire van triscando en bailes diversos, hasta que salen de alli al libre ambiente escuálidos, como resucitados del sepulcro. Luego que acabó de hablar miraba la ciudad por todos lados con sonrisa maligna; y despues volvió hacia mí los ojos encendidos de ira, y ademas

mostrándo con la frente inclinada que temia la ruina de la escelsa vóbeda, se alejaba del templo, y se perdió de vista entre la multitud.

COLOQUIO QUINTO.

En el palacio Vaticano, y de aqui á los alumnos de las peregrinaciones á las naciones bárbaras.

Yo quedé en silencio algun tiempo maravillado, considerándo como la substancia de los pensamientos, libre de estos miembros llega á ser sagaz en penetrar los objetos, pues que aquella sombra habia, conocido prontamente gran parte de nuestras costumbres. Pero despues estimulado juntamente de la curiosidad, y de la molestia pregunté á Tulio quien era aquel descontentadizo, y él me respondió: es Marco Birtubio Polion, el cual conserva su índole dificil á la alabanza. Docto en su arte, no tuvo tan favorable á la fortuna que dejase á la posteridad un monumento

ilustre de su pericià, y por esta razon solia vituperar las obras de los otros, no pudiendo mostrar las suyas. Oyendo yo estas palabras quedé triste á causa del opuesto juicio de tan grande ingenio,, y me encaminé con las turbas al próximo palacio Vaticano. Ellas reconocieron inmediatamente que yacia en aquel mismo lugar la magestuosa casa de campo de Neron, y haciendo mencion de ella y de su espléndido palacio en el Palatino, permanecian indiferentes al aspecto de tan anchuroso edificio. Mas cuando entraron en él, y vieron el admirable artificio de las pinturas por todas partes, y los prodigios de los pinceles imitadores de la sublimidad griega: cuando observaron reunidos en biblioteca inmensa las obras apreciadas en sus tiempos, y otras inumerables en lenguas diversas de sucesivos años, de modo que

ella es tesoro de toda disciplina, mayor que otro alguno poseido por los mas espléndidos reyes en los pasados siglos ; cuando admiraron en espaciosas aulas, colocados los simulacros de sus dioses, las imágenes de sus héroes, aquellas de los hombres célebres, y juntamente sus urnas, las inscripciones sepulcrales, las aras, los arredos de los ritos sagrados, los domésticos penates, los muebles, las armas, los ornamentos femenilesy las monedas; cuando conocieron tan conservada toda memoria ó apariencia de sus usos y costumbres, no solo por curiosidad, sino con piadosa veneracion ; entonces vi que estaban sorprendidos todos los espectros de inesplicable admiracion, y asimismo de enternecido contento. Vi á muchos derarmar de sus ojos lágrimas de alegría: otros con rostros de regocijo corrian ansiosos

contemplando sus propias imágenes, ó de sus parientes; y otros estaban callados delante de algun simulacro de hombre célebre, y gozando pensativos de su aspecto. Yo reconocí algunas facciones en la multitud, las cuales se parecian á ciertas imágenes que estaban alli presentes.

¡Oh delicia mia inefable como si fuera celeste! Yo retrocedí en aquel momento á los remotos siglos, atraido por los antepasados á vivir con ellos. Ninguna voz puede expresar esta alegria, y ningun estilo describirla convenientemente, porque las estraordinarias conmociones de ánimo no se pueden manifestar con el lenguage ordinario. Diré, pues, que yo permanecia orgulloso viendo con cuanta admiracion los Quirites acostumbrados á la magnificencia contemplaban en aquel palacio mas de

trece mil estancias espaciosas, é ilustres por las decoraciones. Sin embargo, yo no esperaba que fácilmente se pudiese ofrecer á un pueblo insaciable de grandeza, y en su patria tantas veces dominada de los bárbaros, tanta abundancia de objetos que hiriesen aquella inveterada soverbia. Entre muchos contemplaron una pintura sobre la pared de una de las principales áulas, que representa un rey con humillada frente á los pies del Máximo sacerdote; y en otra pared observaron descriptas batallas, catástrofes sanguinarias, y enemigos destrozados con improviso exterminio; empresas que ellos juzgaban triunfos no menos soverbios y peligrosos que los celebrados por ellos. Yo mucho me recreaba oyendo tales sentencias, y desechaba aquella amargura de que me habia cubierto el ánimo el mordaz razonamiento

de Vitruvio. Entretanto las turbas corrian por las diversas partes de aquel desmesurado edificio, como mar agitado por el viento en muchas olas. Unas penetraban como niebla dentro del Vaticano palacio, otras vagaban dentro de sus jardines deliciosos, aquellas se detenian en torno de las marmoreas conchas de las fuentes, estas se divertian entre las sombrías sendas, y algunas estaban siempre fijas mirando la increible bóveda del templo, que se eleva émula de los Apeninos.

Como las abejas susurran sobre las flores, asi gustaban los espectros de aquellos innumerables objetos. Me parecia que jamas se hubieran separado de allí segun el insaciable deseo de admirarlos, si otro al fin no los hubiera arrancado; á saber, aquel de reconocer el remanente de su patria. Asi es que habiendo salido todos ellos del inmenso Va-

ticano, volvian á él frecuentemente el rostro, y entre tanto doblaron á la diestra por la via á lo largo del rio. Pero á la entrada de ella yo les separé de la subida de la pendiente del monte que estaba inmediato. Yace en su cima, y en humilde tumba el elevado cantor de Gofredo, y por esta razon temia fuese indecente mostrárselo, como un testimonio contrario á aquel nuestro cuidado, tantas veces alabado por mí y por ellos, por todas las nobles disciplinas. ¡Oh antorcha de la ruina heróica! ¡Por qué destino te guarda una miserable tumba, cuando veo en todas partes erigidos sepulcros orgullosos á dignidades, riquezas y fortunas, mas espléndidas que merecidas! La memoria del nombre no se divulga, pues, entre las gentes por medio de pomposos mausoleos, sino que calla á un tiempo con los himnos

fúnebres. Duélome ahora de que, mientras la caprichosa prodigalidad y el fausto de los vicios son tan liberales en vanas magnificencias, no haya alguno entre tantos admiradores, que preparase algun adorno, á estos tus llorados huesos. Mas aunque seais olvidados, la armonia del sublime canto resuena en el cielo; y contra nombre tan exclarecido nada pueden el tiempo, el olvido, la fortuna, la violencia de las armas, el ímpetu de los bárbaros, ni desastre de airada naturaleza. Esculpido en el corazon de los hombres sucederá entre los siglos vencedor de todo ultrage á las remotas generaciones. Mientras yo me hallaba perplejo en estos pensamientos, guiaba á las turbas por la espaciosa via. A un lado de ella murmura el rio, y al otro se elevan palacios soverbios, y estimados por las admirables pinturas; y

el Gianicolo los escede floreciente en los jardines deliciosos. La multitud caminaba conmigo en silencio, y llegamos donde sobre el collado desagua la ancha fuente, que dividida entre brazos cae en la vasta concha marmórea. Los peces retozan en ella, arrancados hasta desde los estanques Sabazeos, por largos y magestuosos conductos. Se estremecia el agua como despeñada de roca, y el aire resonaba. Los espectros miraban callados; pero en sus semblantes se manifestaban patentes señales de alabanza. Despues yo me volví á la izquierda retrocediendo á lo interno de la ciudad. Me seguian las imágenes deteniéndose á veces, segun la maravilla que les causaban los objetos que al paso se ofrecian á la vista. Mas luego que llegamos nuevamente al pie del Pincio, ellas, estimuladas de súbita curio-

sidad, se reunieron delante de aquel vasto edificio, en cuya fachada está esculpida en letras grandes esta sentencia. *Collegium Urbanum de propaganda fide.* Desde entonces comenzó un susurro de confusas voces, como de multitud que grita de lejos por algun suceso inopinado. Era aquel murmulio semejante al temblor del agua hirbiendo. Yo apliqué ansioso el oido, y entendí que juzgaban comunmente que aquello seria un colegio de pontífices destinados, no solo á propagar, sino es á mantener el culto que Numa habia acordado á la fé con admirable prudencia. Asi que se complacian de que despues de la ruina de tantos imperios, que desaparecieron de la faz de la tierra como polvo disipado, existiese ilesa aquella disciplina, por medio de la cual llego á ser como oráculo celeste el proferir un romano;

Juro por la fe mia. Estimaban despues que se llamase aquel cologio Urbano porque habria otros campestres y provinciales, esparcidos por todas partes del imperio, destinados á difundir tan sublime integridad de las promesas.

Yo aunque admiré aquel juicio, en el cual el piadoso Rey difundió en el corazon de los romanos tan heróica lealtad, que su palabra fue sagrada entre las gentes; sin embargo, obligándome la verdad á oponerme á aquella opinion, pedí con una accion silencio, y obtenido, asi le dije: Vosotros, esterminando con poderosas legiones á quien reusaba vuestro imperio, lo ampliasteis desde el Océano, hasta los indómitos Partos; pero el de esta ciudad se difunde ahora sobre toda la tierra. A él humillan la frente los antípodas desnudos dentro de las selvas nacidas con el mundo;

y se postran á él naciones poderosas y separadas por el inmenso mar. Aquí jóvenes alumnos de todas las regiones de la tierra, de lengua, de costumbres y de semblantes diferentes, pero de disciplina conforme, son mantenidos para este sublime pensamiento de propogar en el universo á cualquier riesgo las doctrinas celestes de paz, y de auyentar del mundo la salvage atrocidad y los destructores vicios. Ni violencia, ni heridas, ni armas, ni amenazas, ni furor, ni sangre, obran tales conquistas, sino fraternal dulzura y palabras insinuantes de mensageros humildes. Ellos toleran no solo molestias en largas peregrinaciones por los desiertos, y en las olas tempestuosas, sino tambien insultos crueles de gentes feroces, y aun intrépidos sufren tambien la muerte, á fin de ampliar esta paz del cielo en todos los cli-

mas de la tierra. Y si su mansedumbre detuvo la crueldad de los bárbaros, y saciaron la sed de ellos con su propia sangre, la divina suavidad de su doctrina persuadió fácilmente á las naciones cultas. De aqui es que ellos conquistaron tantos pueblos á esta ciudad, cuantos jamas pudisteis vosotros sojuzgar con vuestro admirado orgullo. Gentes que vivian desnudas en las cavernas, sin santidad en las uniones, sin amor á la prole, armadas en perpetua guerra, errantes en las montañas, privadas de la esperanza del cielo, é indignas de la tierra que manchaban con su sangre: hombres de aspectos y aun de costumbres feroces, que destrozaban con lentos suplicios los prisioneros de guerra, despues los devoraban y guardaban las cabelleras por trofeo, formaban de los huesos flautas, y del craneo copas para em-

briagarse con ellas en ciertas fiestas de sus atroces dioses: bárbaros que jamas habian gustado la divina dulzura de perdonar, y creian al contrario ser la venganza virtud, y vileza la clemencia, cuando se derramó en sus pechos esta suave doctrina, lamieron la mano que les acariciaba como domadas fieras. Asi es que breve los hijos tanto se despojaron de la ferocidad de los padres, que de ella se avergonzaban. Por tanto, si vosotros llenasteis el mundo de sangre y de lamentos, ved aquí pacíficos mensageros por impulso divino propagar hoy el imperio de beneficencia universal.

Mientras que yo hablaba Tulio mostraba ya en los ojos admiracion, y juntamente regocijo por semejante instituto, y apenas callé, él comenzó de esta manera: Que ya no os regais de sangre, ¡oh sie-

te colſados! Que ya no te miran, ¡oh capitólio, los reyes como indigno blanco de su ignominia! ¡Qué Roma no ya feroz posee tambien vasto imperio con artes de paz, y sus mas humanos triunfos! Semejante disciplina jamas fue propuesta por los mas sabios, jamas ordenada por los mas ilustres legisladores, y antes al contrario muchas dominaciones fueron fundadas y sostenidas con manifiestos ultrages de la razon. De aqui aparece que por la escelencia de principios, por la sublimidad del objeto, y por su única y admirable justicia, un tal imperio no sea obra ordinaria de los hombres, que siempre hicieron lo contrario, sino estraordinaria del cielo. Calló entonces y declinó los párpados; no porque pareciese que palabras oportunas pereciesen sobre sus labios, sino porque ninguna seria

adecuada á tan alta resolucion ; y por tanto era aquel silencio como nube que amenaza tempestad.

COLOQUIO SEXTO.

Discusiones sobre el presente imperio de Roma.

Estuve admirando aquella taciturnidad sobre labios tan elocuentes; y pues que el grande orador los tenia cerrados, animado yo por sus últimas palabras, proseguí: Si esta segunda Roma como fenix resucitada de sus cenizas tentó vuelo mas sublime. Ella mudó con los trastornos del tiempo, y de la fortuna las maneras, pero no el objeto del imperio universal. Ella misma llegó á ser tan tremenda con las armas por vosotros, y por nosotros tan venerada, que no se cual de las dos sea mas. Pero la historia está llena de imperios fundados con afortunadas violencias, que jamas conducen á la feli-

cidad las naciones. Este al contrario es el único erigido por utilidad, aumentado por consentimiento, y confirmado por la persuacion. Pálidos los tiranos á su vista empuñaron el cetro con trémula mano. Una voz árbitra de los imperios salia para aterrarlos, y á su sonido unos subian al trono, y otros bajaban de él humillados. ¿Qué refieres? esclamó Bruto; y donde hubo jamas potestad fuerte sin las armas, tímida juntamente y espantosa, suave y violenta? Tus sentencias parecen incomprensibles aún para los entendimientos veloces, puros é incapaces de sueño, como lo somos nosotros. Añadí sin detenerme: yo me alegro de que tal espíritu, cual tu eres, no me entienda, porque estos sucesos superiores al ordinario uso son tambien tan increibles para nosotros como verdaderos. Y si vues-

tros entendimientos sublimes son heridos de estos sucesos, y en ellos esperimentan mas admiracion que fé, esto sucede, porque un estraordinario impulso del cielo con la pompa de los acontecimientos inesplicables confundió toda humana sabiduria. Encender los ánimos con heróicas disciplinas, acostumbrar los miembros á ejercicios fatigosos, no temer la muerte, sino despreciarla, y tambien desearla, fueron las leyes con que humillasteis los monarcas. Vuestros triunfos fueron el efecto de torrentes de sangre, y de siglos de sufrimiento desastroso; pero este sacerdote Vaticano triunfó con el único ministerio de su divina palabra. Los espectros me miraban atónitos como si oyesen algun estraño razonamiento, y callaban con semblante de despreciarlo; pero yo al contrario, escitado por aquel silen-

tio continué: En los preciosos volúmenes, que no sumergió la onda del tiempo, admiraron vuestros mayores, y nosotros admiramos ahora como obras sobre humanas, aquellos obstinados é ilustres ultrages de vuestra espada, azote del mundo; y al presente me concede la fortuna que yo haga nada menos que maravillaros. Sí: vuestro imperio nació de feroces foragidos, y este comenzó por una benéfica humanidad. Vuestro combate apénas es nacido, porque cada uno trata de destruirlo como mostruo devorador: este es favorecido de todos por su benigna utilidad, y se someten á él las naciones sin violencia, pero persuadidas. Ni lictores, ni varas, ni segures, ni hachas, sino lealtad, candor, modestia y consejo, hacen inclinar la frente de los poderosos, sin vileza, y triunfan del corazon. Y mien-

tras vemos en las historias haber crecido los imperios con fraudes, rapiñas y delitos, este por la única vez ha nacido entre los hombres de una benevolencia universal. Apenas era nacido cuando intentó oprimirlo en su augusta cuna un Rey bárbaro, llamado castigo del cielo por su autoridad. Pero no le valió de otra cosa su inmenso ejército que de hacer mas espléndido el triunfo sacerdotal. Lo que yo refiero lo testifica la historia, y ninguno lo ha negado. Salió inerme de estos muros aterrados el Pontifice soberano: tuvo un secreto coloquio con el rey esterminador; y este como oprimido de terror divino huyó rápidamente, no solo de Roma, sino de toda la Italia. Llegados á ser como frecuentes estos prodigios, vieron despues nuestros mayores á otro bárbaro

monarca (1), ya dispuesto á esterminar este imperio, de los entendimientos asombrado tambien por la voz sacerdotal, colgar su arnes, su diadema y su púrpura en la tumba de Pedro. Ademas para confirmar que en esta sagrada habla residia un poder estraordinario, otro Rey feroz (2), no solo se le inclinó con la misma sumision, sino que de conquistador soverbio vino á ser humilde prisionero, y vistiendo toga de silecio contemplantivo, pasó el resto de su vida en sagrada soledad.

Mientras que yo razonaba de este modo observé pintada la admiracion en los romanos semblan-

(1) *Luitprando rey de los Lombardos.*

(2) *Rachis su sucesor se hizo monge benedictino.*

tes, y los espectros mirándose mútuamente parecian buscar unos de otros alguna declaracion de tan inopinados sucesos. Pero un silencio pensativo manifestaba que sus entendimientos no penetraban estos arcanos. Yo atónito consideré á Tulio callar perplejo. ¡Qué cosa no entendió aquel espíritu excelso, ó en que podia jamas manifestarse mudo! Sin embargo entonces lo fue; y conmovido yo de esta respetable taciturnidad, volviéndome á él continué: Grandres fueron, ó Tulio, los prodigios de tu elocuencia, pero este tu silencio ensalza aquellos por mi referidos. No te cause maravilla despues de ellos, que monarcas y emperadores (1),

(1) *Constantino II en el año de 684 ofreció los cabellos de sus hijos Justiniano y Eraclio al Pontífice Benedicto II, al cual el rey de los*

ofreciesen sus cabelleras en homenage á los pontífices vaticanos. Al decir estas palabras eché de ver que algunas sombras de aspecto plebeyo parecian sonreirse; y yo despreciador de las vulgares injurias, esclamé animosamente: Sombras audaces, ¿por qué estraña ignorancia escarneceis aquel signo de culto que se dió por vuestros héroes á vuestros dioses? Debo recordaros que Aquíles ofreció su cabellera al rio Sperquio? Ellas callaron sin vanidad, por lo que yo proseguí: Vuestro erario, acumulado con sanguinarias rapiñas, cubria de llanto las provincias, y á Roma de vicios. Aqui al contrario se acumularon tesoros con espontáneas obligaciones, que se gastaron en consolar las humanas miserias, en propagar suabes doctrinas,

Bulgatas ofreció el mismo omenage

en la magnificencia de los templos y en el esplendor de los edificios. Pero dejando de hoy mas los motivos destos triunfos, en los cuales no podeis emularnos, yo os disputo la mayoria de los magníficos. Ondearon los espectros como las olas con el viento matutino, movidos mas de perplejidad que de disgusto; y yo movido por sus magnánimas miradas, y convertido en un robusto luchador me arrojé á arengarles: Las voces, dije, corrompidas é insidiosas de vuestros celebrados oráculos solia lisongear la fortuna de los poderosos. El déspota Macedonio, derramando la sangre de la Grecia, y del Asia, y trastornador feroz del mundo, cuando entró en el santuario de Jove Amnon fue proclamado por cobardes sacerdotes hijo del Numen. Y tú Marco Antonio, cansado de atrocidades en el triunvira-

to, corristes el Asia y la Grecia como en romeria, dejando en ellas las huellas vituperables de tus infames y crueles costumbres. Fuistes tambien á Efeso, y despues, recibido en la sagaz Atenas con ritos inverecundos cual nuevo Baco, sufristes enmedio de pompas despreciables, tan necia deificacion. A tí despues, dictador, viviendo todavia, á ti, lisongero tirano con fausto de virtud, te decretó la patria templos, inciensos, festividades, sacerdotes y simulacros, cuando ella de todo punto fue tu esclava. Ved al contrario en la Insubria un magnánimo sacerdote nuestro cerrar las puertas del templo al emperador contaminado de los estragos de la Tesolania. Ministro de la celeste ira, estendió la sacra mano al pecho del coronado pecador, y le arrojó de los divinos humbrales.

Era feliz y poderoso aquel monar-
ca; y era el sacerdote su vasallo:
sin embargo le infundió en el cora-
zon tal reconocimiento que espi-
con humildes sumisiones aquella
soverbia atrocidad. ¡Qué imperio
hubo jamas como este, prorrumpio
Bruto, al cual están los hombres
tan sometidos, que parecen estu-
pefactos! Y yo respondí: es tal
que aterra la maldad, persuade al
entendimiento, y abrasa el cora-
zon. Si estimais al presente aquello
en que fuisteis poderosos, que fue
obligar á los miembros á obedece-
ros, mucho mas apreciareis el do-
minio de la mente, y el vencer á
los demas con la superioridad de
los pensamientos. No sin guerras
esterminadoras, y memorables des-
gracias se fundaron jamas, ó des-
truyeron, ó se transfirieron las di-
demas de unas á otras generacio-

nes. Pero este pontífice supremo pasó los Alpes, depuso del trono antiguo una progenie cobarde, y colocó en él una esclarecida estirpe, que con magnánimas empresas lo sostenia. La corona de Reyno tan poderoso fue quitada, y dada con plácidos ritos, y callando el depuesto no fue soverbio el exaltado; y un sacro silencio manifestó el respeto universal. Alguno juzgará audaces estas mutaciones consideradas esternamente, aunque favorecidas de la fortuna, pero quien dentro de ellàs penetre, las verá conducidas por sagaz entendimiento; porque la disposicion de los ánimos, y del tiempo requeria que el váculo unido á la espada se prestasen socorro mutuamente. De aqui nacieron efectos maravillosos. El nuevo cetro de la Galia, como dado por el cielo, se es-

tendió sobre pueblos dóciles y humillados, y el dominio sacerdotal se elevó sobre los monarcas, y tuvo trono como ellos. Dijo Bruto sonriéndose con su natural: A la verdad fue estraño capricho de la fortuna el que aquella misma gente, que otro tiempo redujo á Roma á proxima ruina, é insultó la magestad de nuestros togados progenitores, se humillase despues reverente al capitolio. Y yo añadí: veras, ó Marco, parécerse, entre tantas desemejanzas nuestra Roma á la vuestra, en esto especialmente, que cuando ella parece conducida á inevitable ruina por el concurso de desgracias, desafia su perverso destino, y se levanta mas tremenda y feliz. Era amenazada de esterminio la Italia por los bárbaros salidos de las grutas voreales, era invecil, y aquellos tremendos; y

sin embargo vna señal de esta mano socerdotal dirigió las desgracias á sucesos inopinados ; porque arrojado de nosotros para siempre el reyno de los bárbaros , resucitó aqui la magestad del imperio Romano con tal esplendor que el transcurso de diez sigios no la ha ofuscado. Al presente aquella gran dominacion, por la cual, disputando entre vosotros, ó Tribunos, con tantos delitos teñisteis de sangre los rostros, y la Italia con las proscripciones, y convatiendo bañasteis con ella á Farsalía, á Felipo, y las aguas de Acio; aquella digo, la vieron nuestros mayores entregada y quitada por una mano inerme favorecida del cielo. Vieron elevado por ella á vuestro imperio un guerrero de privada condicion (1), y

(1) *Rodulfo de Austria.*

todavia admiramos en su progenie ya potente y gloriosa, conservarse vastago tan ilustre. Vieron elegido por él en la proxima Magna Grecia un nuevo reyno, que presenta todavia señales reverentes de aquel beneficio antiguo.

En tal situacion de tiempo fue colocado sobre esta silla un hombre incomparable (1), y de tan sublimes pensamientos que otro jamas los tuvo iguales. Impelido por la grandeza de su espíritu á empresas jamas tentadas por los mas formidables conquistadores, fue el primero que citase al juicio severo de la iglesia todos los imperios de la tierra como al son de trompa celeste. Y si vuelos tan escelsos parecen por su dificultad espuestos

(1) *Gregorio VII, y despues Inocencio III.*

á ruinosa caida, sin embargo era tal la condicion de los tiempos, y el cielo tan dispuesto á protejerle que se verificaron efectos correspondientes á las admirables intenciones. El emperador (1), humillado al pie sacerdotal con vestido escuálido y trémulos miembros, pidió perdon, y espiró despues oprimido de la desgracia. ¿Qué refiero? Los déspotas de la Iberia, de la Lusitania, de la Batabia, de la Bretaña, de la Dinamarca, de la Sarmacia, de la Boemia, de la Pannonia de la Liburnia, y de la Dalmacia se postraron á esta silla triunfal. Aquella imígen de vuestros poemas; la de que Neptuno árbitro del Occeáno lo movia á tempestad y lo reducia á calma á su querer, parece la alegoría de estas vicisitudes. Si

(1) *Arrigo IV.*

un cetro era hecho pedazos por el pie tremendo, era otro concedido por la sacra mano. Entretanto resonaba en estos montes aquella voz formidable: *perezca quien no tiñe de sangre su espada.* Y si es que aún os complaceis, ó Quirites, de la humillacion del Rey por el antiguo recuerdo de la Tarquina soverbia, estimo que no os es facil producir ejemplo semejante á este, admirado por nuestros mayores. Un poderoso Mònarca (1) de los Germanos imploró de la Sacra silia la corona imperial; y mientras el yacia pastrado ante el pontífice, este para denotar con accion memorable que estaba en su arbitrio hacer magestuosa, ó despreciable la diadema que oprimia bajo del pie, la

(1) *Arrigo IV. álos pies de Celestino III.*

arrojó lejos de sí rodando. No creia, interrumpió el Atico, que se pudiera esceder el orgullo de nuestro cónsul Popilio, que en un círculo descripto por él en la arena obligó al rey de la Siria Antíoco Epifano á declararse amigo ó enemigo antes de separarse de él. Y yo le respondí: nadie se queje de que fuese tanta la autoridad de esta silla, porque estaban en aquella edad tan trastornadas todas las gentes, y los ánimos tan depravados por las continuas desgracias, que, desterrada del mundo toda justicia, era ya objeto de escarnio, vana toda ley, y solamente eficaz el violento fraude. Cuando la Grecia era infestada de malvados, Hércules y Teseo se opusieron á ello; y la utilidad de sus empresas les escribió entre los heroes. Así en estos inicuos siglos fue especial providen-

cia que los hombres, despreciadores de toda potestad, al menos respetasen esta, sin la cual parece que se hubieran confundido todas las órdenes civiles. Ella vino á ser único puerto en la tempestad universal de criminales costumbres. ¿Qué mas? Desde estos montes fueron prescriptos los límites de los imperios, aun en el inmenso Occeano. Arbitro el Vaticano entre émulos navegantes del piélago desconocido, les dividió la tierra desde el austro al aquilon; y de tal manera parecian escasos los confines de la tierra para esta potestad. Entonces Pomponio con aquellasu honesta felicidad en la discusion, me preguntó: tú que ensalzas tanto la única justicia de este imperio ¿cómo sostendrás que le perteneciese la dominacion de todos los mares que ciñen la tierra, tan libres para los hombres como para los pe-

ces que en ellos se pasean? Y yo respondí tranquilo: dos poderosas naciones los repasaban, y á su avaricia jamas les parecia estrechos. Las audaces proas surcaban las holas nunca oprimidas por las naves. Los pilotos émulos del sol dominaban el círculo de la tierra, y fijaban alegres sus miradas en estrellas, jamas vistas por nuestros antepasados. Otro emisferio, apenas conjeturado en vuestros tiempos por los entendimientos mas sagaces, y despreciado de muchos como locura, excitó vastos deseos de fundar lejanos imperios, por su estension desmedidos, increibles por la novedad y admirables por la costumbre. Aquellos desapiadados navegantes que habian sometido, despreciando los naufragios, y las tempestades, pueblos infinitos y costas desmesuradas, pidieron al

Vaticano humillados cuanto habian conquistado con audacia cruel. Ni armas, ni desiertos, ni el mismo Occeano sujetaban esta potestad; asi que fue difundida por todos los climas del mundo. Por tanto la nueva Roma asímismo, sin ser usurpadora en esto, gozaba derechos espontáneamente concedidos, y pronunciaba como oráculo preguntado con sumision. ¿En qué al presente hizo ella ultrage á la justicia? Pomponio añadió: mas los efectos de aquel oráculo formidable podian ser fatales á las playas ocupadas por sus navegantes, ansiosos, yo no se, si mas de gloria que de rapiña; pues si en la mitad de la tierra habian convatido siempre sus habitantes con fluctuosas invasiones, aquella terrible sentencia ofrecia el remanente de ella, espléndido por los tesoros, á con

quistas desoladoras. Luegó, tú qué te horrorizas de nuestras maldades, ¿por qué te regocijas de estas mayores?

Cesar interponiéndose entónces exclamó: Oh Atico demasiado afable, sútil en las investigaciones morales, cauto en las sentencias de gloria, y extrangero en los públicos negocios! ¿Cómo al aspecto de tan ilustres y nuevos combates podia ninguno mirarte ocioso? ¿Qué ánimo, no digo abrasado, sino un tanto acalorado por las esclarecidas empresas, no se hubiera entregado á ellas? Yo, pues, que tanto deseé descender en las playas Británicas, movido de la invencible curiosídad de reconocer aquellos bárbaros separados por estrecho mar; ¿cómo hubiera dejado de arrojarme al piélago para admirar imperios desmesurados, y naciones desconocidas?

Seria estupidez en verdad el no conmoverse á la vista de tan grandes y nuevos objetos. Yo herido ya de las acervas sentencias del uno, y confortado por las apacibles del otro, añadí: el Vaticano no concebia impunemente el esterminar el mundo, sino que cortaba tremendas disensiones. ¡ Potestad admirable y dulce, qué inerme refrenó en el indómito occeano, donde calla toda ley, funestas emulaciones, y sangrientas avaricias! Ellas hubieran sido perenes si no hubiera estendido su diestra el supremo sécerdote de paz sobre aquellas navegaciones. Por estas vias este globo, conocido por vosotros en una pequeña parte, y el cual como incógnito os pareció desmedido, vino á ser para nuestros pilotos limitado á la estension de sus deseos. Y si tú vituperas aquel sublime pensamienro de recorrer la tierra

entera, de conocer los havitantes, los frutos del suelo, los animales diversos, y conducir socorros de todas las regiones, y placeres para la vida, parecerá que desemejante á ti mismo no comprendes con tu benevolencia á todo el género humano. Pomponio respondió: por lo mismo que yo amé á este con candor, no me deslumbraron aquellas ilusiones por las cuales se hace infelicz con la esperanza de sus comodidades. Yo entonces añadí tranquilo: en los miembros mas vigorosos son las enfermedades mas crueles: las riquezas ademas cuanto mayores son, traen consigo cuidados casi iguales á las angustias de la pobreza: el temor de los naufragios tiene despiertos los ojos al mercader opulento: el señor de vastos campos oye anhelando las devastaciones de los caprichosos

elementos; y ni aquellas mismas artes que parecen una pura delicia, no la dan á los sentidos sino mezclada con alguna incomodidad. Así es que no son esquisitas las viandas sin el estímulo de algun amargo, ni los conciertos de la música son tales, mas que por la mezcla de las artificiosas disonancias. Tambien el amor soberano de las humanas delicias es esclavo de aquellos dos tiranos, la infidelidad y la muerte. Aun la gloria, premio suspirado de las nobles empresas, no se consigue sin afanes, ni se conserva sin ellos. Finalmente las contemplaciones intelectuales, que parecen deleyte tan puro cuando se descubre una verdad imprevista ó deseada, están asimismo llenas de angustia por los inútiles esfuerzos, por las esperanzas burladas, y por aquel triste desacierto de ig-

norancia en que vagan los pensamientos. He aqui patente que nuestros bienes cuanto mayores, tanto mas proximos están á graves males. Asi que no es maravilla que no esten exentas de grandes perturbaciones las estraordinarias empresas. Muchos males produjeron nuestros navegantes á las gentes separadas por el inmenso occeano; pero tambien les dejaron muchas comodidades, útiles disciplinas, y artes deliciosas, por las que de la vida salvage se redujeron á costumbres suaves. Aunque el globo es habitado ahora por naciones en figura, en lengua, y en costumbres diferentes con variedad infinita, sin embargo como si fuese un solo pueblo permutan mútuamente los productos de sus climas, separados por inmensos intérvalos. De aqui los socorros inesperados en las enfer-

medades hasta entonces indómitas para el arte adulador, nuevas delicias para la mesa, confortativos saludables, y asimismo abundantes y gratos alimentos. Navios infinitos surcan todas las holas: y de hoy mas no solo se desdeñan los navegantes de correr por los rumbos conocidos, sino que emprenden otros nuevos, y despues de viages desastrosos traen nuevas admirables. Unos dirigen las proas á los elados polos, y son detenidos en ellos á espensas de fatigas mortales. Otros se arrojan á playas inhospitales, y alli quedan á ser presa de bárbaros ó de mónstruos; y otros naúfragos en desiertos escollos miran con torbos ojos el mar tempestuoso. En comparacion de tales empresas parecen divertimientos las esposiciones de vuestros argonautas, y las celebres navega-

ciones de Fenicios y Cartagineses.

Pero añadió el dictador: ¿en cuántos siglos ocupasteis vosotros aquel inmenso emisferio? Y yo le respondí: Fue tal la rapidez de aquella empresa, que se puede espresar con aquella tu sentencia cuando venciste á Farnace. El se sonrió, complaciéndose de que yo hiciese mencion de aquel su dicho, *llegué, ví y vencí.* Mas prontamente añadió el agudo capitan: ¿Luego teníais alguna ventaja terrible, ó en las armas, ó en la disciplina? Yo admirando aquella sagaz conjetura comencé: Desde qué abandonamos las naves á los inmensos mares, ellas crecieron en mole cuanto eran mayores los combates con las borrascas. Por esto vino á ser el remo instrumento inútil, y confiamos toda fortuna al arbitrio de los vientos. Oponien-

do á su tirania desmedidas alas, nadan las fortalezas sobre las olas con tal arte, que patecen domados por aquellas los mares y los vientos. Porque no solo encontramos mejor uso del iman, sino que midiendo el tiempo el píloto con celestes observaciones desconocidas á vosotros, y con nuevo artificio, sabe donde está y donde camina; y á estas sagaces invenciones se añade esta superior á todas. Son pasados ya ochenta lustros que un ingenio destructor descubrió el terrible arcano por el que se imitó el rayo de Jove. Y ya satisfecho de esto el humano orgullo, obligó no ha mucho tiempo á la temida saeta á desterrarse inocente donde le agrade, mientras que el rayo humano de ninguna ciencia es vencido. ¡Ah, prorrumpe Bruto, esclamando; fue quitado el rayo del

cielo y dado á vosotros! Y yo le respondí orgulloso: Una pólvora tonante oprimida en tubos de bronce vomita la muerte y el esterminio, trastorna los torreones, y las rocas, y esparce tambien en trozos desde lejos las escuadras con destruccion irreparable; y á esta máquina en sí horrenda la viene á hacer á sí mismo mucho mas la nube de humo sofocador, y el estrépito del trueno. Retumban y centellean nuestros combates en los campos y en los mares. Navegan en estos las orgullosas naves, y al furor de las tempestades añaden el del incendio destructor. ¡Oh Julio, tú mismo admirarias aquella audacia de combatir en el occeano con todos los elementos! Entonces Pomponio, un tanto lastimado esclamó: ¡ah como es sagaz el ingenio en las funestas invencio-

nes, y torpe en las benignas! Ha-
blando así, respiraba por los ojos
aquella dulzura que tuvo en el co-
razon viviendo. Pero las sombras
del dictador, de Pompeyo, de
Bruto, y otras de aspecto guerre-
ro se me acercaban ansiosas rodeán-
dome, y en sus semblantes se pin-
taba el pasmo y la fiereza. Yo sus-
pendí por tanto mis palabras, es-
perando respetuoso las de ellos; y
César prosiguió: gran parte tuvo
en nuestros combates la fortuna;
mas en los vuestros es ella el to-
do, y el terror tirano de la guer-
ra priva á los combatientes de sen-
tidos. Vuestros formidables rayos
y el estruendo que les sigue debian
deslumbrar los ojos, atormentar
los oidos, y elar la sangre en el
pecho. Esta espantable apariencia
de muerte inevitable no se veia en
nuestras, armas entre las que los

golpes podian ser reparados, y así es que en nuestras batallas la muerte parecia esconder en parte su fiereza, y en las vuestras hace de ella obstentacion tremenda. Y si el viento, levantando el polvo en torbellinos fue para nosotros frecuentemente motivo de derrotas, es cierto que la obscuridad que cubre á vuestros combatientes debe hacerlos semejantes á furiosos en tinieblas; pero me lastíma que se haya defraudado en tanto grado la virtud, que el valor sea burlado por la fortuna. Mas dije yo, ansioso de investigar la mente de tan gran capitan: ¿si tú combatieras ahora con nuestras armas, en que fijarias la atencion? Respondió; en lo que siempre la puse, en la prontitud de la ofensa, la cual si entonces estimé útil, al presente es necesaria entre vosotros. No os

resta esperanza mejor de victoria que arrojondoos á arrebatar el rayo de las manos enemigas. A este tiempo oí esclamar entre la turba con voz alegre: ¡oh sentencia de Maestro! Entretanto demostraba César en sus pensativos ojos tener envebido el ánimo en esta especulacion. Pero Bruto, volviéndose á mí áustero, dijo: despues que los tiranos de la tierra usurparon el rayo al cielo, su orgullo, siempre grande, se habrá inflado hasta no mas. Tremendo al par de Jove, juzgo que harán por abrogarse denominaciones de inesplicable altanería. ¿Y siendo entre todos ellos superior á todos el tuyo, Vaticano, ¿qué título pomposo podrá jamas adecuarle? Yo respondí sosegado: las voces arrogantes de poderío suenan al oido como rumor odiado, y escitan en el corazon la ira.

Y

mientras vosotros al subir al trono os llamabais augustos y divinos, ahora este sacro monarca, moderado en medio de tanta fortuna, se llama el mismo siervo de los siervos del Numen. ¡Qué modestia de palabras, esclamó Bruto! ¡Y cuanto discordan de ellas las empresas orgullosas! Y yo tranquilo añadí: las empresas eran con los hombres y no con el cielo. No repugna ser magnánimo con aquellos y humillarse á este. Al contrario convenia reconocer la divina causa de tanta grandeza. Aquel calló pensativo, y entretanto comenzó Pomponio: tú referistes hasta ahora sucesos maravillosos por su prosperidad, y por la continuacion de ella increibles. Pero en verdad jamas hubo aqui dominacion por sabia que ella sea y justa, la cual no tenga algun molesto enemigo. La autori-

dad desmedida lleva consigo el gérmen de la envidia y de las discordias. Yo por tanto desconfio de aquella perenne felicidad, con la cual me espusistes haberse trasmitido por una larga sucesion este cetro maravilloso. Congeturo que él tuvo algun terrible enemigo, el cual le amenazó con ruina igual á su grandeza. Y yo le respondí: veloces son vuestros pensamientos sin esta corteza que tanto pesa á los mios. Veo que contemplais como en un espejo terso y desmedido las catástrofes universales. Un libro estraño, vomitado de una cueva de la Libia, y ardiente como las arenas de ella, publicó que á un ilustre impostor le habia sido aquel dictado por la voz divina, y él mismo ser mensagero de ella. Su elocuencia era el acero, y su argumento el estrago. Las cabezas

que reusaban reconocerlo eran cortadas por él, y descuartizaba los pechos que repugnaban aquella violenta perversidad. Y sin embargo tanta es la insania de la superstición que por los medios, por los cuales ella debia ser abominable, se difundió venerada en el mundo. Embriagada en su prosperidad, nacida en el fraude, nutrida en el furor, y sedienta siempre de sangre; ella odiaba, y odiar debia la suave lengua de este imperio de paz. Osó sublevarse émula á disputarle la mayoría. Inflamó á sus crédulos y belicosos fautores, que llenaron la tierra de esterminio y de terror en nombre del cielo. Atónitas las naciones á tan osada violencia, vimos postrarse la astuta Numidia, la Mauritania feroz, los reynos ilustres de Antíoco, de Mitridates, y de Alejandro; y levantarse en

Babilonia, y en Bizancio nuevos y formidables tronos sobre el esterminio y el fraude. Las gentes vieron combatir el orgullo con la humildad, la benignidad con la opresion, y disputarse el dominio de los entendimientos. Jamas se vió espectáculo mas funesto de los humanos errores, como que regiones inmensas aceptaron como voz de la eterna inteligencia un volumen inferior á todos los humanos. Contra este formidable delirio levantó el Vaticano moderador del mundo innumerables escuadrones por siglos, como diluvio inundante. Ellos reunidos al son de la trompeta de Pedro, de ambos sexos, de todas edades, de todas condiciones, y de todas naciones se entregaron al mar, y á navegaciones desastrosas, alegres de morir combatiendo aquella ignorancia feroz. Y en verdad, Ro-

ma, que antes habia desolado el mundo, entonces lo preservó, refrenando aquel mónstruo devorador. Ella se lisonjea por esta razon de haber escitado sin sus armas aquellas de toda la Europa contra el fiero Bizancio, de haber prodigado para tan grande obra los tesoros del templo, y de haber levantado el estandarte glorioso en el humillado Elesponto. César entonces, estendiendo hacia mí la diestra como imponiendo silencio, interrumpió: tú ensalzas empresas escitadas por este cetro, y ejecutadas por los otros; pero ninguno de estos monarcas sostuvo la vista de los combates; y por esta razon ninguno de los generales obtuvo constante obediencia de los suyos, sino despreciando la muerte como ellos: así que la autoridad de estas empresas parece á nosotros mas admi-

rable que generosa. Obserba, añadí yo sin dudar, tambien en esto un órden del todo nuevo, en el cual se manifiesta un influjo estraordinario del cielo; y tu misma admiracion favorece esta doctrina. De aqui provino que uno solo, que en esta larga descendencia de pontífices coronados de olivo aspiró á ceñir el laurel, se ornase con tu nombre por feliz aguero de imitarte en la fama. Y si por la condicion de los tiempos quedó inferior á ella, parece no obstante que en el no faltó el grande ánimo para merecerla. El con nuevo ejemplo guió los ejércitos, y reunió los miembros esparcidos de su imperio. Ni faltaron detractores que vituperaron lo que tú requieres, juzgando indecoroso el cubrir la sagrada frente con el hielmo, y teñir de sangre la piadosa diestra, en

lugar de alabar la justa y magnánima empresa, y aquello que siempre trae consigo el aplauso; el valor de ejecutarla. En verdad, dijo él, aquellos que ensalzan las obras belicosas emprendidas por el Vaticano, no están acordes consigo mismos, si vituperan estas; porque entre promoverlas con la autoridad, y ejecutarlas personalmente, si hay en ello diferencia, es esta; que el ánimo es el mismo en ambos casos, pero mas generoso en el segundo. Yo para separarme de aquel argumento concluí: de hoy mas, despues de tantos prodigios, el tiempo como cansado de producirlos no pide estraordinarias empresas. He aqui, levantando el cándido estandarte de paz sobre el capitolio triunfal, que convida á todos los ánimos á suave disciplina. Una gloria tranquila resplande-

ce sobre él, cuyos rayos no son enrogecidos de sangre. Así Atenas, pasada la edad de su marcial gloria, adquirió otra, abriendo el seno á plácidos estudios, y á los deliciosos ocios de todo entendimiento despejado.

EPILOGO DE CICERON.

Con estas y otras semejantes sentencias se paseaban los discursos por la vasta estension de la materia, como navio en la mar. Muchas y diversas fueron las preguntas de los romanos, deseosos de saber estos sucesos posteriores. Yo los referí con ánimo ageno de toda prevencion; y Julio entretanto me escuchaba, y á los suyos, olvidado de su propia elocuencia. Aquel venerable silencio parecia desde luego que á mí me lo imponia, y así yo callé; y él como si saliese de profunda meditacion, estendió la diestra dominadora del Comicio, y la multitud le rodeaba reverente, como si estuviese en los Rostros. Despues de esto, asi comenzo: en las catástrofes humanas, especialmente cuando ellas son grandes, se

mezcla por necesidad de fortuna algun acontecimiento sanguinario. La grandeza de la potestad exalta en verdad el ánimó á insaciables deseos, y produce aversion á los obstáculos que se le oponen; y ellos no se estinguen bebiendo, como sed ardiente. El deseo del poder crece con el poder mismo, y embriagado el entendimiento por los sucesos felices, aspira á los increibles. Por tanto conviene moderar la severidad de estos juicios, considerando que ha estado tan inaudita dominacion en el arbitrio de los hombres, jamas esentos de las terrenas perturbaciones. Por esta razon no es nuevo, si alguno entre ellos se sujetase á aquellas, y lo seria bien si ninguno de tantos fuese sometido. Pero son inciertos en todas las cosas los humanos juicios, y principalmente en las estraordinarias. Así que no cause espanto

que aun se hallen discordes sobre este imperio portentoso. Por tanto algunos despues que temieron su autoridad, convirtieron en otro tanto orgullo la pasada humillacion, é irritados por la necesidad en que se vieron de doblar la frente, la levantaron despues ostentosos. Otros ingratos á la corona obtenida, ó sostenida por ellos, opusieron á los inmensos beneficios un inmenso olvido. Y otros atribuyen tanta prosperidad mas á la subersion universal, que á otra cualquiera causa mejor, como si los entendimientos caminasen perdidos por sendas tenebrosas, y atemorizados por continuas adversidades. Mas quien se interna á examinar semejantes vicisitudes, distinguirá que las duraderas, grandes, é inapreciables utilidades que difundia por el mundo en tiempos feroces esta suprema virtud sacerdotal, le

conciliaron los ánimos, y despues le dividieron la fuerza. Prevalióse de esta con profundos consejos, convenientes á la aspereza de rudos entendimientos. Ni suponga alguno que se ejecutan grandes é increibles empresas por muchos siglos sin penetrantes y elevados pensamientos. Pero si alguna region del mundo puede afligirse á causa de la prosperidad de este imperio, esta no debe en verdad ser jamas vuestra Italia. ¿Y donde pueden en otra parte los particulares de cualquiera condicion remontar tan alto vuelo, que nacidos en plebeya cuna, tengan sepulcro de un rey? Toda mudanza de esta dominacion es tan diversa del acostumbrado proceder de toda otra, que yo herido de espanto, no te oculto que ella tiene fragancia divina. Por esto me regocijo al ver esta patria florecer eterna como medio

perpétuo, escogido por la providencia del cielo, para llevar á su fin las mudanzas mas admirables de la tierra.

Apenas el espectro habia proferido estas palabras cuando se confundió con los infinitos. Vagaban aquellas imágenes como nube en torbellino. Salia de ella un sonido de varias algazaras de indistintas voces; algunas parecian lamentarse, otras que gritaban, algunas alegres, y otras imperiosas; pero de ninguna era el sonido claro, y de todas cortada la palabra. Parecióme que Tulio al desaparecer me volvia los ojos benignos aun mas de lo acostumbrado, y que mostraba dolerse. Vi ademas en otras sombras ilustres indicio semejante á ausencia involuntaria. Mas todas en breve se disolvieron en aire, y yo quedé desamparado con los ojos errantes por el empíreo

estrellado. Todavia están impresos en mis sentidos aquellos graves aspectos, resuenan dentro de mis oidos las voces magestuosas, y retruenan las sentencias en el corazon. Mas de tantas agitadas en el reyno de la muerte, esta entre todas me fue gravada en la mente: que los ingenios sublimes suelen acomodar siempre los juicios de las cosas grandiosas con grande moderacion. Por su naturaleza aborrecen como plebeya, y necia contumelia, todo desprecio en argumentos graves; ni profieren sin honesta cautela sentencias, cuando se presentan á la mente estupendas, y nuevas causas de estraordinarios é inopinados efectos.

El escritor despues de estas apariciones en vano deseó otras.

FIN DEL TOMO SESTO.

INDICE

DEL TOMO SESTO,

PARTE SEGUNDA.

Sobre las ruinas de la antigua magnificencia.

NOCHE SESTA.

Coloquio primero.

ERRATAS

DE LOS SEIS TOMOS.

TOMO 1.º

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
20.	2.	*costum-bras*	acostum-bradas.
129.	5.	*difensa*	defensa.

TOMO 2.º

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
36.	20.	*pernane-cia*	permane-cia.
41.	11.	*infractuo-sas*	infructuo-sas.
50.	15.	*imágines*	imágenes.
52.	21.	*malcia*	malicia.
53.	2.	*ahra*	ahora.
id.	15.	*Eduos*	Equos.
id.	*id.*	*Voyeos*	Volscos.
56.	19.	*generosas*	generosa.
65.	11.	*marravilla*	maravilla.
78.	13.	*orrojaron*	arrojaron.

íd.	11.	*bellezos*	bellezas.
44.	3.	*torno*	trono.
id.	17.	*espada*	espalda.
54.	1.	*os*	los.
56.	24.	*luz*	lanza.
65.	2.	*honras*	horas.
84.	11.	*corrida*	corrido.
id.	18.	*ruinosa*	ruinosas.
96.	3.	*á la*	la.
id.	20.	*moseraba*	mostraba.
104.	10.	*Marelo*	Marcelo.
105.	24.	*mandes- tila*	aun des- tila.
109.	19.	*Tulio*	Tulia.
111.	6.	*Gologre- cia*	Galogre- cia.
118.	9.	*eterne- mente*	eterna- mente.
130.	7.	*Taluces*	Falaces.
133.	1.	*concedi- das*	concedi- dos.

TOMO 5°

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
24.	9.	*restituiada*	restituida.
25.	20.	*anciosas*	ansiosas.

27.	20.	*matas*	metas
33.	11.	*persuadian*	persuadia.
38.	12.	*las*	á las.
107.	2 y 3.	*detubros*	delubros.
114.	11.	*ramas*	ranas.

TOMO 6º

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
7.	21.	*dedicado*	delicado.
31.	5.	*intentor*	inventor.
40.	11.	*los*	las.
43.	1.	*obscurcera*	obscurecerá.
45.	9.	*espetro*	espectro.
53.	4.	*lastimosas*	lacticinosas.
60.	21.	*fligurada*	figurada.
67.	20.	*proceden*	preceden.
72.	17.	*Birtubio*	Vitrubio.
74.	22.	*derarmar*	derramar.
80.	6.	*entre*	en tres.
82.	16.	*le*	les.
95.	23.	*Bulgatos*	Bulgaros.
111.	12.	*infeliez*	infeliz.

80.	24.	*timida*	temída.
89.	15.	*Prestor*	Pretor.
110.	16.	*ti-co*	Atico.
118.	22.	*fecundia*	facundia.
id.	23.	*permetido*	permitido.

TOMO 3º

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
27.	10.	Grigo	Griego.
30.	20.	*conquistan*	conquistar.
31.	13.	*justamente*	juntamente.
75.	4.	*suterrá-neos*	subterrá-neos.
84.	1.	*mor morta-les*	morta-les.
93.	3.	*escrbio*	escribió.
107.	5.	*aftontasé*	afrontase.
110.	10.	*orrastra-do*	arrastra-do.

TOMO 4º

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
15.	15.	*torriente*	torrente.
18.	2.	*certados*	cercados.
19.	10.	*basba*	barba.

NOCHES ROMANAS

2


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm